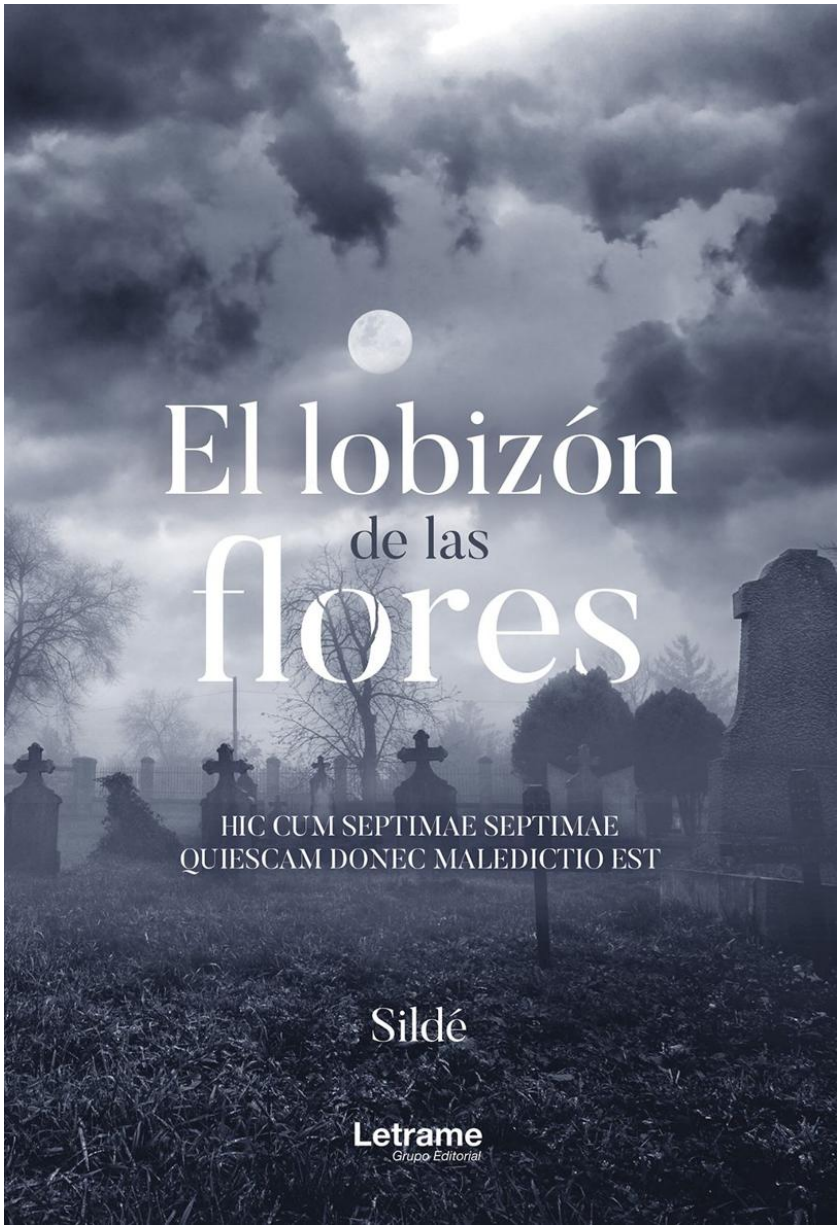
El lobizón
de las
flores
HIC CUM SEPTIMAE SEPTIMAE
QUIESCAM DONEC MALEDICTIO EST
Sildé
Letrame
Grupo Editorial

Créditos

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Silde

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz

Diseño de portada: Rubén García

Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1144-443-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones

personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

PRÓLOGO

En los últimos años está teniendo lugar un renacer de la literatura fantástica y de terror en español, en especial en Latinoamérica. Las argentinas Mariana Enríquez y Samanta Schweblin, las ecuatorianas María Fernanda Ampuero y Mónica Ojeda, la mexicana Fernanda Melchor… son algunos de los nombres que en los últimos años se han servido de este género de larga tradición para narrar el mundo contemporáneo. Y es que la literatura de terror nos permite contar cosas que no pueden contarse en otros géneros. Por una parte, supone una investigación profunda de las raíces de las que proviene el mal del que somos testigos a diario: logra darle un cuerpo de monstruo sobrenatural a terrores que, sin embargo, pertenecen a la vida diaria de tantas personas en nuestro mundo —aquellas que viven en una situación permanente de inseguridad, violencia, criminalidad y corrupción—. Por otra parte, la literatura de terror permite de alguna manera exorcizar el trauma y el sufrimiento dándole la forma de una criatura sobrenatural que, por peligrosa que sea, se puede mirar a la cara, se puede combatir.

Esto último es precisamente lo que les sucede a los habitantes de Las Flores en la novela que nos ocupa. Ante una ola de crímenes inexplicables, encuentran necesario culpar al lobizón, una criatura legendaria, del horror que se vive en el pueblo. Es aquí donde entra en juego el trabajo del equipo de la comisaría de policía de Las Flores: el comisario y sus agentes, a pesar de sentirse tentados de explicar los crímenes atribuyéndoselos a un monstruo que despierta con cada luna llena, saben que el ser humano es capaz de maldades

mucho más retorcidas que cualquier licántropo. O según reza la sentencia popularizada por el filósofo Thomas Hobbes, que «el hombre es un lobo para el hombre». Entran en juego en este punto de la narración elementos que pertenecen a la tradición de la novela policiaca, creándose una interesante fusión de géneros narrativos de la que el autor se sirve para indagar en los entresijos de la batalla entre la razón —representada por los investigadores de la comisaría de policía— y la mitología popular —que favorecen los habitantes del pueblo—.

Crímenes del pasado que se repiten cíclicamente, estirpes malditas, rituales satánicos, licántropos que no son tan malos y hombres de Dios que no son tan buenos: igual que en un eclipse se alinean las trayectorias de dos cuerpos celestes, en la población de Las Flores cada luna llena se superponen el mundo real y el sobrenatural, abriendo la puerta a terrores que parecen de otro mundo, pero en realidad pertenecen a este.

El lobizón de Las Flores

La luna llena estaba en su máximo esplendor. Aquel ser, que se parecía a un gran perro, corría por la ladera del cerro. Varios perros corrían detrás de él y ladraban enloquecidos. Se deshizo pronto de ellos con dos o tres maniobras y subió por el monte de sierra con una habilidad increíble, sorteando árboles, ramas y espinos, trepaba y saltaba grandes piedras. Llegó a donde se alzaba una pared de rocas casi vertical de unos ocho metros de altura, trepó hábil y llegó a la cima. Desde ahí miraba y olfateaba a los perros, apoyó su parte trasera en el suelo y sus manos. Miró hacia arriba, la luna se reflejaba clara en sus grandes ojos amarillos. Los perros ladraban más cerca ahora, no se rendían, buscaban rodear y llegar hasta él, ladraban, chillaban, lloraban desesperados.

Él contempló un momento la luna y comenzó a aullar, fue largo y quejoso, el sonido.

La joven se sorprendió y se detuvo apartando un poco a Rodrigo, su

novio. Se había hecho una escapada para encontrarse con él en el bosque y ya estaban en el proceso de quitarse la ropa, cuando aquel sonido la detuvo.

—¿Qué fue eso? —preguntó algo alterada, mirando hacia todas partes.

Él, menos preocupado por el sonido y más por la excitación que sentía, trató de seguir con lo suyo.

—No sé, los perros, hay luna es normal que se amontonen o tal vez alguna perra en celo. Ven vamos sigamos, no perdamos tiempo.

Ella seguía un poco alterada. De pronto alzó la mirada y lo vio detrás de él, abrió la boca pero no llegó a gritar, solo se llevó las manos al rostro y en sus ojos se instaló el terror.

—¿Qué pasa? —preguntó él y giró mirando en la dirección que ella miraba, tragó saliva.

El enorme perro negro gruñó.

El ser que estaba en la cima del cerro, olfateó el aire, sus sentidos eran muy agudos durante esas noches. Miró hacia el monte, escuchó, olfateó el aire. No eran solo los perros, había algo más en el monte, había humanos. Bajó rápido la ladera y se dirigió allí.

.

Nuestra señora de Las Flores, así se llama este pueblo. Se le conoce como Las Flores. Aislado, rodeado de una cadena de sierras, a treinta kilómetros está el pueblo más cercano y a cincuenta una ciudad costera. El pueblo se desarrolla alrededor de una plaza principal, la iglesia, la comisaría, la farmacia, el correo, un almacén de ramos generales, en fin todos los servicios necesarios.

Por unos de sus lados pasa una ruta nacional y por otro, un arroyo bastante acaudalado, con aguas muy claras, proviene de una veta que desde lo alto de los cerros, cae en pequeñas cascadas hasta llegar a una gran laguna y de ahí nace este arroyo, que cruza por un lado a lo largo de todo el pueblo.

Sus habitantes no superan los mil doscientos. Y entre ellos hay una familia de alemanes, que se instaló por aquí ya hace más de cinco años. Una pareja ya mayor, jubilados, decidieron retirarse de la gran urbe y eligieron este rinconcito de América y este pueblito, por el entorno, la lejanía, la tranquilidad que ofrecía.

El doctor del pueblo, que también es dueño de la farmacia, Óscar Fernández, hombre alto, delgado, de facciones duras, pelo blanco. Su carácter un tanto recio, se diría demasiado diplomático para un hombre de pueblo. Nació aquí en Las Flores, pero muy joven partió a la capital para estudiar, allí vivió y ejerció toda su vida. Ahora ya casi por retirarse, decidió instalar su negocio aquí. Había perdido la calidez que suele tener la gente de pueblo, pero bueno aquí estaba y era el único médico y la única farmacia.

El cura muy entrado en años, ya estaba para retirarse pero amaba a su pueblo, sus fieles, tenía vocación de pueblerino más que de cura. Por esta razón le habían enviado, hacía razón de un mes, un

remplazo, un joven cura. Provenía de un pueblo pequeño del norte de Italia. Contaba treinta y cinco años, morocho blanco, con unos bellos ojos azules, alto, bastante fornido y atlético para ser un padrecito.

La comisaría tenía tres oficiales fijos y un comisario. El comisario vivía en el pueblo vecino. Daniel De los Santos, cuarenta y dos años, 1,80 de estatura, tez blanca, ojos marrones claros, cabello castaño, varonil, bastante apuesto se diría, atlético, de fuerte carácter, pero muy amable con la gente del pueblo y muy social.

Los demás sub alternos, el inspector Ricardo Martínez, treinta y cinco años, soltero, alto, delgado, casi esquelético, piel blanca, ojos claros, cabello rubio. Carácter aplomado, hombre de pocas palabras, muy observador y bastante aislado de la sociedad del pueblo.

El teniente segundo era todo lo contrario, joven de treinta y dos años, morocho, cabello negro, ojos marrones claros, no muy alto 1,70, robusto y de carácter sumamente alegre, muy amable con la gente del pueblo, era muy querido por allí. Su nombre Darius Oliveira, él era nacido aquí en Las Flores, pero sus padres eran venidos de Brasil. A él no le gustaba su nombre así que lo usaba en español, Darío.

Hacia unos cuantos días que se había sumado una joven cadete, como ayudante y secretaría. Viajaba del mismo pueblo que el comisario. Veinticinco años, 1,60, delgada, casi plana se diría, tez blanca, ojos café, cabello castaño claro, simpática, bastante curiosa y observadora y… con una singular picardía. Su manera de ser cayó en gracia con sus compañeros y agradó mucho a la gente del pueblo. Sara Hernández, Sarita, para todos.

—Y, ¿ves, Sarita? —decía Darío con la boca llena, masticando una torta frita—. En este pueblo, no pasa nada.

Ella sonrió ampliamente, ordenando unos papeles detrás del escritorio.

—Es mejor así, Darío. —Hizo una mueca y abrió grandes los ojos—. Porque el mundo está loco y si aquí hay paz, mejor que siga así, ¿no crees?

—Sí, es verdad —aceptó Darío—. ¿Quieres? —Le estiró la mano donde llevaba otra torta frita envuelta en una servilleta—. Las hace doña Gimena, están buenísimas.

—No lo dudo, pero paso. Prefiero cuidar mi silueta —sonrió.

En eso sintieron la puerta de entrada, era el comisario y no traía buena cara. Los miró a ambos serio, y no dijo nada. Pero sí venía rezongando el hombre ebrio, que venía detrás, lo traía de un brazo el inspector Martínez.

—Estás en un lío, Oviedo —le decía mientras buscaba las llaves del calabozo en una casilla en la pared de su oficina, suspiró y los miró, le señaló hacia las celdas al final del pasillo.

—Vamos. —Avanzaron por el pasillo, abrió la última celda, las otras tres estaban vacías. Lo miró serio—. Entra y cuando estés más fresco de memoria, hablaremos, mientras me prepararé para

aguantar al viejo Valente y al padre cura —se quejó y meneó la cabeza. Se dio media vuelta y volvió a su oficina. El inspector cerró el calabozo y fue donde él. Colgó las llaves en la casilla, dio media vuelta y lo miró.

—¿Qué crees que pasó? —le preguntó con confianza.

—No sé —dijo claramente molesto—. El chico está malherido, pero este infeliz no tiene una sola marca, solo un poco en su boca, como si solo le hubieran dado una piña, es increíble cómo se pudo ensañar con el chico. ¿Y con qué lo golpeó? Si no llevaba cinturón siquiera y no fue a caballo, como siempre. Fue en moto con otro peón.

El inspector lo escuchaba atento.

—¿Y la chica? —preguntó—. ¿No vio nada?

—No, ella se asustó, Oviedo estaba muy borracho y el otro parecía drogado, dice que los echó para fuera y cerró la puerta. Escuchó que discutían fuerte y se alejaron, después unos gritos y nada más —suspiró el comisario entrelazando las manos—. Yolanda me llamó, lo encontró a Oviedo tirado en los galpones del fondo y el otro joven apareció en la iglesia, el padrecito nuevo ese, lo está curando —suspiró preocupado y lo miró a la cara—. Parece que falta una pieza en este cuadro.

—Sí, habría que ver la versión del chico y comparar todas, si Oviedo confiesa algo —dijo el inspector, también pensativo.

—Sí —dijo el comisario—. Ve a la iglesia y ve qué puedes averiguar y mira bien sus lecciones.

—Sí, voy a ver qué puedo averiguar. —Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de salida.

—¡Darío! —llamó el comisario

El joven se presentó enseguida.

—Cuida a Oviedo y ve si dice algo sobre lo que pasó, yo voy un momento a la cantina y ya vuelvo.

—Sí, señor —asintió y lo quedó mirando mientras se retiraba. En cuanto el comisario cruzó el patio, unos dos metros, abrió el portón y salió a la calle. Darío corrió a la oficina de la chica, se recostó al marco de la puerta.

—¿Lo escuchaste? Parece que al Oviedo se le fue la mano esta vez. —Hizo un gesto abriendo grandes los ojos.

—Sí, escuché —dijo ella con curiosidad—. ¿Qué le habrá hecho?

—Sí, eso. Hablaré con él, capaz que me dice algo —dijo esto y caminó por el pasillo hacia las celdas.

Llego frente a la última se detuvo en frente y lo miró. Oviedo dormía sobre la cama de reja dura, bastante incómoda, pero él, recostado todo el cuerpo, dormía boca arriba plácidamente.

El agente golpeó los barrotes de la celda con su cachiporra. El otro se quejó pero no acusó sorpresa.

—Vamos Oviedo, despierta hombre —le dijo con tono alto.

—¿Qué quiere, oficial? —preguntó Oviedo , ya bastante más fresco pero sin mirarlo, atravesó un brazo sobre el rostro, como para hacerse sombra—. Yo no hice nada.

—Dirás que no recuerdas nada, por la borrachera, pero hacer, hiciste y esta vez es grave hombre. Deberías contarme, sabes que el comisario se pondrá bravo y vendrá don Valente y hay diosito de ti Oviedo —sonreía.

—Ya no molestes Darío, yo no le tengo miedo al patrón, aparte yo no hice lo que dicen que hice.

.

El inspector entró en la parroquia y caminó hasta el altar, se detuvo frente al atrio y se persignó.

El padre Antonio lo observaba desde el atrio del confesionario del lado izquierdo del altar. Detrás de una fina rejilla, solo lo observaba. El padre Miguel se presentó.

—Buen día, inspector. —Inclinó leve la cabeza.

El inspector lo miró de arriba abajo, lo había visto muy contadas veces desde su llegada al pueblo, en alguna misa o de paso alguna otra vez. Pero no tenían confianza, jamás habían intercambiado conversación.

—Buen día, padre, dígame el padre Antonio, ¿se encuentra?

—Sí, inspector. Pero está en sus oraciones matinales. Si a usted no le molesta, yo le puedo ayudar —se ofreció el curita, muy amable.

—¡Oh, claro, claro! Disculpe es la costumbre, usted es nuevo por aquí y ya sabe, somos gente de pueblo —se disculpó el inspector, también trató de ser amable.

—No se apene inspector, estoy aquí para servir a la comunidad, como así al señor. —se inclinó levemente, sus modales eran agradables.

—Bueno vine a preguntar por el joven, no sé su nombre pero sé que trabaja en la granja que pertenece a la parroquia.

—Sí, se llama Martín —le dijo el cura y le hizo un ademán invitándolo a pasar—. Venga conmigo inspector, hablaremos más a gusto en la oficina.

—Claro, seguro —asintió el inspector y lo siguió.

Cruzaron el salón hacia la derecha, luego una puerta a la izquierda, un largo pasillo y un saloncito al final, entraron en la primera puerta a la derecha.

La oficina era bastante amplia, no muy iluminada solo una pequeña ventana que daba a los jardines.

Una estufa a leña en una esquina y lo demás todo biblioteca, en todas las paredes. Un escritorio al medio, una computadora portátil y un par de butacas de oficina. El inspector recorrió observando el lugar, no conocía aquella parte de la parroquia. Le llamó la atención los libros, se acercó sin tocar y leyó de reojo unos cuantos, ciencia, esoterismo, vampirismo a juzgar por los títulos que leyó al azar. Se volvió y miró al cura, este también lo observaba mientras tomaba asiento detrás del escritorio.

—¿Le gusta leer, inspector?

—¿Sí, a veces —le dijo este y fue a tomar asiento, mientras lo hacía prosiguió—. Me llama la atención que en la iglesia tenga libros de ciencia y parapsicología.

—Oh, esa sección. Bueno con el tiempo entendemos que el ser humano también hay que estudiarlo en todas sus creencias. El conocimiento, nos acerca más a dios y engrandece su poder sobre la humanidad.

El inspector escuchó con atención aquellas palabras y observó cierta adicción o fanatismo, en la forma que el padre las dijo.

El padre sonrió y se serenó pronto, luego dijo.

—Claro, es mi teoría personal —lo dijo a modo de disculpa.

—Está bien, padre. —Hizo una mueca de sonrisa el inspector—. Ahora, dígame cómo se encuentra el joven.

—Bueno, le curé las heridas y lo vendé, está bien, se recuperará pronto. No son heridas profundas.

—¿Puedo hablar con él?

—Sí claro, inspector, sígame. —Se puso de pie y salieron—. Pero no sé si sea de ayuda, está bastante sedado. Le administré los medicamentos que debe tomar para su tratamiento y parece que habría ingerido alcohol y drogas en ese lugar de pecados adonde fue. —El padre meneaba la cabeza mientras caminaba rumbo al jardín, ya cruzando una puerta estaba la despensa de la iglesia, era

un edificio aparte. Allí en una pequeña habitación sobre una cama estaba el joven, con vendas por su abdomen y espalda a la altura de las paletas y en el rostro una atravesada y en la frente.

Estaba dormido, o parecía. El padre se le acercó y lo tocó suave en el hombro.

—Martín, muchacho, despierta, el inspector quiere hablar contigo.

El joven se movió, abrió los ojos miró al padre y desvió la vista hasta el inspector.

—Buen día, muchacho, soy el inspector Ricardo Martínez —se presentó—. El comisario me pidió que te hiciera algunas preguntas.

—Sí, señor —dijo el joven con dificultad—. Diga usted.

—¿Cómo te sientes? —comenzó preguntando para que se sintiera más confiado.

El joven miró de reojo al cura.

—Bien, señor, no fue casi nada. Solo unos rasguños. —Tragó saliva algo nervioso—. ¿Tendré problemas, señor?

—No, no lo creo. El que los puede tener es Oviedo, todo depende de ti, si quieres hacer denuncia o no. —El inspector lo miraba todo el tiempo observaba la reacción del chico.

—No, señor, yo no quiero problemas, me regresarán a la ciudad y no quiero eso, señor.

—Entiendo —dijo el inspector pensativo, levantó la vista y miró al cura ahora.

—Y usted padre, ¿qué piensa?

—Bueno, yo creo que se pondrá bien en unos días, pero debe ser prudente y no recaer en la tentación. —Miró al joven de reojo, como sermoneándolo—. Él nos fue dado bajo nuestra protección y responsabilidad, si vuelve a cometer el error lo notificaremos a la capital.

—¿Y cree usted necesario denunciar a Oviedo?

—Creo que es mejor ser discretos en este caso. No sería bueno ¿me comprende? Es un pueblo chico y el joven es nuestro protegido, la iglesia quedaría mal vista.

El inspector asintió con un movimiento de cabeza mientras observaba al chico. Este se mantenía sumiso con la cabeza gacha, como avergonzado.

—Bueno pero dime, ¿fue Oviedo quien te hizo esas heridas? —Lo miró fijo—. ¿Con qué te lo hizo?

El joven quedó callado un momento, tragó saliva y dijo.

—No, no sé, señor. Solo discutíamos, él estaba ebrio y de pronto se me borró todo y aparecí acá en la iglesia —dijo algo nervioso y miraba hacia el costado, evitaba la mirada del inspector.

—¿Así que no sabes quién fue?

—No, no… señor.

—¿Qué buscabas en la habitación de la chica?

—Nada, no sé, señor. Yo estaba un poco perdido, no… no sé —dijo y agachó la cabeza otra vez.

—Bien, eso sería todo, espero se recupere pronto y ya no se meta en líos, ¿comprende?

—Sí, señor, gracias —dijo el chico levantando la cabeza y mirándolo.

El inspector se despidió de ambos y volvió por el mismo recorrido. El padre cura, se quedó junto al chico.

.

En la cantina, el comisario recostado a la barra conversaba y reía con don Ramiro, el bolichero, bebían whisky.

—Uff —dijo Ramiro, mirando hacia la puerta—. Ahí viene el peso pesado, sírvase otro para aguantarlo, comisario.

El comisario giró medio cuerpo y lo vio.

Era don Valente, el patrón de Oviedo, el don de la estancia La trillada. El hombre entrado en años, pero destilaba fortaleza, medio gringo, medio criollo, alto, fornido, panzón, medio calvo, ojos grandes casi grises, cabello rubio, poco pero rubio, facciones duras, un bigote pequeño y fino.

Bastante mal encarado, arrogante y pesado. Siempre vestía de gaucho, bombacha, botas, cinto y camisa. Encima un chaleco de fino cuero y en el cinto una vaina que dejaba ver el mango de cuerno engarzado en oro, donde continuaba una daga de acero, muy bien afilada y al otro extremo una canana dejaba ver el mango nacarado de un 38” especial.

Bajó del caballo, lo ató y se dirigió a la cantina, abrió y entró.

—Buenas buenas —dijo con cara de quien pisa estiércol.

—Buen día don Valente —contestaron a dúo los presentes.

—Comisario, ando buscando al Oviedo. —Miróo al comisario, mientras se sacaba el sombrero—. Parece que anduvo de tomadera.

El comisario suspiró. «Demasiado sabe en qué anda el Oviedo y se hace el desentendido», pensó.

—Está en la última celda de la comisaría —informó sin mirarlo.

—Ah, ya anduvo de piñata este. —Hizo un ademán abriendo los brazos y le habló casi como dando una orden—. Ya vaya y suéltelo que lo preciso, hay que cargar ganado esta tarde y es uno de los más baqueanos.

El comisario miró al cantinero e hizo un gesto con los ojos que el otro comprendió bien, suspiró.

Giró y miró de frente a don Valente.

—Mire, don, yo no soy mandadero de nadie. —Se pausó—. Y voy a

soltar al Oviedo cuando yo quiera, esta vez no es solo una piñata.

Don Valente frunció el ceño y se sentó en una butaca en la barra, cerca del comisario y pidió servir la vuelta.

—Bueno comisario, no será para tanto ¿o se cargó a algún cristiano?

—No, no mató a nadie, pero digamos que se le fue la mano —dijo el comisario ya con cara de pocos amigos.

—Bah comisario, suéltelo ahora y después lo trae si quiere dejarlo a la sombra otro rato.

El comisario se estaba preparando para comenzar una discusión a otro nivel, cuando entró el inspector por la puerta.

—Buen día, señores —saludó y se dirigió al comisario—. Señor, ¿podemos hablar? —le dijo y le señaló una mesa apartada, junto a la ventana.

El comisario lo siguió, tomaron asiento y miró fijo al inspector.

—Decime, ¿cómo está, presentará denuncia?

—No pude ver las heridas, pero las vendas eran muchas, por todos lados. No quieren presentar denuncia.

—No quieren, ¿quiénes? —le preguntó intrigado.

—El chico y el padre nuevo, el padre Miguel. Parece que fue él quien lo encontró, estaba desmayado en la puerta de la iglesia, o demasiado borracho o drogado, no sé. Él no vio quién lo dejó allí y prefieren discreción porque está en rehabilitación, está en la chacra como encargado de todo.

El comisario miraba hacia abajo y asentía, luego levantó la cabeza y lo miró.

—Bien, si el padre cura se hace cargo y no hay denuncia suelta a Oviedo, así este viejo pesado —miró hacia don Valente— se va del pueblo de una vez.

—Sí, señor —dijo el otro con una mueca de sonrisa, se levantó y fue por el prisionero.

El comisario volvió a la barra, dejó el vaso, miró de costado a don Valente y le dijo.

—Ya van a soltar a Oviedo, pero que se mantenga en la estancia por si lo preciso. —Lo miró serio—. ¿Entendió?

Don Valente suspiró y levantó una ceja.

—Entendido, comisario —dijo en tono poco amigable.

—Hasta luego, don Ramiro —saludó el comisario con la gorra en la mano y salió de allí.

—Bah —se burló don Valente—. La ley de este pueblo, los bandidos andan sueltos y ellos encierran borrachos nomás.

El bolichero no dijo nada, se mantuvo al margen. Don Valente lo miró de reojo e hizo un gesto de desagrado, le dejó unos cuantos billetes sobre el mostrador, se puso el sombrero y se dirigió a la puerta.

—Hasta pronto, Ramiro —saludó sin darse la vuelta, salió al patio tomó las riendas, montó a caballo y se dirigió hacia la comisaría.

—Vamos, Oviedo —le decía el inspector—. Vamos hombre, te puedes ir.

Abrió la puerta de la celda y dio la vuelta hacia la oficina.

—Bien, inspector, ya voy —dijo Oviedo saliendo despacio, sin prisa alguna. Cuando pasó frente a la oficina de la secretaria saludó.

—Buen día, señorita —le dijo muy cortés, luego miró a Darío y le pidió un tabaco o un cigarrillo.

Darío sacó una cajilla le facilitó uno y le dio fuego.

El comisario venía entrando y los vio.

—¿Qué haces aquí todavía, Oviedo? Vamos hombre vete de una vez, así me saco al viejo pesado de tu patrón de encima —rezongó el comisario.

—Sí, comisario, ya voy, ya voy —contestó tranquilo Oviedo.

El comisario lo miró de costado y le advirtió.

—Y ya no te metas en líos, casi matas a ese pobre chico.

Oviedo abrió los brazos en un ademán de protesta.

—Yo no hice eso, comisario, a mí me pegaron de atrás, yo no sé qué pasó, comisario, pero aquí hay gato encerrado.

—Sí, sí —se quejó el comisario ya dándole la espalda caminaba hacia la oficina—. Se emborrachan y no saben lo que hacen, después todos son santos. ¡Vete hombre, vete!

—Sí, sí, ya me voy —saludó a Sarita y a Darío—. Chau señorita, ahí nos vemos Darío. Se dio media vuelta y salió rezongando entre dientes—. No le creen a uno, mire si voy a andar con mentiras —seguía rezongando. Salió fumando tranquilo. Don Valente le pegó un grito.

—Anda Oviedo, anda hombre que hay mucho trabajo.

—Eh, patrón —le saludó—. En qué voy, no tengo caballo. —Abría los brazos.

—Pero qué cosa grande contigo —rezongaba don Valente—. Ve y pídele al comisario uno y ya luego se lo traes, anda rápido. Alcánzame en el camino.

—Sí, señor —suspiró como cansado—. Ya voy.

Volvió a la comisaría, pasó hasta la oficina del comisario, estaban todos reunidos allí.

El comisario lo miró y le preguntó serio.

—¿Y ahora qué quieres, Oviedo?

—Un caballo, señor, se lo traigo esta misma tarde —le dijo con buen modo.

El comisario meneó la cabeza.

—Sí, sí, lo que sea con tal de que te vayas. —Le señaló una puerta —. Pasa al fondo ensilla el que quieras ¡y ya vete!

—Sí, señor, gracias —dijo y salió un poquito más rápido que antes, pero no demasiado.

.

El padre Miguel detuvo la camioneta frente a la portera, se bajó y abrió, luego retomó la marcha hasta el patio del caserío. Un caserón antiguo un poco descuidado, pero totalmente señorial, su estilo único del 1800, dejaba a imaginar un pasado dorado. Amplios patios, aljibe al medio, una gran escalera a la entrada subía dos metros más arriba, donde un tremendo porche con barandas a los lados, daba acceso, por una ancha puerta de dos hojas, al caserón. Bajo la escalera se divisaban las ventanas pequeñas que daban a un gran sótano. Siguiendo la edificación a unos cien metros, otros edificios igual de antiguos, ahora se usaban como galpones, perreras, establos, gallineros y chiqueros.

El joven se bajó de la camioneta y subió despacio la escalera, el padre lo quedó mirando, cuando lo vio llegar arriba, dio media

vuelta al volante, giró en el patio y tomó rumbo al camino de vuelta al pueblo, estaban a unos siete kilómetros. El campo era de unas ciento cincuenta hectáreas y el único encargado era el joven Martín Araujo, contaba diecisiete años, había sido recluido en un centro de salud por distorsión psiquiátrica y consumo de drogas con peligro de sobredosis, esto último era porque ya había sido tratado en dos diferentes ocasiones por sobredosis y lo habían salvado en la línea. Allí conoció al padre Miguel, este había llegado a Montevideo hacía tres meses. Era un periodo de adaptación en el cual podía elegir el lugar adonde ir. El pidió el centro de reclusión psiquiátrico juvenil e inició un proyecto en conjunto con las autoridades, para poder recapacitar a jóvenes con problemas de drogas y así reintegrarlos a la sociedad. El proyecto parecía bueno y viable, pero le daban permiso para iniciarlo con un solo joven, si había progresos, podían ir en aumento.

El padre cura al llegar a Uruguay, ya tenía designado el lugar, el pueblo y la parroquia donde haría su cura pastoral. Así que contaba con la granja y ahí esperaba iniciar su proyecto. Efectivamente lo hizo, ya hacía un mes y medio que el joven vivía y trabajaba allí y parece que no había tenido problemas de recaídas, por lo menos no había salido de allí hasta lo sucedido aquella noche anterior.

El joven llegó a su habitación, se quitó las vendas y las gasas. Las heridas estaban abiertas, algunas sangraban todavía. Respiraba agitado.

—Maldito cura —rezongaba, tomó una toalla y caminó por el pasillo hacia una habitación al fondo, ahí estaba el baño, se duchó con mucho jabón, quemaba las heridas. Se quejaba pero lo hizo por largo rato. Salió y se secó en las partes donde no tenía heridas, sacó del botiquín un frasco con agua oxigenada y se aplicó en la carne viva, comenzó a gemir de dolor, casi lloraba, mientras aquello daba la sensación de clavar agujas en las heridas, aguantó aplicándolo en todas partes, lo hacía correr por su espalda volcando desde arriba y

aguantaba de no gritar, el dolor era desesperante. Aguantó hasta que se secó, después se aplicó una crema curativa, se vistió y salió de la casa hacia los galpones a comenzar su tarea diaria, lo más normal que pudo.

.

El día transcurrió tranquilo en el pueblo, alrededor de las nueve de la noche el comisario salió de su oficina. En la comisaría tenían habitaciones dispuestas como dormitorio, ducha, cocina y los servicios primarios, todos los días pernoctaban uno o dos de ellos. La comisaría no podía quedar sola y no había más personal disponible, así que se turnaban entre ellos. Daniel se duchó, se cambió de ropa, vestía particular ahora, se perfumó, tomó las llaves de la camioneta y salió. Se detuvo frente a la puerta de la oficina de Sarita.

—Sarita, si llama mi señora, dile que me quedo en la comisaría hoy, dile que no tengo señal porque voy a estar en un cumpleaños en el rancho de los alemanes, no sé a qué hora vuelvo.

Sarita lo miraba con atención.

—Bien comisario, como diga.

—Tú, Oliveira, ¿estarás en la comisaría esta noche? —Lo miró a Darío ahora.

—Sí, comisario, voy a alcanzar a Sarita al coche de las 0:30 y vuelvo enseguida.

—Bien, yo no sé a qué hora vuelvo pero cuida todo.

—Sí, señor, hasta luego.

—Hasta mañana —dijo el comisario y se retiró.

—Mmm —dijo Sarita con picardía, mirando a Darío—. Dime ¿con quién anda, eh? —Le señaló con la lapicera que tenía en la mano.

—No sé nada. ¡Juro, yo no sé! Dijo que va a un cumpleaños, tú sabes que es muy amigo de los alemanes, ¡seguro tomará whisky hasta caerse y ya! Mañana estará nuevito como siempre.

—¡No! Cuando un hombre se perfuma y se pone en esa pinta, no es para tomar whisky con abuelos. —Seguía sonriendo y escudriñaba a Darío—. Tú lo sabes, debe de ser alguna del pueblo, ¿eh? O alguna de las chicas del prostíbulo.

—¡Ya! Está bien, pero no se te ocurra decir nada, ¿lo juras? —La señaló con el dedo.

—Síí, dale lo juro. —Hizo la señal y besó.

—Es la viuda, la maestra de literatura. —Se le acercó y hablaba bajito, no sabía ni por qué, no había nadie más que ellos allí.

Sarita se mordisqueó el labio y abrió grandes los ojos.

—¿Ehh, no? ¿Esa señora? Pero si tiene como cincuenta años —se quejó.

—No. tiene cuarenta y pico, aparte esta uyyy, hasta yo caería en ese cuerpo —decía Darío y hacía gestos obscenos de deseo.

Sarita reía.

—No seas baboso Darío. —De pronto quedó seria y meneaba la cabeza—. Quién iba a decirlo, es mayor que él y él es bien parecido —seguía sacando conclusiones—. Tan señoras las ves, pero se dan sus escapadas, eh.

—Sarita, mi amor, el sexo es lo más lindo y sagrado que ha creado el Señor. —Juntaba las palmas y miraba hacia arriba, como rezando, luego la miró y dijo—. Tú deberías practicarlo, ¿eh?

Ella le arrojó la lapicera y él riendo la esquivó.

—No seas cochino. Trae las carta vamos a jugar. —Lo miraba de

reojo, todavía seguía pensando en el comisario.

Él riendo fue a la otra oficina y apareció con un mazo de cartas. Tomó asiento frente a ella.

—¿Qué apostamos hoy? —le preguntó serio.

—La cena —propuso ella.

—Sí, de acuerdo.

—Pero solo una hamburguesa con fritas, no pidas más, es lo más barato. No tengo plata —se quejó Sarita.

—Sí, está bien, porque sabes que te voy a ganar —sonrió él burlándose. Así siguieron de bromas y cartas.

.

El inspector aspiraba suave el humo del cigarrillo, miraba la luna creciente desde el umbral del patio de su casa, pensativo en lo ocurrido en la mañana anterior, algo no encajaba allí. La chica envuelta en una bata de baño lo abrazó por detrás y pegó su rostro al de él. Él le acaricio suavemente las manos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él suspiró y ladeó la cabeza separándose un poco.

—Bien ¿y vos? —dijo sin mirarla—. Contame qué paso con Oviedo.

Ella tomó asiento a su lado y lo miró de costado. Bebió un sorbo de whisky, se notaba molesta.

—Nada, estaba muy borracho y el chico ese… no lo conozco, dijeron que buscaba drogas, ¡yo qué sé! —Tomó aire y encendió un cigarrillo.

—¿Por qué fue a tu puerta? —le preguntó él con un tono frío.

—No sé, se habrá equivocado, había hecho una salida conmigo un rato antes y no se veía bien, no pudo hacer nada, pero no hizo problemas, solo pagó y salió. Yo no vi que entrara al salón después de eso —seguía molesta con la interrogación.

—Es muy raro lo que pasó, tiene que haber alguien más en esto. —La miró a los ojos y volvió a interrogar—. ¿Quién le dio la droga?

—Nadie, ahí en el boliche nadie. Los que traen algo de eso son los fulkos. Son tres hermanos, tú los conoces. El comisario los echó la

semana pasada y no han vuelto a venir. —La chica hablaba con seguridad.

—¿Y Yolanda? —insistió él.

—No —negó con la cabeza convencida—. Una de las chicas nuevas estaba desesperada y ella le dijo que no tenía nada y que no podía conseguir en unos días. Y eso fue la noche anterior. —Le pasó un brazo por el hombro—. Por eso estoy segura de que no había nada en el boliche, no había casi gente y no vino ningún extraño. Eso tuvo que ser afuera.

—Sí, tal vez ya vino drogado desde la granja o encontró a alguien afuera y tal vez ese alguien fue quien le dio la paliza. —Suspiró como cansado y la miró un instante—. Vístete, ya es tarde, te llevaré.

Ella agachó la mirada y se mordisqueó el labio inferior, le molestaba alejarse de él y volver a aquel lugar, pero era su vida. Él era un cliente más, aunque para ella no lo fuera.

.

En el rancho Haín, casi en la falda de la cadena de cerros, efectivamente estaban de fiesta, era el cumpleaños de su propietario el sr, Wolfgang Zimmermann (el alemán). Festejaba su cumpleaños setenta y cinco. A la cabecera de una larga mesa estaban el señor Wolfgang y a su derecha Daniel de los Santos el comisario. Bebían

whisky, conversaban y reían. Había cuatro invitados más, ubicados al correr de la mesa. Bertha, su esposa volvía de la cocina con un bello pastel, todos aplaudían, cantaron el feliz cumpleaños y cortaron la torta, mientras siguieron conversando, de pronto los perros comenzaron a ladrar muy fuerte, hasta hacían intento de aullar. Wolfgang puso cara de descontento, miró a Bertha.

—Ay estos perros —rezongó—. Están nuevo con griterío.

Se levantó de la mesa y se encaminó al fondo. Iba rezongando en su idioma natal.

Los perros estaban a unos cincuenta metros, al fondo del patio en unas jaulas bien preparadas, ya que eran perros de razas grandes y no poco peligrosos ante algún intruso.

—Ruhe bitte —gritó el alemán.

Los perros eran tres, una braco de Weimar, hermoso animal color perla, igual su nombre, Perla. Los otros dos eran un casal de doberman adultos. Grandes, hermosos y muy obedientes, Frida y Spam.

—Sei ruhig —volvió a rezongar y los perros se sentaron e hicieron silencio, pero gemían como nerviosos.

El comisario fue a ver si estaba todo bien, ya Wolfgang venía de vuelta.

—¿Está todo bien? —preguntó Daniel.

—Sí, Daniel, sí. Es luna —apuntó el dedo hacia arriba—. Con luna perros molestar. —Meneaba la cabeza.

Ambos entraron a la casa.

—No hacer caso perros —rezongó Bertha—. Venir, beber —invitó a Daniel.

—Perros, luna de levesno, están locos. —Hizo un ademán—. Bah, no hacer caso.

Tomaron asiento y Wolfgang miró a Daniel y sirvió otro whisky.

—Levesno de las flores, ¿ah? —le hizo un gesto sonriendo.

—Sí. —Meneó la cabeza el comisario—. El lobizón de Las Flores.

—¿Cómo es? Cuéntenos, comisario —se interesó uno de los invitados—. En todos los pueblos hay leyendas, lobizones, aparecidos, luces malas. Pero aquí parece más fuerte, he escuchado en el pueblo que hablan que uno aún vive. ¿Es cierto, comisario?

El comisario lo observó y al resto, todos pendientes de él.

Bebió un sorbo de whisky y se decidió a contar.

—Bueno, dicen tantas cosas. La leyenda aquí trata de siete generaciones atrás. Una familia, los Lorenzo Lecouna —hablaba pausado, pensativo—. Tuvieron siete hijos varones, supuestamente el séptimo era maldecido, era lobizón. Después en cada generación de esa familia, también uno de los hermanos engendraba siete varones. Esto se repitió hasta la última que fue la séptima, de ahí se rompió la maldición.

—¿Pero es cierto que el último vive y es de aquí de Las Flores?

—Bueno, sí vive el último de los siete últimos, pero no tiene hijos ni hermanos. La gente suele hablar mucho y a veces de más. Este es un pobre hombre viejo, vive apartado del pueblo. —Hizo una pausa y miró el vaso pensativo—. Aquí la gente suele ser un poco supersticiosa, el que no le tiene miedo, simplemente no lo trata. — suspiró.

—¿Usted cree? ¿O lo ha visto convertido comisario? —preguntó una de las señoras allí presentes.

—No, no lo he visto. ¿Creer? No sé, hay tantas cosas que uno desconoce.

Bebió el último sorbo de whisky y pidió permiso para retirarse.

Saludó a uno por uno, como es costumbre del campo, muy amable y se despidió con un abrazo de Bertha y Wolfgang. Prometiendo darse una vuelta pronto.

Eran alrededor de las 23:30, el camino estaba claro, la luna creciente alumbraba bastante. Solo sombras intercaladas de algún que otro árbol interrumpían la luz. Traía las ventanillas abiertas, la temperatura ambiente era agradable, venía suave por el camino de tierra, bajando siempre bajando hacia el pueblo. De pronto un ruido en el monte, un ruido que escuchó claro a pesar del ruido del motor. Algo grande se abría paso en el monte y un balido quejoso, lastimero, un venado, seguramente andaban cazadores, pensó.

De pronto frente a él en el camino, el animal chorreando sangre del cuello, salió disparado, asustado, miró de reojo las luces y siguió su carrera. Se cruzó tan cerca que Daniel frenó de golpe, se sorprendió. Pero más lo sorprendió, lo que venía detrás del animal, brillaron dos ojos amarillos y un gran bulto negro apareció, parecía un ternero de grande, cuando cruzó corriendo frente a las luces pudo verlo mejor, un perro negro, todo negro, grande, muy grande. Nunca había visto algo así. Quedó petrificado un instante, después se escuchó el lastimoso balido y nada más. Silencio total.

Cuando se recuperó de la sorpresa prosiguió la marcha, ya con más cautela. Llegó a la orilla del pueblo y se desvió hacia la laguna de la cascada, detuvo la camioneta en un reparo y esperó unos cinco minutos. Después alguien abría la puerta del acompañante. Su amante, una dama de cuarenta y ocho años, muy agraciada en sus formas, bella de rostro, cabello castaño, ojos claros, alta, bien proporcionada y muy elegante. La viuda de don Banchero, Ana Luisa Valerios.

Lo abrazó y lo besó con pasión, él correspondió.

—Hola amor —le dijo ella—. Te he extrañado.

—Yo también —se quejó él—. Pero la que se va todo el tiempo, eres tú.

Ella se soltó de sus brazos, acomodó la cartera sobre las piernas.

—Sí es cierto —le dijo mirándolo y coqueteando—. Mucho trabajo amor. —Se mordió el labio inferior y continuó—. Vámonos, arranca, ¡quiero estar en tus brazos ya!

Él la miró un segundo, cómo le gustaba aquella mujer.

Dio arranque y avanzaron por la orilla del pueblo hasta tomar la ruta, luego un par de kilómetros por esta y entraron en un campo a la derecha, unos tres kilómetros para adentro y llegaron.

Antes de bajarse él le dijo.

—¿Sabes lo que me pasó recién? Olvidé contarte. —Pensó en lo ocurrido en el monte de las sierras—. Saliendo del rancho de los alemanes, sentí un venado balar y un ruido horrible en el monte.

Ella lo escuchaba en silencio prestando atención.

—De repente se cruzó adelante de la camioneta, iba sangrando mucho, miró las luces de reojo y cruzó corriendo y atrás brillaron dos ojos amarillos… —Quedó un segundo recordando aquello—. Y… un perro. Pero aquello no parecía un perro, era negro, gigante, también solo miró y siguió corriendo al venado y después oí su último balido.

—Uyy, qué horrible, así de golpe, uff.

—Sí, pero todavía pienso, ¿qué era? No hay perros así en el pueblo.

Ella agrandó los ojos y sonrió, como en tono de broma le preguntó.

—¿Y qué otra cosa podía ser? —sonrió—. ¿No me digas que era el lobizón? —Meneó la cabeza—. ¡No! Tú no Daniel.

—No, no digo que fuera un lobizón, pero sé lo que vi y no te burles en serio —se quejó él algo derrotado.

Ella lo abrazó y le acarició el rostro, se dieron un beso dulce, pero algo fugaz.

—Ven amor, vamos adentro —lo invitó.

La cabaña era confortable y el lugar todo era complicidad con el

amor, se respiraba romance.

Se amaron toda la noche, hambrientos el uno del otro deseosos de consumir su pasión.

Apenas amanecía, ella preparó café y se acercó a la cama, le acarició suave el cabello y lo besó, lo miró y le cinchó la oreja.

—Anda Daniel, amor —le susurró—. Despierta —se quejó.

Él se movió, se llevó una mano al rostro, se refregó, todavía somnoliento preguntó.

—¿Qué hora es, preciosa? —Trataba de abrir los ojos.

Ella se retiró y fue a abrir las cortinas. La tenue luz del amanecer apenas coronaba los cerros.

—Las seis y media. —Lo miró de reojo.

—Uff, qué corta se hizo la noche —se quejó él—. Me daré una ducha y me voy.

Le seguía hablando desde el baño.

—¿Tú te quedas, descansas y me esperas?

Ella asomó a la puerta y lo contemplaba desnudo bañándose, se deleitaba con su figura.

—Sí —contestó—. Dormiré un rato más y luego hago algo para cenar contigo, ¿te parece?

Él tomó una toalla y secándose vino hacia ella, la tomó de la cintura y la besó.

—Sí. Me parece, pero almuerza bien tú. La cena la traigo yo, ¿mmm? —Le acarició los labios.

—Sí, está bien —le dijo mientras lo seguía al dormitorio—. Pero antes de irte quiero hablar contigo, ¿sí?

—Sí —dijo él mientras se vestía—. ¿Qué pasa?

Ella tomó asiento en un pequeño sillón frente a la cama, lo miró y dijo algo indecisa.

—Es que no sé si pasa —suspiró—. Mi hijo, Rodrigo, no sé dónde está —seguía hablando ahora un poco más afligida.

—¿Cómo que no sabes dónde está? —Él se sentó ahora a los pies de la cama y le puso atención.

—Bueno… es que yo viajé, ¿recuerdas? Me fui a Argentina quince días y no nos hablamos. Él se enojó conmigo porque eran muchos días. Yo no le di importancia. —Dudó un poco y tomó aire—. Es que desde que falleció su padre, se ha vuelto rebelde e insoportable.

Él la observaba y sacaba conclusiones.

—Sigue —le dijo serio.

—Cuando volví lo busqué en casa de mi madre y no está, pregunté a mi hermana y nada. —Entrelazaba las manos nerviosa—. Y sus amigos no me saben decir nada, llevo cuatro días averiguando y nadie lo ha visto.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —le reprochó él.

—No sé, es que hace lo que quiere, tiene diecisiete años y ya no me hace caso, se va días y no sé adónde. Siempre estamos desconectados, sé que tal vez es mi culpa, yo trabajo mucho y hay días que no vuelvo al pueblo. Y mis viajes son cada vez más seguidos.

Él suspiró hondo, la tomó de las manos y trató de tranquilizarla.

—Escucha tranquila, vamos a hacer esto. —Le soltó las manos y buscó en un cajón de la cómoda, sacó unas hojas y una lapicera—. Toma, escribe sus datos aquí y escribe de algo que llevara siempre, como su celular, marca, modelo o no sé, mochila, campera, cosas así. Ah y su número de teléfono, cédula y descripción física. —La miró a los ojos—. ¿Entendiste?

—Sí claro —dijo ella tomando las hojas y comenzando a escribir.

Él siguió vistiéndose en silencio para no molestarla. Terminó, tomó las llaves de la camioneta y la miró.

Ella aún escribía, un momento después le entregó las hojas.

—Creo que está todo lo que me pediste.

Se puso de pie, él la abrazó y la miró a los ojos.

—Tranquila, voy a hacer todo lo posible para encontrarlo. —La besó en la frente—. Te veo luego. —La volvió a besar ahora suave en los labios.

Cuando se iba, ya cerca de la camioneta se volvió un momento para mirarla.

—Si llama o alguien avisa algo, avísame.

—Sí, claro. Te espero luego —le dijo desde el umbral de la puerta.

.

El inspector estaba en la oficina haciendo unas notas, cuando llegó el comisario.

—Buen día, Ricardo —saludó y siguió para su oficina a colgar la campera, volvió y se recostó al marco de la puerta. Ricardo lo miró.

—Tomamos mate —le invitó Daniel.

—Sí, sí claro, ¿tú lo preparas? Yo termino esto —le dijo volviendo a sus notas.

En ese momento venía entrando Sarita.

—Buen día —saludó con una sonrisa. El comisario se volvió a verla y sonrió.

—Sarita, muy buen día, Sarita —dijo como adulándola.

Ella se puso seria.

—¿Qué quiere? ¿Qué me va a pedir? —le preguntó señalándole con el dedo.

Él sonrió más ahora.

—¿Me preparas el mate? —seguía risueño.

—Ya sabía yo, mmm —dijo Sarita, con una mirada socarrona—. Está muy contento hoy, ¿eh?

Él no dijo nada, solo miró a Ricardo. Sarita se asomó y saludó al inspector.

—Buen día, Sara —contestó serio.

—Veo que me han copado la oficina —dijo mirando al comisario, paso a su lado y siguió—. Bueno, voy a hacer el mate.

El inspector levantó la vista un segundo y luego siguió en lo suyo. Daniel la miró y le sonrió.

Luego miró a Ricardo y le dijo.

—Bien, cuando termines con eso vení a mi oficina, tengo algo que parece importante —dijo eso y se fue.

Pronto se reunieron en la oficina del comisario.

— ste chico —le estiró las notas— no se sabe de él hace unos veinte días.

El inspector miró, leyó.

—Es el hijo de la viuda. ¿Rodrigo?

—Sí, ella está preocupada, parece que no tienen buena relación desde que falleció su padre, pero él aún es menor.

—¿Qué supone que pasó?

—No, no supone nada, solo que no lo encuentra y preguntó a amigos y familiares y nadie lo ha visto.

—Sí, ahora que lo mencionas tienes razón, yo lo veía cuando pasaba por la laguna, casi siempre estaba en los aparatos haciendo ejercicio a primeras horas de la mañana. Nunca lo vi en malas juntas, parece un gurí sano.

—¿De quién hablan? —interrumpió Sarita con el termo y el mate en la mano, lo puso sobre el escritorio y tomó asiento al lado del inspector, sirvió y le estiró el mate.

—Rodrigo, el hijo de doña Ana Luisa, la profesora, la viuda —decía el comisario.

Ella lo interrumpió.

—Sí, sí, ya sé quién es comisario. —Lo miró torciendo los ojos—. ¿Y qué pasó con el chico?

—Bueno, la señora Ana Luisa no sabe de él hace unos veinte días.

—¡Veinte días! —Abrió grande los ojos—. ¿Y recién se preocupa? —preguntó sorprendida y agarró el mate.

—No, es que estaba de viaje y estaban peleados, ella volvió hace cuatro días y lo ha estado buscando por todos lados y nada. Por eso recurrió a nosotros.

—Ah —quedo pensativa de pronto—. Espere, espere. Alguien en el ómnibus me preguntó algo el otro día —siguió tratando de recordar, los hombres la miraban con atención. Cerró los ojos y se llevó el puño cerrado a la frente.

—Sí —dijo finalmente—. Alguien me preguntó, una señora… del pueblo de Santo Thomas, ella me preguntó si no habíamos recibido algún dato de su hija, desapareció hace hoy diecinueve o veinte días también. Ella es del paso del jorobado, es una pequeña villa donde está el puente sobre el jorobado.

El comisario miró al inspector.

—Sí, sí ya sé dónde es —dijo el inspector.

—¿Tendrá algo que ver uno con otro? —preguntó intrigada Sarita.

—Podrían haberse fugado juntos —dijo el comisario, pensativo—. Sé que Rodrigo tenía una novia en cada pueblo.

El inspector de pronto, preguntó.

—¿Qué edad tiene la chica?

—Oh, dieciséis o diecisiete, sé que era menor aún —dijo Sara.

—Qué casualidad —dijo el comisario, tomando el mate—. Un chico y una chica de la misma edad desaparecen y otro de la misma edad, es golpeado salvajemente por alguien desconocido.

Todos se miraron.

—Efectivamente —dijo el inspector—. Aquí hay algo raro.

—Sí —suspiró pensativo el comisario y ya organizó—. Tú, Sarita, llama al destacamento de la villa y averigua lo que puedas, necesitamos saber cómo es la chica.

—Sí, señor, ya mismo —dijo Sara y salió hacia su oficina.

—Tú Ricardo, llama a jefatura y averigua lo que puedas y si hay algún otro caso similar en esta vuelta. Yo iré a la iglesia a hablar

con el padre Antonio, quiero saber algo más de su protegido. —Se puso de pie—. Ayer lo evité, me alcanzó con don Valente —dijo mientras se iba.

Salió a la calle, fue al kiosco por cigarrillos y saludando a uno y a otro cruzó la plaza y entró en la iglesia y se persignó, caminó por la larga nave hasta el final y dobló a la derecha. Golpeó en la primera puerta, nadie contestó, abrió y recorrió el pasillo hasta el saloncito y a la izquierda en la primera puerta golpeó.

—Sí, ¿quién es? —preguntó el anciano.

—El comisario, padre.

—Pase, pase Daniel —le invitó.

Este abrió la puerta, saludó, entró y cerró detrás.

—Ya decía yo, que tengo que hablar con usted —se quejó el cura—. Tome asiento. —Le señaló la silla.

Daniel ya conocía más o menos el sermón, igual le tenía afecto al curita.

El padrecito se puso de pie, fue hasta una vitrina sacó dos copitas y una botella.

—¿Me acompañas con una grapita miel? —lo invitó.

—Sí padre, si está bien.

—Es buena en la mañana para la presión y ayuda a no resfriarse —decía como si el otro no supiera lo que era.

Trajo las copitas y la botella, tomó asiento sirvió y le dio un sorbo, el comisario también le dio un trago.

—Ahora dime cómo puede ser que este pueblo tan creyente del reino del Señor, esté pasando por estas atrocidades —se quejaba—. Esa señora, que dios me perdone —se persignaba y miraba hacia el techo—, esa señora es la culpable, solo sabe distraer y echar a perder a los jóvenes —seguía la queja.

El comisario lo interrumpió.

—Padre Antonio, ya hablamos de esto —le dijo amablemente—. Ya he hablado con Yolanda y puesto fin al tema de la droga. —Meneó la cabeza—. Lo otro… bueno, usted y yo sabemos que es mejor que haya este lugar de distracción aquí y no que nuestros jóvenes anden borrachos matándose por la ruta.

—Sí, sí —dijo el padre como derrotado—. Ya sé, ya hemos pasado por esos terribles momentos y también sé que esas pobres chicas viven de su desgracia. —De pronto retomó el sermón—. Pero no podemos permitir la adicción y la violencia a este punto —se quejó.

—Sí padre, lo entiendo. Justamente por eso vine. —Lo observó un segundo y dijo—. Hay algo raro en todo esto.

—¡Raro! ¿A qué te refieres con raro? —se interesó el cura.

—Las heridas del joven, no coinciden con una pelea y no sabemos de dónde sacó la droga, ni quién lo trajo hasta aquí —dijo el comisario pensativo—. ¿Usted vio las heridas, padre?

—No, yo estaba en mi rutina matutina y el padre Miguel fue quien lo encontró en la puerta o de camino, no sé. Él vino a pedirme el botiquín urgente, para curarlo, lo vi nervioso y le dije que llamara al médico, pero dijo que no, que lo haría él mismo. —Hizo un gesto como de sorpresa—. Él parecía muy seguro, así que no me pareció mal, le di el botiquín y seguí en lo mío, luego vino el inspector. Cuando vi al joven, estaba vendado y ya pronto para irse.

El comisario escuchaba atento, todo el relato.

—¿Adónde se fue?

—A la chacra, él es el único que cuida todo allí y según el padre Miguel, el chico ya se sentía mejor. Él lo llevó.

El comisario bebió un sorbo.

—Bien, pasaré a hablar después con él, por la chacra.

—Sí, y ya ves cómo se encuentra.

—Padre, casi lo olvido, dígame ¿usted ha visto en estos días al chico, Rodrigo, el hijo de la viuda doña Ana Luisa?

El cura lo miró con atención y pensó un momento.

—No, pero hace mucho que no lo veo y a su madre tampoco.

El comisario quedó pensativo.

—Sí, su madre ha vuelto, pero el chico no aparece, nadie sabe nada.

Meneo negativamente la cabeza el cura, mientras servía otra copa.

—Las almas se descarrían, querido Daniel. Ella era muy devota, venía todos los domingos a misa, pero desde que falleció su esposo casi no la he visto, y ha cambiado, ya casi no para en el pueblo. Seguro anda en pecado. —Lo miró serio a los ojos—. Y el pecado de la carne, arrastra a otros —sentenció.

El comisario ya vio que el cura trataba de encontrarle la quinta pata al gato, así que antes que prosiguiera, bebió la copa de un sorbo y

se despidió.

—Bien, padre. Gracias por su tiempo, tengo que seguir trabajando —dijo amablemente y se incorporó para irse.

—Lo acompaño, comisario —dijo el cura y lo siguió y siguió la conversa—. Aquí estoy para lo que necesite, sirvo a dios y a su pueblo. —Lo miró de costado mientras caminaban—. Debería venir usted de vez en cuando y tal vez alguna confesión no le vendría mal. Sabe que eso alivia los pecados y acerca a los hombres a dios.

Así siguió con los sermones eclesiásticos, todo el camino hasta la puerta.

El comisario cuando ganó la calle respiró. Camino a la comisaría trató de olvidarse de la perorata del cura y concentrarse en su investigación.

De todos modos pasaron días y nada. Lograron reunir datos, pero los jóvenes no aparecían.

El inspector se comunicó a la capital y al no encontrar casos similares cerca, solo quedaron registrados como desaparecidos, de todas formas se generó una alerta a nivel nacional.

Ana Luisa viajó a la capital para seguir buscando datos con amigos y allegados, pero nada.

El joven Martín no aportó nada concreto. La misma versión que Oviedo, lo desmayaron, no sabe quién le hizo las heridas, no sabe cómo llegó a la iglesia, no sabe, no recuerda nada.

Sarita hizo avances consiguiendo datos de la chica e inclusive una amiga sabía que se iba a encontrar con Rodrigo, pero no sabía dónde, de lo que sí estaba segura es de que no pensaban huir a ninguna parte.

Todo el pueblo se conmocionó, corrían los rumores y las especulaciones.

Pasaban los días y la preocupación del comisario crecía, al no encontrar una pista, un testigo, algo.

Se les cerraba el círculo y no lograban nada.

El padre cura redoblaba las misas y los sermones, trataba de dar esperanza y hacia ver más demonios por todos lados. En su buena fe, tratando de que no sucediera algo más terrible.

Se aproximaba la luna llena y no faltó quien generara dudas sobre el lobizón.

Ya corría por más de una boca la antigua leyenda y crecía la duda y generaba el miedo.

.

Eran las cinco de la tarde, día viernes. El comisario recostado al muro al frente de la comisaría, fumaba y pensaba. Los perros de la cuadra se agitaron y empezaron a ladrar como locos, miró hacia la esquina y vio al viejo Sirilo Lorenzo, al que llamaban el lobizón de Las Flores. Era un hombre viejo, casi noventa años, siempre vestía igual, invierno y verano, botas de goma, pantalón de lona ancho, camisa prendida hasta el cuello, un pañuelo alrededor de este. Encima un sobretodo largo, talle grande, de modo que las mangas cubrían las manos total y usaba el cuello levantado tapando hasta la nuca, encima un sombrero bastante aludo. Su cabello blanco lo usaba largo y una espesa barba y bigote. Su aspecto era deplorable y su aroma peor. Venía casi todos los viernes a buscar sobras que algunos comercios como la panadería y la carnicería le guardaban, el bolichero por su parte se compadecía y le daba las cosas más prioritarias como la yerba, aceite y otros comestibles básicos. Darío le compraba el tabaco y a veces alguna botella de grapa. La iglesia le juntaba comestibles, ropa y calzado una vez por mes, así de aquí de allá, unos más que otros, pero lo ayudaban. Igual la gran mayoría lo miraba con recelo, nadie hablaba con él, ni se le acercaban, excepto el bolichero, el comisario, el cura y el carnicero, su único amigo era Darío.

Un poco por su aspecto, otro por su desagradable aroma y otro por la famosa leyenda.

Sirilo andaba a pie y cinchaba un carrito de dos ruedas, como esos que se usan para bicicletas.

Con él siempre venían sus perros, una jauría de perros, unos diez, de toda mezcla de razas, grandes chicos, algunos medios esqueléticos, otros en mejor estado. Ellos lo acompañaban todo el tiempo.

Llegó frente al boliche y dejó el carrito, se movía bastante ágil, a pesar de su edad.

El comisario lo observaba. De pronto alguien gritó.

—¡Ahí está el lobizón!

Y varias personas comenzaron a caminar derecho a él, gritaban cosas como:

—Viejo, ¿dónde está Rodrigo?

—Asesino, ¿dónde están los chicos?

El comisario tiró el cigarrillo, le gritó a Darío y sin esperar cruzo rápido.

Sirilo se detuvo y los miraba fijo, se le iban acercando de a poco, eran unos siete u ocho. El viejo quedó quieto solo los miraba, pero no decía palabra. El comisario llegó y se adelantó poniéndose a su lado, levantó las manos y comenzó a hablar fuerte.

—Señores, ya paren acá, este señor no ha sido acusado de nada, no tienen por qué agredirlo.

Darío ya estaba a su lado.

Uno de los agitadores le gritó.

—Usted sabe comisario que fue en la luna llena y sabe bien que este viejo es el lobizón.

—Ya basta, eso es una leyenda. No tenemos pruebas de cuándo o dónde desapareció el chico, no podemos acusar a este hombre, menos agredirlo, él en el pueblo nunca molesta a nadie. Váyanse a sus casas o irán a la comisaría —dijo ya enojado el comisario.

—Bah, si desaparece alguien más en esta luna, usted será el responsable comisario y tú Darío tú lo proteges. —Le señaló con el dedo—. Tú eres amigo del maldito viejo.

—¡Ya váyanse! —habló Darío fuerte.

La gente se disipó, el padre Miguel observaba y escuchaba todo desde la puerta de la iglesia, los vecinos se asomaban y otros salían a la vereda para escuchar mejor.

Darío y Daniel se miraron.

—Buenas tardes, Sirilo —lo saludaron.

—Está usted bien no haga caso a esta gente, el pueblo está un poco agitado —dijo el comisario a modo de disculpa.

—Gracias señores, estaré solo un momento y ya me iré, no quiero problemas comisario —dijo el viejo, en un tono humilde.

—No se preocupe, haga lo que tenga que hacer, estaremos vigilando y cuando termine lo llevaré hasta su casa —dijo el comisario decidido.

—No, por favor comisario, no se moleste, aparte tengo mis perros, no los puedo dejar —dijo el viejo.

—No hay problema, los cargamos en las camionetas y los que no suban, nos seguirán, vamos despacito igual, pero yo lo voy a llevar hasta su casa, vaya tranquilo haga sus mandados —dijo el comisario y se dio media vuelta y se encaminó a la comisaría, Darío lo siguió. El viejo hizo un gesto levantando las cejas, como diciendo «bueno, como usted quiera» y siguió en lo suyo.

Darío y el comisario se quedaron en el muro de la comisaría observando todo. Sarita no se contuvo la curiosidad y salió afuera.

—Ay pobre hombre, lo querían linchar —dijo como preocupada.

—Sí, el pueblo está un poco confundido con todo esto —dijo el comisario, mientras encendía otro cigarrillo.

—Pero pobre, es un hombre viejito y pobre, la gente abusa —se lamentaba ahora, Sarita.

—Sí, al revoltoso ese de los Quintana lo voy a agarrar yo esta noche a la vuelta. Es muy guapo para gritar pavadas, lo quiero ver de hombre a hombre —dijo algo enojado Darío.

El comisario se rio y lo miró.

—Yo levanto las apuestas Oliveira —reía.

Se quedaron ahí fumando conversando y observando, hasta que don Sirilo terminó sus vueltas y se presentó.

—Ahí viene —dijo el comisario, miró a ambos y dijo—. Sarita alcánzame las llaves de las dos camionetas.

—¿Las dos? —preguntó con sorpresa.

—Sí —sonrió el comisario—. Darío lleva a don Sirilo yo llevo los perros. —Lo miró y no aguantó la risa.

Darío meneaba la cabeza y lo miraba con un gesto de «ya sabía yo».

—Está bien —dijo como derrotado—. El negro no tiene sentido del olfato —se quejó.

—No es porque seas morocho —se rio en broma el comisario—. Es cuestión de cargo —siguió sonriendo.

—Ya sabía yo, que algo se traía, ya me las voy a cobrar —también bromeó.

Ayudaron a cargar los perros, y el comisario mientras echaba a andar la camioneta lo miraba por los espejos. Seguía riendo.

—Bien don Sirilo, puede subir —le dijo amablemente y le abrió la puerta del acompañante.

—No amigo Darío, prefiero subir en la caja, es que llevo mis botellas de grapa no quisiera que se me rompa una. Así las voy cuidando.

—Bueno, como quiera —dijo Darío, sin insistir para nada.

El hombre viejo subió solo, bastante ágil.

Darío sonrió y cuando encendió la camioneta sacó el brazo por la ventanilla lo dejó caer y le hizo una seña obscena al comisario, bien seguro de que lo veía por el espejo. El otro reía y meneaba la cabeza, mientras avanzaban rumbo a la casa de don Sirilo.

Anduvieron por un camino de tierra, entre montes de eucalipto y otros de sierra unos dos kilómetros, el camino pura curva siseaba entre la maraña, cruzaron un pequeño arroyo y divisaron el imponente caserón en ruinas, de lo que hubo de ser el casco principal de la estancia de la familia Lorenzo Lecouna (La Iluminada) ahora era un montón de escombros, solo quedaba un par de habitaciones, amplias, en las que vivía don Sirilo el resto de la fachada se conservaba pero las paredes interiores y techos habían sido destruidos. Más allá a unos cuantos metros entre los yuyos se veían los que fueran los galpones y corrales, que don Sirilo usaba para unos chanchos y algunas gallinas.

Llegaron y bajaron los perros y a don Sirilo con sus cosas. El viejo los invitó a pasar, lo hicieron por cortesía y por curiosidad de policía, pero era realmente desagradable aquel lugar, estuvieron solo un momento y salieron para afuera. No vieron nada extraño allí, excepto el olor a orina, humo y mugre.

—Dígame don Sirilo ¿por casualidad no vio usted hace como un mes una pareja de chicos por esta zona? —preguntó amable el comisario.

—No comisario, por aquí no viene nadie. De ser así, los perros me hubieran avisado —dijo el viejo muy tranquilo.

—Sí claro —reflexionó el comisario— y dígame aparte de los corrales y estas edificaciones, ¿hay alguna tapera en esta zona?

El viejo lo miró y achicaba los ojos, quedó un momento pensativo y meneó negativamente la cabeza.

—No comisario, solo esta nuestro cementerio, allí en la colina atrás del monte, es lo único edificado, en él está la cripta de mi familia. Es un cementerio muy antiguo.

—¿Ah, sí? —se interesó el comisario—. ¿Podemos verlo?

—Sí claro, si no le asustan los fantasmas —bromeó el viejo.

Ambos sonrieron.

—Si no le molesta, yo me quedo tengo que acomodar las cosas antes de la noche —les dijo a modo de disculpa—. Tomen el sendero y sigan derecho al monte, crucen y lo verán.

—Bien, no se preocupe, ya volvemos. —Miró a Darío—. Vamos —lo invitó.

El comisario salió a paso decidido, pero Darío lo pensó dos veces, allá un poco más atrás y con cierto cuidado fue. Daniel se dio la vuelta para mirarlo.

—Vamos Oliveira, ¿qué te pasa? —Se detuvo y lo esperó—. ¿Acaso le tienes miedo a los muertos? —sonrió.

Darío venía serio, se notaba intranquilo. Suspiró y lo miró a la cara.

— Miedo… no, pero cierto respeto. —Hizo una mueca levantando una ceja.

—Tranquilo, el muerto más joven de esta familia ya ficó hace como cuarenta años, ya no le quedan ni las cenizas —dijo el comisario mientras seguían el camino.

—Sí claro, muertos, son muertos. —Suspiró de nuevo y rezongó—. No le dio mejor idea que venir a investigarlos, ¿verdad?

El comisario largó la risa.

—Somos policías, Olivera, no le debemos hacer asco a nada — siguió riendo.

Con algo de dificultad por las ramas y espinos, pero llegaron por fin.

Quedaron mirando aquel lugar, algo sorprendidos. Se extendían allí diseminadas, más de cincuenta tumbas a juzgar por las cruces, unas de hierro, otras de madera, muy antiguas, otras de mármol y hasta de piedras. Algunas se veían abiertas, otras rotas y había pequeños

y grandes montículos, claramente eran colonias de tatú peludo, este bichito tan amante de los cementerios. Más allá al final del campo santo se alzaba un edificio, que a juzgar por su arquitectura, era muy antiguo.

Estaba hecho a modo de capilla, pero no tenía cruz, sus paredes anchas de piedras de adoquines y una puerta de madera y hierro, muy trabajada, con gruesos herrajes finamente terminados, dos metros antes otra puerta de gruesa reja impedía el paso a la galería. Al pie una ancha escalinata de unos cuatro o cinco escalones, cubría todo el ancho de la cripta. Aquel lugar era bastante grande para ser de una sola familia. Se miraron y tomaron aire.

—Bien —dijo el comisario—. Vamos a ver qué hay allá. —Señaló con la mirada la cripta.

Darío seguía algo nervioso, trató de disimular, se persignó y dijo.

—Y sí, ya que estamos acá, vamos —se animó.

Cruzaron entre las tumbas mirando a un lado y otro, con cuidado de no meter el pie en algún hueco.

Cuando llegaron frente al edificio miraron hacia arriba, parecía más grande aun.

No tenía símbolos religiosos, ni escudos ni nada solo una inscripción en latín.

«HIC CUM SEPTIMAE SEPTIMAE QUIESCAM DONEC MALEDICTIO EST».

Darío leyó y copió en su celular la oración, más abajo apartada otra decía:

«Reveals animam sanguinis Domini. AVE».

Mientras hacía esto con algo de dificultad porque no veía bien, ya el sol se estaba poniendo y la luz no era de lo mejor. El comisario abrió la reja, estaba sin tranca. Entró, caminó hasta la puerta y tanteó la cerradura, para su sorpresa estaba abierta, sin pensarlo abrió y entró, no se dio cuenta de la poca luz, el olor allí era nauseabundo, trató de buscar el celular para ver mejor mientras caminaba en la penumbra.

El olor era cada vez peor, trataba de adaptar la vista, prendió la linterna del celular y algo chilló fuerte en la obscuridad y le zumbó sobre su cabeza, eran murciélagos que por la luz, salieron espantados, cuando se recuperó de la sorpresa alumbró abajo al piso y quedó pasmado, tragó saliva y comenzó a hacer arcadas, se tapó la boca con una mano y trató de salir afuera. Cuando alcanzó la puerta se apoyó en la pared y comenzó a vomitar y no paraban las arcadas. Agachado trataba de respirar aire fresco, salió más afuera y se apoyó en una cruz, le lagrimeaban los ojos.

Darío quedó pasmado, ni pensó en entrar, solo atinó a preguntarle qué pasaba. Ya imaginaba lo peor.

—¿Qué paso, Daniel? —preguntó pálido del susto.

—Agg, el cadáver —dijo tratando de recuperarse, todavía doblado apoyado en sus piernas escupía.

—¿Hay un cadáver ahí adentro? —casi gritó Darío.

—Un ciervo —dijo Daniel—. Es solo un ciervo, tranquilo.

Darío respiro.

—Uff, pensé lo peor, casi me mata de un susto comisario.

—Cierra la puerta, vámonos —dijo el comisario y tosió. Se enderezó y salieron de allí.

Para cuando llegaron al pueblo ya estaba obscuro, fueron derecho al boliche.

Daniel se bajó y se quedó un momento recostado a la puerta de la camioneta, prendió un cigarrillo y aspiró profundo.

—¿Se siente mejor, comisario? —le preguntó Darío, ya a su lado.

—Sí —contestó—. Trato de sacarme el olor de la nariz, qué asco —rezongó.

—Mejor tomamos un whisky, nos va a hacer bien —dijo Darío señalando hacia a dentro de la cantina.

—Sí, vamos —aceptó el comisario.

Entraron y se sentaron arrimados a la barra. Don Ramiro los miró y dijo haciendo un gesto con los ojos grandes.

—Pero qué caras que están las papas. ¿Acaso vieron un fantasma? —bromeó.

—Sí, algo así —contestó Darío—. Denos un whisky, para mí doble.

—Sí, para mí también —dijo el comisario—. Y sírvase usted —lo invitó.

Don Ramiro asintió y les sirvió los whiskys.

Era temprano para tarde y tarde para temprano, como dice el dicho. Así que estaban solos los tres.

Darío le preguntó intrigado.

—Y me va a decir comisario, ¿quée fue lo que vio?

—No sé, de solo acordarme se me revuelve el estómago. —Pensó un segundo—. Era un venado creo, estaba obscuro y el olor mareaba, cuando pude alumbrar vi aquello hecho pedazos, todo gusanos y materia podrida, líquidos, vísceras, ¡yo qué sé! —Hacía gesto de asco.

—¿Y dónde vio eso? —se intrigó don Ramiro.

—En la cripta de la familia Lorenzo Lecouna —contestó.

—Santísima madre de dios —se persignó el bolichero—. ¿Y qué hacían ahí? —preguntó como desorientado.

—Yo pensé lo mismo —dijo Darío.

—Estábamos investigando, don Ramiro. —Agachó un poco la cabeza—. Ya me tiene derrotado este caso, ya no sé dónde buscar.

Don Ramiro hizo un gesto de preocupación y suspiró.

—Sí, esas criptas tienen muchos años. Yo ni loco me meto a un cementerio de esos, no se sabe uno con lo que se puede encontrar. Yo he escuchado historias de todo pelo.

El comisario lo escuchaba como ido, de pronto reaccionó.

—¿Usted dijo criptas? ¿Hay más?

Don Ramiro lo miró serio y dijo.

—Sí, por aquí, todas las estancias antiguas tenían un cementerio y casi todas una cripta. Algunos ya están en ruinas pero otros quedan en pie. ¿Por qué pregunta?

—¿Usted sabe de alguna cerca del pueblo? —siguió preguntando el comisario.

Don Ramiro pensó un momento.

—Creo que por el camino al cerrito chato, se llama… La encerrada, está a la derecha enseguida de la curva cerrada unos seis kilómetros, más o menos. Ahí había un cementerio, no muy grande. —Siguió pensando y dijo de pronto—. Ah, pero mire usted, hay otro en la chacra de la iglesia y después, no sabría otro que tenga cripta y que quede en pie, no, creo que no. Pero usted cree que pudiera encontrar algo ahí.

—Y no sería el primer caso, que dos chicos buscando refugio para su intimidad, se aventuren en estos lugares. Esas criptas sirven de refugio para los muertos como también para los vivos y las alimañas —dijo el comisario mirándolos a ambos.

Darío hizo un gesto abriendo los ojos.

—Estos jóvenes de ahora, no le tienen miedo ni respeto a nada, tal vez usted tenga razón comisario —dijo don Ramiro.

—Sí, don Ramiro, igual ya no me queda dónde buscar, estoy agotando posibilidades. —Suspiró como cansado.

Pagaron, se despidieron y se fueron a seguir con la rutina.

.

Bajo el sótano del caserón de la chacra de la iglesia, en una pequeña celda aislado, el hombre lloraba casi sin fuerzas, su sonido era débil, lastimero, jadeaba un poco de a ratos.

—Tome el agua —le ordenó el chico—. Y coma algo de pan, mañana le conseguiré carne y algo más, ¡debe comer, por favor! — El tono con que le hablaba era amable.

—Por favor chico, tú ayúdame a salir, por favor —pedía el hombre casi sin fuerzas.

—No puedo —dijo y se puso nervioso, miró hacia todos lados, como si alguien más allí, lo fuera a escuchar—. Solo tome el agua y haga silencio, mañana le traeré más comida.

El hombre usando las pocas fuerzas que le quedaban, le habló desesperado.

—Martín, hijo. Por favor, mañana se hará la luna llena, hay que detenerlo o será terrible. —Comenzó a llorar.

El chico ya le había dado la espalda para irse, se detuvo y se agarró la cabeza con las dos manos tapándose los oídos.

—No, no, no diga mi nombre —dijo y empezó a temblar, cayó de rodillas como si le estuviera dando una convulsión y gritaba—. Él lo escuchará, él lo escuchará. —Le caían las lágrimas ahora, como si tuviera miedo a algo a alguien. Agachó la cabeza hasta tocar el piso y de pronto se incorporó, su semblante duro, serio, ya no lloraba. Miró al hombre como observándolo.

—¿Martín, ha dicho? Martín ya no está, él es débil, un maldito marica débil. —Caminó hasta la celda, se agarró a los barrotes y lo miró fijo. Maldad, eso había en su mirada. El hombre se arrinconó en una esquina y lloraba, se cubría el rostro con los brazos.

—Por el amor de dios —suplicaba—. Ten piedad.

—Piedad —dijo el joven—. Mañana se hará la luna y la sangre correrá, porque él dice que la sangre revela el alma de dios, la sangre nos curará, padre.

.

El sábado amaneció un poco gris, el comisario recién llegaba a la comisaría.

—Buen día —saludó.

Todos estaban reunidos tomando mate en la oficina de Sara.

—Buen día —contestaron.

—Dame un mate, Sarita, casi no dormí anoche pensando en esa maldita cripta —dijo tomando el mate—. Hoy iré preparado, dedicaré el día a eso.

Darío dio vuelta los ojos hacia arriba, en claro gesto de desacuerdo.

—¿Tú estás muy ocupado hoy, Ricardo?

—No comisario. —Lo miró expectante.

—¿Le tienes miedo a los fantasmas o al lobizón? —preguntó serio, pero todos comprendieron que se estaba burlando de Darío. Comenzaron a reír todos, menos él, claro.

—Ahh, qué gracioso —se burló Darío—. Yo no le tengo miedo, es respeto por los muertos y como decía mi abuelita: «yo no creo en brujas, pero que las hay, las hay». Ríanse nomás —los sentenció.

—Dame otro mate Sarita, que ya nos vamos —dijo tratando de ponerse serio.

El inspector carraspeó y encendió un cigarrillo, tomó su chaqueta y salió a fumar afuera.

Al momento el comisario lo siguió.

—Toma las llaves vamos en mi camioneta así no llamamos mucho la atención.

—Bien, me parece bien —asintió el otro.

—Carga unas palas y algún machete, ah y una linterna, no quiero llevarme la sorpresa de ayer —dijo el comisario.

Volvió adentro y pidió otro mate de apuro.

—Sarita estate atenta al teléfono, por si te preciso y ayuda a Darío, busquen datos de historia de la zona, veinte kilómetros a la redonda por si hay algún otro cementerio que pudiera tener edificaciones como criptas. Y también pueden preguntarle al padre Antonio, tal vez él sepa algo. Yo y Ricardo estaremos todo el día en esto.

—Sí, señor, tranquilo, averiguaremos todo lo que podamos — contestó amable Sarita.

Se puso la campera y salió, el inspector tenía todo cargado.

—¿Adónde vamos primero?

—Ayer don Ramiro me dijo de una que hay en el cerrito chato, empecemos por esa, es la que nos queda más a trasmano, después a la vuelta podemos pasar por lo de don Sirilo de nuevo, ¿te parece? —Lo miró de costado, ya iban en marcha.

—Sí, está bien —aceptó y preguntó—. ¿Y la chacra de la iglesia?

El comisario suspiró.

—Sí, esa la dejamos para lo último.

Anduvieron más de cuarenta minutos, el camino era angosto pedregoso y cortado en partes por grietas y alguna que otra rama de árboles caídos, cruzaron un arroyo con el agua a la mitad de la rueda, por momentos se hacía intransitable, a pesar de que la camioneta era 4x4. Allá a las mil y una llegaron, encontró la portera y se veía a medio colgar un viejo cartel de madera «La encerrada».

El comisario miró.

—Aquí es —dijo mirando alrededor—. Y parece que no vive un alma acá.

Efectivamente el camino lleno de yuyos altos dejaba claro que por allí no pasaba nadie en mucho tiempo. Entraron por el camino principal, anduvieron más de un kilómetro para adentro y encontraron las ruinas del caserío. Quedaban apenas parte de la fachada de lo que fuera antaño un inmenso caserón. Detuvieron el vehículo y se bajaron. Escudriñaron un poco entre las ruinas, se separaron para buscar mejor, al rato volvieron al lugar de partida.

—Acá no anda ni el loro, comisario —dijo el inspector.

—Sí, acá no hay nada —asintió el comisario—. Creo que hay unas ruinas por allá. —Señaló hacía un lugar apartado—. Debe de ser el cementerio.

—Bien, vamos para allá —dijo decidido el inspector, tomó la pala y le pasó el machete al comisario. Anduvieron entre las chircas y los yuyos y finalmente llegaron a un claro, donde unas cuantas tumbas se veían esparcidas, era más chico que el de los Lorenzo, pero estaba en igual o peor estado, había montículos de tierra por todos lados y tumbas abiertas. Aquella hora el sol les favorecía, ya que era casi mediodía. Al medio había una especie de altar, que a pesar de los años y el daño se notaba que la estatua que reposaba allí era de un ángel, que aún ahora con un ala rota mantenía su indudable belleza. Más atrás se levantaba la cripta, esta era parecida a la otra, de adoquines de piedra, pero no tan grande ni tan esplendorosa. Esta se notaba más humilde. Estaba abierta, tenía una puerta de dos hojas pero una estaba totalmente destruida, entraron, alumbraron, solo quedaban restos de cajones en las paredes y algún jarrón viejo y otros destruidos, un pequeño altar al centro, donde se veían rastros de cera y algunas figuras religiosas, cristianas.

Alumbraron detenidamente todo y se tomaron el tiempo de estar seguros. El aire allí era pesado, pero no había olor a nada en descomposición, solo a orín, algo bastante común en lugares abandonados.

—Aquí no hay nada, inspector —dijo el comisario con las manos a la cintura, suspiró como derrotado, estaba seguro de que debía encontrar una pista.

Salieron de allí y se sentaron en la escalinata, encendieron un cigarrillo y como si estuvieran en complicidad de pensamientos, quedaron en silencio, solo fumando y pensando.

Uno miraba el campo, el monte. El otro las tumbas, los montículos abandonados por los tatú, de pronto el inspector se puso de pie de golpe y señaló hacia una tumba.

—Allá, hay algo allá, venga —dijo ya encaminándose y tirando el cigarrillo, el comisario lo siguió de apuro. Llegaron donde señalaba el inspector, la tumba estaba rota y la fosa abierta, en los pedazos de escombros, como colgando había una campera de color azul, deportiva, claramente nueva.

Aunque estaba un poco dañada, la agarraron y buscaron en los bolsillos. No tenía nada, pero había un bolsillo interior con cierre y ahí encontraron un celular.

El comisario se derrumbó, se sentó en el suelo y se recostó a la cruz, se llevó las manos al rostro, luego miró al inspector este estaba claramente conmocionado también.

—Es de Rodrigo, ¿verdad? —preguntó el comisario, como si quisiera una negativa, después de todo lo que se había empeñado en encontrarlo, es como que no creyó que podía encontrar una triste realidad.

El inspector tragó saliva, sentía la misma decepción.

—Sí —dijo finalmente—. Concuerda con los datos proporcionados por su madre.

El comisario tomó aire y trató de reponerse se puso de pie y le dijo.

—Debemos enviarla a Montevideo, buscar pruebas de laboratorio, huellas, lo que sea. En la camioneta hay bolsas de plástico y guantes, tráelos, mientras yo llamare a Sara y tendremos que dar vueltas este lugar.

—Sí, comisario, pero no conseguiremos personal policial para hoy, tal vez debamos venir mañana —sugirió el inspector.

—No —dijo decidido el comisario—. Para mañana el asesino pudo haber movido el cuerpo, pediré civiles mientras hablo con el comisario de Sierras, a ver en cuánto puede ayudar.

—Bien, como digas, voy por las bolsas para evidencia.

El comisario asintió con un breve movimiento de cabeza, sacó el

teléfono de su campera y comenzó a marcar.

—Hola, ¿Sarita?

—Sí, comisario, diga.

—Escucha con atención, dile a Darío que reúna a cuatro o cinco hombres de confianza, debemos dar vuelta este lugar, que traigan palas, picos y todo lo que sirva para remover tierra. Estamos en La Encerrada, dile así, él sabe dónde es.

Sara escuchó con atención y anotó.

—Bien comisario, enseguida. —Iba a cortar y no se aguantó—. Dígame ¿encontró algo?

El comisario pensó qué decirle, no la quería alarmar. Fue prudente.

—Es posible pero… no sabemos todavía, hay que buscar más profundo —dijo eso y cortó, ya no quería perder tiempo.

Volvió a llamar, ahora a la comisaría del pueblo Las Sierras.

—Buen día, soy el comisario De los Santos, quiero hablar con el comisario Álvarez, es urgente, por favor.

—Enseguida se lo paso, señor —contestó un oficial del otro lado.

—Buen día De los Santos —dijo una gruesa voz al otro lado.

—Buen día Álvarez. Se lo hago breve, encontramos un indicio de los chicos perdidos, lo necesito con todo el personal o civiles que pueda, estamos a seis kilómetros del pueblo Las Flores, en los campos de la que fuera la estancia La Encerrada. Tenemos que dar vuelta todo el cementerio.

—Bien, bien Daniel, conozco el lugar, deme unos minutos para juntar la gente y salimos para ahí.

—Gracias comisario, le esperamos.

Darío se movilizo rápido, trató de no llamar la atención, pero las señoras del pueblo que están en toda recepción como radares, lo interceptaron y los rumores de que seguramente habían encontrado algo, empezaron a correr como chisperío.

Pronto el camposanto se agito, oficiales y civiles, dando vuelta a pala y pico, todos los recovecos de las tumbas, se hizo la tarde y no habían encontrado nada, cuando ya estaban casi obscuras, los comisarios De los Santos y Álvarez, se ponían de acuerdo para dejar personal allí, toda la noche cuidando, ya que faltaban cuatro o cinco tumbas por investigar.

El primero en ofrecerse fue el inspector Martínez.

—Bien Ricardo, estate atento, te quedará una camioneta oficial con radio y dos oficiales. ¿Tienes batería en el teléfono? —le preguntó, se veía algo preocupado.

—Sí, tranquilo comisario, si alguien viene por acá seguro lo vamos a detener —dijo con mucha seguridad el inspector.

—Bien, cuídate.

Se despidieron y partieron dejando a los tres hombres allí, al cuidado de las tumbas.

El comisario entró a la comisaría y fue derecho a su oficina, Sarita no le dio tiempo ni a tomar asiento, cuando le estaba preguntando, ansiosa.

—Cuénteme comisario, ¿qué paso? ¿Encontró algo?

El comisario la miró y tomó asiento.

—Siéntate, Sara. —Le señaló la silla frente a él. Ella quedó seria, cuando él le decía Sara, era porque estaba enojado o algo muy serio había. Lo miró atenta, se sentó en silencio—. Presta atención, encontramos una pista. —Recordó el momento y se notó otra vez el cambio en su semblante—. Encontramos… la campera del chico y

su celular.

Sarita palideció, lo quedó mirando fijo y tragó saliva.

—¿Quiere decir, que están muertos, señor? —preguntó casi con miedo de la respuesta.

El comisario suspiró y meneó negativamente la cabeza, miró al piso y después la miró.

—No sé, Sarita. Por eso estamos buscando en todo el cementerio, por ahora es la única pista que tenemos. Deberíamos tener esperanza de que estén con vida, pero en las condiciones que se encontró la evidencia dudo que el chico este con vida. —Tomó aire —. No sé, la chica.

En ese momento Ana Luisa entró en la comisaría, recién había llegado al pueblo y una vecina la había alertado de que habían encontrado algo porque vio el despliegue de policías, que vinieron del otro pueblo.

— Permiso —se anunció y llamó—. Señorita Sara.

El comisario miró a Sara.

—Atendela y decile que pase para acá.

—Sí, señor —dijo Sarita, se veía consternada. Salió al pasillo y fue hasta la entrada—. Señora, buenas noches, puede pasar. El comisario la espera. —Hizo una mueca de sonrisa forzada y se fue a su oficina, se sentó detrás del escritorio, cerró un segundo los ojos y suspiró—. Por dios, esto es terrible.

Ana Luisa se presentó en la oficina del comisario.

—Permiso señor comisario —dijo seria, detenida en la puerta.

Él la miró y se puso de pie.

—Pasa Ana, toma asiento —le dijo mientras fue y cerró la puerta.

Ella lo miró expectante, se notaba tensa.

—¿Qué está pasando, Daniel?

El recostó una pierna en la esquina del escritorio cerca de ella y la miró a los ojos, trató de disimular sus emociones por aquella situación.

—Encontramos algo —dijo y se pausó.

—¿Algo? —preguntó ansiosa pero más preocupada aún.

Él cerró un segundo los ojos, se pasó una mano por la barbilla y se lo dijo.

—La campera y el celular de Rodrigo. —Apretó los labios y tragó saliva.

Ella abrió la boca y se llevó las manos al rostro.

—¡Por dios, no! No, no, no puede ser. No puede estar muerto Daniel, ¡noo! —Y comenzó a llorar.

Él se agachó frente a ella y la tomó de ambos hombros mirándola a los ojos, trató de que se calmara.

—Escuchame, hasta que el laboratorio no nos envíe los resultados, seguimos buscando, puede que se la hayan robado y la tiraron ahí, no sé.

—Él está muerto, Daniel. Tienes que buscar su cadáver ahora —seguía llorando.

—Por favor Ana, no digas eso, aún no lo sabemos.

Se puso de pie y le tomó de la mano.

—Ven.

Ella se levantó y lo miró a los ojos, él le secó las lágrimas suave con la mano, la abrazó y la besó en la frente.

—Te llevaré a tu casa y tal vez es mejor que te vayas a Montevideo, no sé a la casa de tu madre o tu hermana, por lo menos mientras seguimos la investigación, así no estarás sola —le sugirió cariñosamente.

—No, prefiero estar aquí en mi casa y prefiero estar sola, me hará bien —dijo esto y se soltó de los brazos de él para dirigirse a la puerta.

Él la miró y suspiró.

—Bien, como quieras, yo estaré para lo que necesites.

Ambos salieron de la oficina, cuando pasó frente a la puerta de Sara, le dijo.

—Sarita yo iré a llevar a la señora Ana a su casa, vuelvo al rato, si necesitas algo solo llama.

— Sí, señor —contestó algo ida.

Ellos se fueron, Sarita quedó sumida en sus pensamientos. Qué horrible un asesino suelto y podría estar en el pueblo o acechando en alguna parte, pobres de esos chicos, qué horror, pensaba.

Darío la sacó de su trance.

—Hola, estas ahí —le dijo ya entrando en su oficina y tomando rápido una silla.

—Sí —dijo ella con poca gana.

—Detesto los cementerios —se quejó él—. El comisario dónde fue, vi su camioneta salir.

—Sí, fue a llevar a la señora Ana a su casa. La pobre mujer estaba en mal estado.

—Sí, no es para menos, si hubieras visto. Aquella campera toda rota y con sangre por todos lados —dijo él algo preocupado.

—Ya, ya, no me cuentes, solo pensar que hay un asesino y puede estar en cualquier parte, me hiela la sangre.

—Sí —suspiró él—. Tienes razón.

Quedaron unos segundos en silencio, como idos cada uno en lo suyo, de pronto él le dijo.

—Escucha necesito tu ayuda con algo. —La miró y sacó el celular del bolsillo — Mira esta inscripción estaba en la cripta de los Lorenzo y no sé por qué, es… extraña esa cripta, no tiene cruces ni símbolos, nada —hizo gesto como de extrañado.

—A ver dame —dijo ella interesándose, leyó—. Es latín —dijo segura y comenzó a teclear y mirar la pantalla de la computadora.

—¿Cómo sabes? —preguntó intrigado.

—Bueno la palabra ave, significa «salve» y la otra que aparece en mayúscula en medio de la oración, creo que significa «dios», por eso está en mayúscula —decía esto mientras, seguía tecleando—. Sí — dijo mirándolo—: Es latín y dice: «AQUÍ REPOSARÁN LOS SÉPTIMOS DE LOS SÉPTIMOS HASTA QUE SE ROMPA LA MALDICIÓN» —leía en voz alta—. Y la otra frase dice… «La sangre revela el alma de Dios. Salve».

Lo miró y agrandó los ojos, el quedo un momento pensativo.

—Y, ¿qué piensas? —preguntó ella.

—Bueno, no parece nada raro, confirma la historia de la familia, los siete de los siete, yo que sé. —Meneaba negativamente la cabeza.

—Sí, eso sí, por la leyenda. —Ella quedó un segundo pensando y lo miró—. Pero lo de la sangre, ¿qué tiene que ver?

—No sé —dijo él y se repitió la frase—. La sangre revela el alma de dios, no tiene sentido, está claro que no eran cristianos ni de ninguna religión. No hay nada que tenga que ver con eso allí.

—Tal vez mataban para beber la sangre, tal vez pensaban que eso los curaría —dijo Sara algo pausada.

Darío suspiró y dijo:

—Prefiero pensar que todo son inventos por lo supersticiosa que es la gente de por aquí, pero a veces no sé qué pensar, hay tanta cosa extraña.

.

Daniel detuvo la camioneta frente a la casa de Ana, la miró y la abrazó.

—Ven. —Le dio un beso tierno en la frente.

Se separaron y le preguntó.

—¿Quieres que venga más tarde, para saber de ti?

—No, no será necesario —dijo ella negando con la cabeza.

—No te molestaré, solo es para que no estés sola.

—No, de verdad Daniel, es que prefiero estar sola, ¿entiendes?

—Sí, claro, está bien, si precisas cualquier cosa llama, yo estaré en la comisaría esta noche.

—Bien, muchas gracias. —Le dio un beso fugaz y se bajó, él esperó a que entrara a la casa y puso en marcha el vehículo.

.

El inspector Ricardo y los dos oficiales encargados de vigilar el cementerio, habían conducido la camioneta policial hasta la orilla del lugar y la habían ocultado bajo una planta de jazmín del paraíso, un arbusto con mucho follaje que caía en forma de cortina en círculo y dejaba un gran espacio hueco al medio, casi todo el vehículo estaba cubierto y adentro ellos tres, conversaban lo más bajo posible, solo no aguantaban las ganas de fumar y la pequeña luz roja de las brasas de los cigarrillos como extrañas luciérnagas danzantes, se dejaba ver.

La misión era vigilar bien el lugar sin ser vistos, por si el asesino venía en busca de ocultar otra evidencia o mover los cuerpos, que ellos creían casi con certeza que tendrían que estar ocultos allí.

—Usted cree inspector que vendrá —susurraba uno de los oficiales.

El inspector le dio una larga pitada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero de la camioneta.

—No sé, sería muy bueno que lo hiciera, así termina todo esto de una vez.

—Usted encontró la campera ¿verdad? —le preguntó el otro oficial, era muy joven apenas cumplía veintidós años.

—Sí —dijo el inspector—. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, no le pareció raro, no tenía cortes de arma blanca y el celular estaba intacto, aparte estaba como caída allí, por lo que dijeron. No la ocultó.

El inspector escuchaba con atención las reflexiones del joven y lo estaba haciendo pensar en una seria posibilidad.

—¿Y si fue un animal, inspector? —preguntó el otro.

—Sí, podría ser, pero no hay un animal tan grande en esta zona, capaz de matar a dos personas adultas, lo más grande que podría bajar de los cerros sería un puma, no creo que pudiera con dos personas.

—Sí, tiene razón —aceptó.

—Lo que estoy pensando —dijo el inspector— es que si en este lugar no encontramos más nada, tal vez la dejaron ahí para distraernos y alejarnos de los cuerpos.

—Eso sí es muy coherente —dijo el joven.

—Como sea, no sabremos eso hasta mañana y es solo una idea. —

Meneó la cabeza, todo este asunto lo tenía muy preocupado.

Quedaron un largo rato en silencio, con las ventanillas abiertas para escuchar los ruidos del campo.

Hasta que un resplandor maravilloso comenzó a bañar el camposanto, las cruces cobraban vida y las sombras se iban recortando lentamente. Quedaron maravillados, ante la imponente salida de la luna llena que emergía en el horizonte naranja, como si saliera del fuego y lentamente se fuera transformando en hielo.

—La luna del lobizón —dijo sin pensarlo el inspector, como en modo automático mirando aquello.

—Maravillosa, qué bonita se ve —dijo el joven.

Pronto la noche cobró vida y los ruidos anunciaban a los habitantes nocturnos del campo, el primero un zorro saltando y corriendo entre las tumbas, seguramente cazando algún ratón, anduvo así un rato en lo suyo, los hombres lo observaban sin hacer el más mínimo ruido, de pronto el animalito levantó la cabeza, el hocico hacia arriba y pronto quedó tieso mirando hacia donde estaban escondidos ellos, fue un segundo, movió sus orejas y rápido dio un salto y desapareció entre las tumbas. Los murciélagos hacían lo suyo chillando y revoloteando. Más cerca de la media noche un tatú peludo emergió sigiloso y pronto se puso a revolver entre montículos de tierra fresca movida por los hombres, buscando olfateando, escarbaba un poco en cada lado, nervioso.

Ya pasaban las doce de la noche, el inspector les susurró a los

oficiales.

—Esto está muy tranquilo, cruzaré bordeando el monte y me quedaré unas horas en la cripta, así tendremos mejor campo de visión de los dos lados, estén alertas por cualquier cosa sospechosa, entienden.

Los otros se miraron entre sí.

—Sí, inspector —asintieron—. Pero ¿está seguro de hacer eso? —dijo el más joven—. Es una cripta, señor.

—Sí, ¿y? No hay nada ahí adentro, si se refiere a los muertos. Estaré bien y tomaré un poco de aire, voy a quedar acalambrado de estar acá adentro.

—Sí, está bien señor, como quiera, aquí estaremos atentos.

El inspector se bajó, trató de no hacer ruido, aunque era imposible, el suelo crujía donde pisara.

No prendió luz, solo tomó un machete, revisó que su arma estuviera con seguro, una linterna por si la precisara, los cigarrillos, encendedor y su teléfono, ya lo tenía en silencio. Así lo más sigiloso que pudo se dirigió por la orilla del monte rodeando el camposanto hasta llegar a la cripta.

—Este hombre está mal de la cabeza —dijo el agente de más edad.

—Sí —contestó el joven—. Yo ni loco me meto en una cripta de noche y con luna llena, mi dios.

Ahí se quedaron los dos vigilando atentos y pensando en qué sería del inspector.

.

Ana Luisa sentada en el fondo de su casa, bajo el toldo que daba al jardín, bebía un té de tilo y miraba las fotos de su hijo en su celular, le corrían las lágrimas. Su casa estaba ubicada a dos cuadras de la cascada, en ese lugar los terrenos eran muy espaciosos, había solo dos casa más en toda la cuadra y de una a otra casi no se veía ya que la vegetación era abundante, el fondo de su casa daba a la cadena de cerros, a unos cuantos metros ya comenzaba el monte de sierra, y cada vez más espeso subía por la ladera.

Apago el teléfono lo dejo junto a la taza de té y se levantó para ir al baño, en un momento se apoyó en la mesada, abrió el agua del grifo y se lavó la cara, estuvo unos segundos mirándose en el espejo, pensativa. La sacaron de sus pensamientos los ladridos desesperados de los perros de la cuadra, de pronto se habían agitado todos, se secó el rostro y fue por el teléfono y la taza que había dejado afuera, al salir sintió más perros que ladraban, como si estuvieran en los cerros, en los montes. Tomó el teléfono y la taza, cuando se enderezó para entrar quedo petrificada, allí en su patio, del monte había salido un ser, que no podía identificar, era negro, grande, parecía un perro, pero su rostro, era un extraño rostro de persona, redondo pálido, grandes ojos amarillos y en su boca sobresalían unos dientes desparejos y unos colmillos más largos, el ser estaba

sentado, como un perro igual y solo la miraba fijo. Ella tragó saliva y comenzó a caminar hacia atrás despacio tratando de entrar a la casa, los perros del cerro se sentían ahora mucho más cerca, lo que a ella le pareció una eternidad no había pasado de dos minutos, aquel ser extraño solo se levantó se dio la vuelta, la volvió a mirar y corrió, dio un salto sobre uno de cercos y desapareció en el monte. Ella corrió adentro de su casa, tomó el teléfono de línea y llamó a Daniel.

—Hola, hola, soy Ana, quiero hablar con Daniel por favor, es urgente —dijo, temblando. Dejó el tubo y fue rápido a cerrar con llave la puerta, volvió rápido y lo tomó.

—Ana, Ana —se sentía la voz del comisario, también nervioso.

—Daniel ven urgente por favor, estoy bien pero ven, por favor — hablaba agitada.

— Enseguida voy —dijo y cortó—. Es Ana —dijo a Darío mientras salía rápido—. Algo pasó, te llamo enseguida.

—Sí comisario. —También Darío quedo nervioso.

Él llegó lo antes que pudo, ella lo vio llegar, abrió la puerta y corrió a abrazarlo, temblaba, estaba aterrorizada.

—Daniel, lo vi —le dijo y lo apretaba fuerte, como para no despegarse.

—Tranquila, ¿qué viste? —le dijo y la apartó un poco para verle la cara—. Estás temblando, vamos adentro, tienes que tranquilizarte, ya estoy acá.

La abrazó y la acompañó adentro, la hizo tomar asiento en un sillón y le alcanzó un vaso con agua, ella tenía la vista como perdida y temblaba.

—Escuchame Ana, ¿qué paso, qué fue lo que viste? —le preguntó, pausado y suave.

Ella lo miró y habló con dificultad, no entendía del susto, lo que era aquello que vio.

—Yo vi, creo que es lo que llaman lobizón… él es mitad perro, mitad hombre, es… es… horrible. —Le costaba respirar de los nervios—. Él vino al patio del fondo, traía algo, no sé qué era, él solo me miró, me quedó mirando. —Comenzó a llorar.

—Calmate cariño —le dijo él y la abrazó, ella lloraba histéricamente, él la dejó llorar sin dejar de abrazarla para que se desahogara, era evidente que el estado de nervios que tenía debía explotar de alguna manera. Cuando se calmó un poco, la dejó y fue por otro vaso de agua, ella bebió suave.

—¿Estás mejor, más tranquila?

—Sí, sí, disculpame, es que me asustó mucho —se disculpó, ya se sentía más tranquila.

—¿Tú dijiste que este ser traía algo? —la interrogó él—. ¿Viste qué era?

—No, es que no podía dejar de mirar sus ojos, pero… no sé, debe de estar allí, donde se detuvo —dijo señalando hacia el patio del fondo.

—Bien quedate acá, yo iré a ver —dijo él, se puso de pie y se encamino al fondo, recorrió con la luz de su linterna, el monte y las sombras que este proyectaba, no había ruidos, nada. Ya los perros se habían calmado, camino y recorrió el patio junto a la cerca y encontró algo que lo hizo mirar hacia un costado y en su rostro se reflejó el asco, recordó por el olor, la cripta, el venado y casi le vienen náuseas de nuevo, pero se contuvo. Miró aquello con detenimiento y ahora sí el corazón se le vino a la boca.

—No puede ser —solo dijo y retrocedió, entro a la casa y fue rápido hacia la puerta del frente, salió derecho a la camioneta, abrió la puerta del acompañante y sacó de una caja bolsas de evidencia.

Ella sorprendida fue detrás de él, no entendía qué pasaba.

—¿Qué pasa Daniel? —preguntó nerviosa.

Él la miró a los ojos, se notaba nervioso y no sabía qué decirle.

—Tú tranquila, solo creo que puede ser algo que ayude en el caso. Ve adentro recuéstate, en un momento estaré contigo.

Dijo eso y salió rápido cruzó la casa y fue al fondo, se puso guantes y recogió aquello en la bolsa, la cerró hermética y respiró. Alumbró con la linterna en el suelo por si hubiera algo más, pero, no. No había nada más allí. Levantó la bolsa y la alumbró haciéndola girar lentamente. No se dio cuenta de que Ana estaba detrás de él. Al ver aquello Ana lanzó un grito y salió deprisa hacia la casa, aterrorizada, él corrió detrás de ella. Dejó la bolsa en el suelo al lado de la puerta y fue con ella, estaba sentada en el sillón y se cubría el rostro con las manos.

—Ana, no tenías que verlo —le reprochó—. Calmate, lo llevaré a la comisaría y lo enviaremos a laboratorio.

Ella lo miró seria, aún le caían lágrimas.

—Eso es parte de la chica, ¿ahora crees que están muertos? —casi le gritó, volvió a cubrirse el rostro.

—Perdoname, es que yo quería tener una esperanza —dijo él como derrotado—. Perdoname, lamento mucho todo esto.

Tomó la bolsa y se fue.

.

En la cripta, el inspector fumaba apaciblemente, sentado recostando su espalda a una de las paredes cerca del altar, de frente a la abertura de la puerta. De pronto escuchó ladridos de perros, se oían lejos, prestó atención, parecía que se iban acercando. Apagó el cigarrillo y prestó atención, de pronto se sobresaltó, algo grande y pesado había saltado encima del techo de la cripta, sintió el ruido, pasos. Se quedó quieto y suavemente desenfundó la pistola, le quitó el seguro y miraba hacia arriba. No hubo más ruido, lo que fuera que lo hizo estaba quieto allí o ya se había ido. Esperó un momento quieto, sumergido en la obscuridad. De pronto aquello que estaba quieto encima de la cripta, comenzó a aullar, al inspector se le erizaron todos los pelos, jamás había escuchado aquello tan cerca. Los oficiales que estaban en la camioneta se miraron.

—¿Qué fue eso? —preguntó nervioso el más joven.

—No sé, será un perro —dijo el otro no menos nervioso. Ambos sacaron sus armas, pero no se bajaron de la camioneta, de pronto se sintieron los perros.

El inspector miró hacia la abertura de la puerta, eran unos cuantos perros, ladraban, gemían, todos agitados, pero no le ladraban a él. Parecían estar fijos en lo que estaba arriba de la cripta, hasta que él hizo un movimiento y uno de los perros más grandes lo vio y se puso furioso, comenzó a gruñir y se le venía como para morderlo, el inspector, le gritó para ahuyentarlo, pero al ver que el animal no aflojaba, soltó un disparo hacia el hueco de la puerta, algo alto para no lastimarlo. El perro se asustó reculo y pronto todos huyeron de allí. El inspector salió y tiró otro tiro para arriba. Se alejó un poco y alumbró el techo de la cripta, no había nada allí. Lo que fuera que estuvo, ya se había ido. Los oficiales aparecieron corriendo,

alumbraban con las linternas para todos lados.

—Inspector, ¿qué pasó, señor? —preguntaron nerviosos.

—No sé había algo arriba de la cripta, pero los malditos perros me delataron, y uno se me vino tuve que tirar al aire, no me quedaba otra —rezongaba el inspector mientras guardaba el arma.

—¿Y el aullido, señor? ¿Qué cosa podía haber aullado así? —preguntó el joven.

—No sé —dijo el inspector—. Nunca lo había escuchado tan cerca, se escucha cuando hay luna, pero a lo lejos, siempre creí que eran solo perros, pero eso que subió ahí arriba, si era un perro, era muy grande. —Suspiró—. Traigan leña haremos una fogata y nos quedamos por acá, con todo el escándalo, ya nos habrán escuchado hasta en el pueblo, no creo que se acerque nadie por acá esta noche —rezongaba, se refregaba la nuca con una mano y caminaba de un lado a otro.

.

En el prostíbulo sonaba la música y corrían los tragos, las chicas bailaban y conversaban con los posibles clientes, a esa hora ya habían bebido lo suficiente para comenzar a olvidarse de dónde estaban. Una de las jóvenes nueva en el lugar, se sentía mal, trató de buscar la puerta y salió a tomar aire. El estacionamiento estaba lleno de vehículos, pero no había gente miró hacia los galpones, que

estaban por un corredor a su derecha y se fue un poco más hacia allí, para que nadie la molestara, todo le daba vueltas. Caminó un poco más atrás de un recodo y se inclinó para vomitar. No se había enderezado aún cuando sintió un terrible dolor en la cabeza. Cayó al suelo desmayada y el hombre la arrastró, luego la cargó al hombro. En eso otra de las chicas la salió a buscar, cuando llegó al lugar y vio que aquel hombre la cargaba al hombro, casi grita, pero el inmenso perro negro que le aparece adelante, la deja sin habla, el perro se acerca lento hacia ella y gruñe. Siente un terrible dolor en la cabeza y cae desplomada. Alguien más sale del salón, la llama y viene en su busca. La encuentra tirada en el suelo y la socorre enseguida llamando a la dueña del lugar, la llevan rápido a una habitación y tratan de revivirla. Entre los nervios y la gente que se altera y el ruido de la música nadie escucha la camioneta que da arranque y sigilosamente se aleja.

—Llama al comisario, Yolanda —le dice una de las chicas.

—Al médico muchacha, está sangrando, alguien la atacó. Traten de revivirla, yo iré a llamar —dijo Yolanda.

En la comisaría la atendió Oliveira y llamó al comisario.

—Señor, disculpe que lo moleste, hubo problemas en el prostíbulo, parece que atacaron a una chica, la golpearon en la cabeza, el médico va para allá y pidieron asistencia policial.

—Bien Darío, tú tranquilo, yo voy enseguida —dijo el comisario, y rápido se levantó y comenzó a vestirse.

—¿Pasa algo, Daniel? —le preguntó Ana, que estaba a su lado en la cama.

—Tranquila cariño, te dejaré unas horas, hay problemas en el prostíbulo, tengo que ir yo, porque el inspector no está y Darío tiene que atender la comisaría. —Se inclinó, la besó en la frente—. Tranca con llave y duerme, son las tres recién.

—Sí, cuídate —dijo ella.

Cuando el doctor Óscar Fernández, llegó al lugar, el estacionamiento estaba vacío, solo quedaba dos motos y un vehículo. Al darse la alarma de que llamarían a la policía, fue el desbande de clientes, nadie quiere verse involucrado en nada en lugares de esta clase.

El doctor se bajó de su camioneta y fue a ver a la paciente, lo guio un joven que estaba esperando.

—Por acá doctor —le dijo señalando la dirección.

—¿Sigue desmayada? —preguntó el médico.

—No, pudo despertar, pero está como aturdida, dice cosas incoherentes —dijo mientras le abría la puerta de la habitación—. Pase, doctor.

El medico miró todo, con claro gesto de desagrado, aquella habitación cerrada, con poca luz y un aire rancio, olores mezclados entre inciensos, perfumes y tabaco. Realmente desagradable.

—¿Cómo se siente, señorita? —le preguntó tomándole la mano a la altura de la muñeca, sintiendo su pulso—. Está débil aún, necesito más luz.

Dijo el médico al joven allí.

— Sí, señor, iré por una bombilla más fuerte.

—Doctor, estoy mareada, me duele la cabeza —dijo la chica con algo de dificultad.

En eso llegaba el comisario.

—Buen día, Óscar, ¿cómo le va? —saludó—. ¿Qué pasó aquí?

—Buen día comisario —respondió el doctor—. Por lo que puedo ver, la golpearon con algún objeto duro, en la parte de atrás de la cabeza. Fue sin duda intencional, alguien la quería desmayar y lo logró.

El comisario miró a otra de las chicas, que estaba allí, haciendo compañía.

—¿Vieron al culpable?

—¿No señor, la encontró un cliente que salió detrás de ella.

Ya se presentaba Yolanda.

—Comisario, doctor —saludó con un ademán—. Gracias por venir.

Mientras el joven cambió la lamparita para que el doctor, pudiera examinar mejor a la chica.

Yolanda y el comisario salieron al patio.

—Escúcheme comisario, hay algo raro en todo esto, es el segundo ataque y otra vez en los galpones.

—¿No vieron nada? —preguntó el comisario molesto.

—Estaba el boliche lleno, con el ruido de la gente y la música imposible escuchar algo.

El doctor vino junto a ellos e interrumpió preocupado.

—Escuchen la joven dice que vio cómo un hombre cargaba al hombro a otra de las chicas y que apareció un perro grande negro y ella se asustó y fue cuando le pegaron en la cabeza.

—¿Qué dice? ¿Otra chica? —Miró a Yolanda—. ¿Te falta otra chica?

Yolanda sorprendida solo abrió grande la boca y después dijo.

—Iré a ver quién falta. —Salió apurada para el salón donde estaban reunidas las demás.

—Comisario, necesito trasladar esta chica a mi consultorio, tengo que limpiar y curar la herida y aquí no tengo los instrumentos ni la higiene correcta —dijo el doctor—, comprende.

—Sí, Óscar, será lo mejor, después yo paso a hablar con ella —dijo el comisario ya mirando hacia donde venía Yolanda agarrándose la cabeza, claramente alterada.

—Comisario. Es una chica nueva, su nombre es Laura, no está. Por dios, no puede ser.

—Le preguntaré a la joven a ver qué vio y comiencen a buscar, tal vez este tirada en uno de los galpones.

—Sí, tiene razón. Muchachos ayuden —gritó Yolanda haciendo un ademán a los pocos que quedaban allí con las chicas. Pronto armaron parejas y salieron todos a recorrer los alrededores, con linternas y celulares, se dispersaron.

Mientras el comisario interrogaba a la chica.

—Sí comisario, yo salí a buscarla porque ella se había sentido mal, y la vi salir hacia afuera, cuando noté que demoraba fui a buscarla. Ella no tenía ninguna habitación, así que fui por el corredor a ver si estaba por allí y fue cuando vi al hombre, alto, pelo corto, estaba de espaldas, no vi su rostro y la luz que había era de la luna solamente, cuando iba a gritarle o no sé, apareció frente a mí un perro negro, grande y empezó a gruñir, quedé tiesa, no sabía qué hacer y sentí el dolor en la cabeza, el golpe y no sé, aparecí acá.

El comisario la escuchaba con atención, hizo una mueca y suspiró.

—Entonces eran más de uno —reflexionó—. El doctor te llevará a su consultorio para curarte, es mejor que descanses hasta mañana allí, después yo voy a verte y veremos cómo sigue esto.

—Bien comisario, gracias —dijo a punto de llorar.

Él le apoyó la mano en el hombro y la miró a los ojos.

—Escuchame, tú tranquila, no te dejaremos sola —le dijo amablemente, para tranquilizarla.

—Es que yo lo vi comisario, si es el asesino de quien hablan volverá por mí. —Movía nerviosa las manos y las entrecruzaba.

—No te voy a mentir, es posible que sea y también es posible que vuelva por ti, pero tú tranquila, no te dejaremos sola ni un momento. —La miraba a los ojos—. ¿Entiendes?

—Bien jovencita, lleva ropa para cambiarte, te puedes duchar allá, vas a tener todas las comodidades, pero tenemos que atender esa herida cuanto antes, así que ponete algo por encima y toma tu bolso y vamos. No podemos perder tiempo —dijo el doctor lo más amable que pudo.

El comisario salió para afuera y el doctor lo acompañó.

—¿Usted cree que pueda estar en peligro? —le preguntó algo desconfiado, al comisario.

—Es posible, aunque estoy pensando, que por su relato, no solo son dos, sino que tienen un perro amaestrado, eso significa que tienen que andar en un auto o camioneta y que posiblemente no sean de un pueblo, sino que se escondan en el campo —reflexionó el comisario.

—Sí, es posible, no lo había pensado así, pero es evidente que en algo cargaron con el cuerpo.

—Le diré a Oliveira que vigile su consultorio, desde la comisaría se ve clara la entrada. Igual no dude en llamar si nos necesita.

—Bien, gracias comisario —se despidió el doctor y comenzaron a aparecer las personas que habían estado en la búsqueda, sin resultado alguno. No habían encontrado nada, solo unas huellas en el pasto de un vehículo.

—Sí, lo imaginé —dijo el comisario—. Bien, Yolanda, que vayan todas a descansar, por hoy ya no es bueno que abras. Llamaré a dos oficiales para que se queden aquí el resto de la noche, así estarán tranquilas —dijo el comisario tomando el teléfono de su camisa.

—Gracias comisario, es mejor sí —dijo Yolanda y se retiró con las demás chicas.

El comisario llamó al inspector y le dijo lo que había pasado, le pidió que acudiera al lugar con los oficiales.

—Bien comisario enseguida vamos —contestó el inspector y miró a los otros dos—. Bueno muchachos, apaguemos el fuego, hubo un ataque en el prostíbulo, parece que se llevaron una chica e hirieron a otra, así que el resto de la noche tendrán que hacer guardia allá.

—Bueno, por lo menos es mejor que vigilar tumbas —dijo el más joven.

—Sí, sí estoy seguro que sí —suspiró el inspector.

Apagaron el fuego, tomaron sus cosas y se dirigieron al prostíbulo, tomaron otro camino que los llevaría más rápido, por ser más corta la distancia.

.

El ser había dejado atrás toda la jauría de perros, los había burlado. Por un rato no lo hallarían, algo lo había atraído aquel lugar, olfateó, orinó. Sentía un aroma conocido, había perros allí, pero ahora no estaban. Pero había algo más, su agudo oído percibía un lamento, sí, un lamento humano, bajo tierra, alguien sollozaba y un olor, el elixir que él buscaba, carne en descomposición, él amaba ese olor, él buscaba cadáveres putrefactos para revolcarse en ellos, era su naturaleza infernal. La sangre y la carne podrida.

Algo lo detuvo, un vehículo, se escondió y los vio, dos hombres bajaron de la camioneta, uno alto fuerte atlético, el otro más debilucho, cargaban una chica, muerta o parecía, los dos perros negros inmensos que venían con ellos, gruñeron mirando hacia allí.

Los hombres ocupados no dieron importancia, se dirigieron al sótano.

Los perros siguieron gruñendo, uno de ellos gemía inquieto. El ser salió de su escondite y los enfrentó, uno de ellos lloró y se tiró al suelo nervioso, el otro aunque gruñía, estaba sumiso. El ser se arrimó los olfateó, hizo un sonido extraño y el perro que gruñía se empezó a orinar, claramente le tenían miedo. El joven volvía en ese momento, para llevar a los perros y quedó petrificado.

Aquel ser, aquellos ojos, aquel rostro humano, el joven retrocedió y cuando pudo corrió hacia el sótano, totalmente aterrorizado.

—¿Qué te pasa? —le gritó el otro.

—El lobizón… el… que llaman el lobizón, es real. —Casi lloraba y señalaba hacia arriba—. Lo vi, está ahí, lo vi. ¡Nos matará!

—Eres un pequeño marica, termina de atar a la chica, yo iré por los perros y ya no tiembles o te azotaré, marica —dijo y fue a buscar los perros, los llamó y cerró la camioneta, los perros seguían nerviosos—. Vamos, malditos perros, caminen —rezongaba mientras bajaba—. No sé qué tan bueno es haberlos enseñado a no ladrar, no te enteras si hay algo raro. —Miró al chico—. Tu lobizón ya se fue, no te dejó saludos. Maldito idiota, son esas drogas que te hacen ver cualquier cosa.

—Yo lo vi. —Temblaba aún—. Yo sé lo que vi.

—Sí, sí. Encierra los perros. —Miró a la chica atada de las muñecas y colgada—. Esta es perfecta, le sacaremos hasta la última gota de sangre, esto sí que habrá valido el esfuerzo —sonrió malignamente.

.

El comisario y el inspector se habían reunido en el prostíbulo y se

iban juntos para la comisaría.

Dejando a los dos agentes de guardia allí.

—¿Tú qué crees, Ricardo? —Lo miró de costado el comisario, mientras manejaba—. Dos chicos menores, ahora una chica de veinte años. Ah, lo olvidé por un momento, tenemos más evidencia, en el fondo de la casa de Ana, algo dejo el champion de la chica con el pie y parte de la pierna, te imaginarás el estado de putrefacción.

El inspector puso cara de asco.

—¿Y cómo llegó eso ahí?

—Bueno, esa es la parte más interesante, Ana jura que vio un perro negro grande, con cara de gente y que fue el que le dejo eso allí, estaba aterrorizada cuando me llamó y me lo contó más de una vez, insiste en que vio al lobizón. —Suspiró el comisario y lo miró a los ojos, serio.

—Ya no sé Daniel, en el cementerio hubo algo extraño también. —Tomó aire y encendió un cigarrillo.

El comisario volvió a dirigirle la mirada por un momento.

—¿Ah sí, qué pasó? —se interesó.

—Bueno, nos repartimos, yo fui a la cripta, desde que estuvimos temprano no vi nada raro allí, ni olores extraños, así que creí que sería mejor vigilar de ambos lados, los agentes se quedaron en la camioneta en la orilla contraria a la cripta. —Dio una larga pitada y soltó suave el humo, prosiguió—. En un momento pasada la medianoche, algo subió al techo de la cripta, justo encima de mí, lo sentí claro, sus pisadas, era un animal muy grande sin lugar a dudas. Escuché perros, muchos, ladrar lejos, pero pronto llegaron ahí —suspiró e hizo una pausa—. Lo extraño es que lo que fuera que estaba arriba de la cripta, aulló de una manera que me hizo erizar. Te aseguro que nunca había oído algo como aquello, los perros llegaron y comenzaron a ladrarle, y lloraban, algo extraño, después uno de los más grandes se dio cuenta de mi presencia allí y se enfureció, tuve que disparar al aire para librarme de él. Pero el que estaba arriba del techo huyó y todos lo siguieron, no pude llegar a ver cómo era. No puedo decir si era o no un perro, lo que si estoy seguro es que era grande, muy grande.

—Sí, hay algo extraño en este pueblo últimamente o será por todo lo que pasa, pero yo vi en el bosque cerca de la casa de Wolfgang algo extraño, era un perro inmenso, negro y estoy seguro que no es de aquí. Pero era un perro, no con cara de gente como jura Ana que tenía el ser que ella vio. Ese estoy seguro de que solo era un perro, extraño, demasiado grande tal vez, pero un perro, con cara de perro.

El inspector meneaba la cabeza negativamente y luego preguntó.

—¿Y este último ataque? ¿Cuáles son las similitudes?

El comisario suspiró y luego explicó.

—Es eso lo que me molesta, otra vez el perro negro, pero acá queda más claro, porque tenemos una testigo. Al parecer son dos hombres, pero ese perro los ayuda. Acá estamos mezclando dos cosas, creo que por un lado está el famoso lobizón y por otro un perro negro acompañado de dos fulanos bien reales y que parecen ser los que buscamos.

—Sí —asintió el inspector—. Creo que debemos apuntar a estos dos y averiguar algo, si tienen un perro no muy común por lo que parece, no ha de ser difícil identificarlos. —Miró al comisario—. Y el lobizón… ¡bueno! Que se encarguen los supersticiosos de él.

—Sí, si puede ser, pero igual esperemos las pruebas de laboratorio. No podemos y no debemos descartar nada hasta estar totalmente seguros. Hay algo ahí afuera y no sabemos qué o quiénes son y por qué están haciendo esto —dijo el comisario.

Ya estaban llegando a la comisaría y Darío estaba atento desde la entrada miraba hacia el consultorio del doctor Fernández.

—Buen día comisario, inspector —saludó a ambos.

—Buen día Darío, dime cómo está la cosa —dijo el comisario mientras caminaba a su oficina.

—Todo tranquilo, señor —contestó Darío.

—Bien Darío, quedate de guardia hasta la mañana, yo me voy a dormir un rato y te relevo en la mañana, así te tomas el día —dijo el comisario y se fue. El inspector también se retiró.

Allí quedo solo Darío, tendría que vigilar bien el resto de la noche.

El doctor Fernández, había alojado a la joven herida en una de las habitaciones de su consultorio.

Le curó la herida y la dejo allí para que descansara.

—¿Para qué quieres ropa de cama? —le preguntó su esposa algo molesta y curiosa.

—Es para una paciente, una chica del prostíbulo, la atacaron, la hirieron y la traje para curarla —contestó él mientras sacaba un juego de sábanas.

—¿Qué? ¡Acaso te volviste loco! Cómo vas a traer bajo nuestro techo a una de esas mujeres —escandalizó la señora—. Imaginate qué vergüenza, qué le diré al padre Antonio mañana, por dios es intolerable y los vecinos, nos van a mirar mal.

—Deja de decir pavadas mujer, es una persona como cualquiera y necesita asistencia médica, y qué casualidad, soy el único medico en este pueblo —casi le gritó—. Por si no te has dado cuenta y no me

voy a rehusar a darle atención a una persona herida, así fuera el mismo satanás, ¡entendiste! —se burló de su señora, saliendo de allí cargando con sábanas y frazadas para la joven. Su hija escuchó las discusiones y salió a su paso. Una joven agradable, contaba dieciocho años en ese momento, esbelta, estatura media, rubia, ojos verdes, bastante agraciada de rostro y muy simpática.

—Papá, ¿qué sucedió? Espera dame yo te ayudo —le dijo sacándole algunas cosas de las manos.

—Es tu madre, escandalizando como siempre —se quejó él.

—Sí, escuché algo sin querer —dijo ella como disculpándose—. ¿Y cómo está la chica? —preguntó mientras caminaban hacia allí.

—Bien, pero asustada, imaginate vio cómo se llevaban a otra de sus amigas.

—Ay, qué horror —dijo ella abriéndole la puerta.

—Sí hija un pueblo tan tranquilo se ha convertido en un infierno últimamente —se quejó él.

Caminaron por un pasillo y se detuvieron en la tercera puerta a la izquierda, golpeó allí.

—Señorita, ¿podemos pasar? —preguntó él amablemente.

—Sí, doctor, por favor pase usted —dijo la chica abriéndole la puerta.

—Permiso —dijo el doctor y le presentó a su hija—. Ella es mi hija, Rosana.

—Hola, mi nombre es Laura —le sonrió.

—Bien Laura —dijo Rosana, también con un agradable gesto—. Aquí tienes ropa de cama y si precisas algo mas solo dilo ¿sí? Espero estés cómoda.

—Sí por favor, no quiero molestar. Agradezco mucho cómo me han tratado y mañana espero poder irme —dijo con un tono muy sumiso —. Si es que el doctor lo permite.

Lo miró al doctor ahora, como esperando una respuesta.

—Sí, veremos jovencita qué pasa mañana, por ahora usted debe descansar, le dejaré agua y un calmante por si sufre dolores. Aquí enfrente tiene la cocina por si quiere más agua o algún refresco. Hay un timbre en la sala, si siente ruidos o algo extraño no salga afuera, recuerde que usted está en peligro, aunque el oficial Oliveira está custodiando desde la comisaría. Solo toque el timbre y yo llamo a Oliveira.

—Sí doctor, como diga, quédese tranquilo estaré bien.

Se despidieron y la dejaron allí.

El resto de la noche transcurrió todo tranquilo.

.

Amaneció y el comisario se presentó temprano, antes de las siete.

—Buen día comisario —saludó Darío—. Todo pasó tranquilo.

—Buen día Oliveira, ya puedes irte a descansar, yo espero a Sarita y saldremos hacia la estancia de La Encerrada. Tú tomate el día y nos vemos esta tarde, no sé a las ocho por ahí más o menos.

— Sí, señor, gracias. Estaré con el teléfono prendido si precisa algo estaré enseguida.

—Gracias Darío, ve tranquilo, descansa —suspiró el comisario—. Se vienen días de mucho trabajo muchacho.

—Sí, señor, hasta luego —saludó amable y se retiró.

El comisario se preparó un mate y se sentó en su oficina, pensativo, tenía que analizar en su mente todos los acontecimientos de la noche anterior, ahí se quedó, entre mate y mate, pensando.

Al rato se presentó el inspector y justo detrás de él entraba Sarita.

—Buen día —saludó a ambos y se acomodó en su oficina poniéndose al día de informes y pronto fue a la oficina del comisario, donde se reunían él y el inspector alrededor del mate.

—Señor comisario —le dijo seria—. La desagradable cosa que está en la bolsa en el freezer es para enviar a laboratorio, ¿verdad? —Lo miró interrogativa.

El comisario le ofreció un mate y le contestó.

—Deberíamos, Sarita, pero antes de enviarla me gustaría que la examinara el doctor Fernández.

—Como quiera, señor —dijo ella y recordó—. Ah, no sé si sirve de algo pero tengo la leyenda que Darío copió de la cripta, dice esto, señor. —Le alcanzó el papel con la traducción.

El comisario lo leyó y se lo pasó al inspector. Lo miró sin decir nada, esperó a que leyera y luego le preguntó.

—¿Qué piensas, Ricardo?

—Bueno —suspiró mirando con atención y releyendo el texto—. Es evidente que en la primera leyenda hablan de los lobizones, pero me llama la atención la segunda. —Hizo una mueca de duda y luego dijo—. ¿Es como si creyeran que la sangre los curaría, acaso? —preguntó y miró a ambos.

—Sí, yo pensé igual —contestó Sara.

El comisario pensativo dijo.

—¿De qué sangre estarían hablando? ¿De animales o personas? —dejó la pregunta en el aire, nadie tenía una respuesta. Pero todos quedaron pensando.

—Bien —dijo el comisario cambiando de tema—. Nos vamos a la estancia, nos quedan unas cuatro o cinco tumbas, será rápido y volvemos por el prostíbulo a ver qué novedad hay, tal vez ahora de día encontremos alguna pista, algo, no sé —suspiró el comisario, mirando al inspector.

—Sí, tienes razón, pongámonos en marcha —aceptó el inspector ya poniéndose de pie y tomando su abrigo del respaldo de la silla.

El comisario le imitó y ambos hombres se despidieron de la chica y salieron de allí.

Se dirigieron a la estancia La Encerrada, allí donde habían estado dando vuelta el cementerio el día anterior, terminaron pronto de investigar las cuatro tumbas que faltaban, sin encontrar nada fuera de lugar, nada nuevo.

Luego partieron de ahí al prostíbulo y tampoco encontraron nada, excepto las huellas del vehículo que claramente partió de allí la noche anterior. Pero nada más.

Así sin más nada volvieron al pueblo, ya eran más de las cuatro de la tarde para entonces y se dirigieron al consultorio del doctor Fernández.

—Buen día Oscar, ¿cómo ha pasado la joven? —preguntó el comisario al doctor en su consultorio.

—Buen día comisario, bien ella está bien, la herida no fue profunda. —Lo miró pensativo y continuó—. Ahora dígame, cómo sigue todo esto. ¿Esa joven puede que corra peligro aún?

—Sí, hablaré con ella un momento y después veremos qué hacer — dijo el comisario, no muy seguro de cómo seguir aquello.

Él y el inspector se dirigieron a la habitación de la chica, llamaron y ella les abrió.

—Buen día, señorita —saludaron ambos y pidieron permiso para entrar.

—Buen día comisario, pasen —les dijo ella, ya arreglada como para irse de allí.

Los miró como esperando, interrogativa.

—Dígame, ¿se siente bien? —le preguntó el comisario.

—Sí, el doctor me dijo que fue leve.

—¿Y recuerda usted algo más, o algún otro detalle?

—No, comisario. Lo mismo que le dije anoche, fue muy poco lo que vi y no vi a quien me golpeó.

—Bien, estoy algo preocupado por usted, si el o los asesinos la creen una amenaza, es posible que vuelvan —le dijo observándola detenidamente.

—Sí, yo lo pienso igual —dijo algo nerviosa—. ¿Pero qué puedo hacer?

—Yo no puedo obligarla a quedarse en custodia, pero si lo prefiere podemos alojarla unos días en la comisaría, no es lo mejor que tenemos pero no tenemos otras opciones. Ahí estaría segura. Por lo menos hasta poder encontrar el paradero o alguna pista más que

nos lleve a estos mal vivientes.

—Sí, tal vez sea mejor, yo estoy muy asustada, no sé qué hacer y no tengo dónde ir, no tengo familia, vine aquí a trabajar porque me dan alojamiento, quería juntar dinero para poder alquilar algo donde vivir y ahora me pasa esto, es terrible —realmente se veía consternada por aquella situación.

—Bien, junte sus cosas y venga con nosotros, será por unos días y después tal vez pueda volver al boliche, veremos cómo continua esto —trató de tranquilizarla.

La chica aceptó y se fueron todos para la comisaría.

—Sarita, te presento a la señorita Laura, ella fue testigo del secuestro de la otra chica del prostíbulo. Tendremos que alojarla unos días aquí bajo nuestra custodia. Puedes por favor enseñarle una habitación y la cocina y el baño.

—Hola —saludó amable Sara—. Soy Sara, ven conmigo yo te guio.

—Bien gracias —aceptó la chica y se retiraron.

El comisario suspiró profundo y se llevó ambas manos a la nuca, miró al inspector, este lo observaba.

—Todo esto me molesta —se quejó—. No tenemos más que dos

huellas de un vehículo y una testigo que no vio casi nada y pobre chica esta aterrada. ¿Por dónde seguimos, Ricardo?

El inspector tomó asiento y quedó un momento pensativo, luego dijo.

—Bueno, debemos enviar a analizar las nuevas evidencias. —Se interrumpió un segundo, luego prosiguió—. Pero hay algo más. ¿Cómo apareció un trozo de un cuerpo, y el resto?

El comisario lo miró y se dio cuenta de que efectivamente, ¿dónde estaban los restos, cómo apareció aquello? Es que con lo de la noche anterior se distrajo un momento de la tan importante evidencia.

—Tienes razón, pero ¿por dónde empezamos? —Lo miró interrogante.

—El monte de las sierras, tal vez —sugirió el inspector—. Tendríamos que recorrer a caballo, no hay otra forma.

—Sí, es posible. La descomposición del cuerpo es avanzada, seguro se debe de sentir el olor de lejos.

.

Bertha abría la jaula de Perla, la gran braco, la enorme perra

meneaba la cola y gemía, claramente con mucha alegría. Su dueña los soltaba para ir dar el paseo, un paseo por el bosque y los alrededores. Soltó a Perla que pronto salió corriendo y retozando y fue ahora hasta la jaula de Spam y Frida, el casal de doberman, también ellos estaban ansiosos por salir a correr. Bertha los soltó y sonreía viéndolos corretear a su alrededor.

—Bien chicos vamos, vamos a correr un poco —los invito y comenzó a caminar por el sendero que bajaba para el pueblo, el camino de tierra no era muy ancho, pero por allí no pasaban vehículos, solo los que venían a su rancho y este fin de semana no esperaban a nadie, caminó por allí cerca de un kilómetro y los perros corrían adelante, cuando se alejaban mucho ella les gritaba y ellos regresaban a su lado, en un momento Spam se metió al monte, olfateó algo y se internó, Frida le siguió, no así Perla que se mantuvo al lado de su dueña, pero comenzó a gemir nerviosa mirando hacia donde se perdían los otros dos. Bertha los llamó pero no volvieron, los volvió a llamar y le contestaron ladrando, ya estaban un poco lejos, pero era evidente que habían encontrado algo y no querían volver, Bertha rezongando y con algo de dificultad se internó en el bosque y guiándose por los ladridos caminó entre la maraña de espinos hasta divisar los perros, ambos miraban hacia un zanjón, un gran hueco de unos tres metros, entre unas marañas de raíces, Perla se adelantó y también comenzó a ladrar mirando inquieta aquel lugar, Bertha sintió el nauseabundo olor y sin detenerse llegó junto a los perros y la sorpresa y el horror se instalaron en su rostro, tomó aire y se cubrió la boca con una mano. No podía creer lo que veía. Dio media vuelta y trató de volver por donde había llegado, pero la mezcla de espanto, terror, sorpresa y hasta asco le impedía reconocer el camino de vuelta, avanzó y llamó a los perros. Se detuvo junto a un gran árbol se apoyó en este tratando de tomar aire, se sentía descompensada, buscó en sus ropas el teléfono y llamó a su esposo.

—Wolfgang, por favor ven. Estoy en el bosque, en la curva del camino, ven por favor ven —decía y se ahogaba en su desesperación.

Wolfgang sorprendido y preocupado trató de saber algo más.

—¿Pero qué te paso, estás bien? ¿Qué pasa mujer?

—Es… es horrible, ven por favor. ¡Llama al comisario urgente! —Trataba de tomar aire—. Hay un cuerpo, una persona muerta. ¡Ven ya!

—¡Oh, por dios! Sí, sí ya voy. Tranquila cariño, tú trata de salir al camino, ya voy, ya voy.

En cuanto Bertha cortó el teléfono. Wolfgang, llamó al comisario.

—Buen día Daniel, es urgente, Bertha esta en alguna parte del bosque, en la curva grande del camino, por lo que me supo decir, está muy alterada, salió con los perros a pasear y parece que encontró un cuerpo, una persona muerta, comisario. Yo voy yendo para allí, pero no sé qué debo hacer.

El comisario al otro lado de la línea escuchaba atento y ya se había puesto de pie tomando su abrigo y las llaves de la camioneta. El inspector lo miraba expectante.

—Bien, Wolfgang, tranquilo, vaya usted y si llega antes que yo solo espéreme allí, ya salimos para ahí. —Cortó y llamó a Sara—. Sarita, nos vamos, surgió algo urgente, llama a Oliveira, dile que se venga

lo antes que pueda, yo voy a ver y ya te llamo. Apareció el cuerpo —dijo mirando al inspector y ya saliendo rumbo a la camioneta.

El inspector lo siguió cuando se sentó a su lado, le preguntó.

—¿Dónde apareció?

—Bertha, la señora del alemán, parece que salió al monte a pasear los perros y encontró un cadáver, es posible que sea uno de los chicos —suspiró, se notaba preocupado.

Wolfgang por su parte había sacado su camioneta y ya iba llegando al lugar que Bertha le indicó, se detuvo pasando la curva, se orilló bien y se bajó del vehículo, llamó en voz alta.

—Berthaaa… Berthaaaa…. —De pronto sintió el ladrido de los perros, estos lo guiaban. Se internó en el bosque y siguió la señal hasta que encontró a Bertha, estaba sentada recostada al gran árbol.

Bastante pálida y descompensada.

—Bertha, cariño, tranquila, ya estoy aquí. —Se agachó y la abrazó cariñosamente, luego la ayudó a ponerse de pie.

—Wolf… es horrible, es una persona —le decía casi sollozando—. Está por allá. —Le señaló el foso.

—Tranquila ven, vamos a la camioneta, estarás mejor ahí, ya viene Daniel en camino.

La tomó suave del brazo y trató de alejarla de aquel lugar.

El comisario llegó junto a la camioneta y detuvo la suya.

—No deben de estar muy lejos —dijo mirando el rastro que se internaba en el monte y llamó—: Wolfgang, Berthaaa… —Los perros ladraron enseguida de que sintieron la voz el comisario.

—Por acá Daniel —le indicó Wolfgang. Pronto se reunieron.

—Bertha, ¿cómo se encuentra usted? —le preguntó el comisario, algo preocupado por cómo se veía la señora.

—Es horrible comisario, los perros lo descubrieron, está por ahí en una zanja, junto a los árboles —señaló el lugar.

—Yo la llevaré a casa, debe calmarse beber un té o algo —dijo Wolfgang preocupado, mirando al comisario.

—Sí, por su puesto, vayan tranquilos, yo iré más tarde a verlos, pero si necesitan algo me avisan. Estaremos por aquí —dijo amable el comisario.

—Gracias Daniel, nos vemos más tarde —se despidieron. Llamaron a los perros y se dirigieron a su vehículo.

El comisario y el inspector siguieron las instrucciones y pronto el nauseabundo aroma los guio al lugar. Llegaron junto a los árboles y miraron hacia el foso. Quedaron un segundo observando aquello.

Los cuerpos o gran parte de ellos, a juzgar por los pedazos repartidos y las cabezas separadas, eran de los jóvenes, en muy avanzado estado de descomposición y totalmente destrozados, huesos triturados y pedazos de sus prendas desgarradas, como si los hubieran agarrado una manada de perros o algún animal carnívoro grande. Se veía claro que habían sido asesinados con mucha violencia.

Los dos hombres quedaron algo impresionados por aquello, el comisario, tragó saliva y se alejó un poco de allí. Intentó reponerse un momento antes de llamar por teléfono. El inspector se contuvo un poco más allí, observando todo lo más detenido posible. Luego siguió al comisario y ambos fueron al camino y encendieron un cigarrillo recostados a la camioneta. Ninguno dijo nada por unos segundos que parecieron eternos, luego el comisario habló casi como ido.

—Bien Ricardo, creo que es evidente que son ellos y su muerte no fue ni casual, ni pacífica. No quiero imaginar qué le harán a la pobre chica que se llevaron anoche.

Terminó el cigarrillo y llamo por teléfono a Montevideo, informó a jefatura y coordinó con la policía científica para remover los

cadáveres de forma segura para no perder evidencia. Ese día se hizo largo e interminable. El pueblo se asombró de ver tanto despliegue policial, enviaron policía científica, de investigaciones, rastreo y hasta de camino. El pueblito se llenó, literalmente de camionetas, motos y hasta un camión de la policía. Desde el pueblo coordinaron el despliegue, no solo para retirar la evidencia sino también peinar una amplia zona de unos cuantos kilómetros cuadrados de bosque. Para cuando anocheció el comisario se reunió en la comisaría con dos de los inspectores de mayor rango de investigaciones y científica. Dio un informe completo y detallado desde el comienzo de la investigación y los acontecimientos que se estaban dando lugar en el pueblo entre ellos el más importante, la protección de una testigo implicada en el rapto de una chica, la noche anterior. Una potencial tercera víctima de los mismos asesinos o así se sospechaba.

Hasta el momento las pruebas no dejaban suficientemente claro el motivo y móvil de los asesinos, excepto que en el último episodio, la testigo vio a un hombre y otro le dio un golpe desde atrás. En este caso podían sospechar de dos o más sujetos y hasta ahora es la única prueba con un testigo.

.

El pequeño pueblito quedó impactado y comenzó una ola de inseguridad, se juntó el miedo, la preocupación, la superstición ganó el primer plano y comenzó a escucharse cada vez con más fuerza, el lobizón. Se agitaron muchos vecinos y querían ir por él.

El comisario tomó medidas, convocó en uno de esos días, a la gente en la plaza, para informar y contener a los posibles agitadores.

—Señoras y señores, vecinos. Hoy llamamos a esta reunión para hablar sobre lo que está ocurriendo en este pueblo. Como todos saben, los cuerpos fueron enviados a un laboratorio de la policía y en unos cuantos días más, tendremos respuestas que nos puedan aclarar los hechos y tengan por seguro que serán informados. —Mientras el comisario hablaba nadie decía nada, solo murmuraban entre ellos—. Mientras tanto pedimos a todos los vecinos que se mantenga la calma, que nadie salga tarde en la noche, que nadie se interne en los bosques y que cuiden a los jóvenes y niños. De todas formas es importante que sigan con sus rutinas, lo más normal posible. —Un hombre entre la gente interrumpió gritando.

—¿Por qué no encierra al lobizón, comisario?

—Síí —gritaron unos cuantos.

—¡¡Cálmense!! —dijo el comisario, levantando más el tono—. No hay pruebas de que exista tal cosa y si así fuera, las pruebas no apuntan a él.

—¿Cómo que no? Siempre es en luna llena y todos lo hemos visto alguna vez y sus aullidos se escuchan claros, usted nos miente comisario —dijo el hombre bastante alterado—. Si no lo hace usted, lo haremos nosotros. ¡No dejaremos que siga matando!

—Sííí —gritaban ya más fuerte, claramente agitados.

El inspector sacó su revólver y tiró tres tiros al aire. Todos callaron y lo miraron.

—Dejen hablar al comisario —dijo en tono alto.

Daniel lo miró y asintió.

—No estamos mintiendo, estamos diciendo lo que muestran las pruebas y hechos que se han ido dando. —Ya se notaba bastante de mal humor—. Y les advierto que si siguen agitando la idea de ir por Sirilo, los presos van a ser ustedes.

Culminó el comisario, se dio media vuelta y se fue, los demás policías lo siguieron.

La gente se dispersó y todo volvió a la calma.

Reunidos en la oficina del comisario, se miraron y este suspiró y rompió el silencio.

—Gracias Ricardo, a veces darles una advertencia, no está mal.

El inspector lo miró, pensativo y luego dijo.

—Yo no creo que se calmen, me preocupa el anciano, tal vez podríamos ponerle custodia por unos días —sugirió.

—Sí, a mí también me preocupa —suspiró el comisario—. Hablare con Álvarez, si me presta un par de agentes por unos días, por lo menos hasta que lleguen los resultados de las pruebas.

—Todo esto es terrible —se lamentó Sarita—. Y todavía no sabemos nada de la última chica.

—Sí eso —reflexionó el comisario—. ¡Debemos fijar nuestra atención en eso y ya!

Se puso de pie y dio las órdenes.

—Vamos Ricardo, nos queda una cripta por visitar.

.

La joven en una camilla, atada con correas en pies, abdomen, manos y cuello. Su cuerpo tibio, su mirada ausente casi cruzando el umbral hacia la muerte. La habían violado tantas veces que ya no sentía nada, solo un deseo de morir, morir por fin morir. Las agujas en sus brazos ya destilaban los últimos momentos de vida. Ya no le quedaba sangre.

El hombre alto miró al joven.

—Aún esta tibia, hazle el amor, Martín —le dijo en tono suave, pero de orden.

—No. —Se agarró la cabeza con ambas manos, como para no

escuchar aquello—. Ya está muerta, ¡¡no quieroo!! —gritó el chico.

—¡¡Marica!! Lo haré yo. No entiendes que necesitamos que su cuerpo se estremezca y nos dé hasta la última gota de sangre —le gritó, claramente eufórico.

El chico se apretaba aún más los oídos y lloraba arrinconado en una esquina de la habitación.

El hombre tomó un aparato sexual y se dispuso a violarla violentamente mientras decía y repetía.

—La sangre, revela el alma de dios… la sangre… revela el alma de dios… la sangre… —Desgarraba su cuerpo, por la brutalidad con que lo hacía, pero ella no se movía, ni siquiera sangraba, ni siquiera sentía. Sus ojos abiertos reflejaban la luz muerta. Ella ya no veía, ella descansaba en absoluta paz… Él reía descontrolado ahora. El joven se apretaba con fuerza casi lastimándose y lloraba más aún.

El hombre se detuvo, la miró y miró al joven. Se dirigió a él y lo agarró a patadas mientras le ordenaba.

—Ve por los perros, maricón, tienen la cena servida —dejó de golpearlo y se fue.

El chico se incorporó y a pesar del dolor corrió, subió las escaleras al siguiente piso, y abrió la jaula de los perros. Estos olfatearon y se dirigieron escalera abajo, iban a comer.

El hombre en la celda, ya sabía de la aberración, no hablaba, solo trataba de rezar con las pocas fuerzas que le quedaban.

.

El comisario y el inspector iban saliendo del pueblo cuando se cruzaron de frente con el padre Miguel, ambos vehículos rodaban suave y se saludaron al pasar. El comisario dio media vuelta y siguió al padre unos metros, tocó bocina y este detuvo el vehículo. Ambos hombres se bajaron.

—Buenas tardes, padre —saludó el comisario amablemente.

—Buenas tardes comisario —se inclinó breve el curita.

—Disculpe que lo moleste, padre Miguel, es que… nos dirigimos hacia la chacra de la iglesia. Y quisiera preguntarle algo, ya que nos cruzamos.

—Sí, dígame comisario, ¿acaso sucedió algo allí?

—No, no es nada, solo que quisiera visitar la cripta del cementerio. Tengo entendido que es una de las que se conserva en buen estado aún.

—¡Ah! ¡Sí, el cementerio, sí! La cripta y casi todo allí se conserva bien —dijo el cura en tono humilde, como eran sus modales.

—¿Usted me puede indicar dónde está el cementerio?

—Sí claro. Pero no es accesible en vehículo y a pie no… no se lo recomendaría. Yo diría que de a caballo si es posible, ya que está muy apartado entre las sierras y bastante lejos del casco principal.

—Ah, entiendo —vaciló el comisario y luego preguntó—. Y dígame si dispongo caballos ¿usted podría acompañarnos? Digo es más seguro ya que conoce el lugar.

—Sí, por supuesto comisario, todo en lo que pueda servir para ayudar a esta pobre gente, es un horror lo que está sucediendo en el pueblo —se conmocionó el curita.

—Le agradezco padre, su buena voluntad —dijo el comisario—. Le seguiré al pueblo y prepararé los caballos.

—Bien comisario, yo solo debo bajar las cosas de la camioneta, ya que vengo de juntar las donaciones de la buena gente de los campos vecinos y enseguida estoy con ustedes —asintió el cura inclinándose nuevamente en un saludo cordial.

—Gracias padre, será de gran ayuda —dijo el comisario y se dirigió

a su camioneta para reiniciar la marcha.

Ambos vehículos se dirigieron al pueblo y una vez listos los caballos los tres hombres montaron y salieron hacia el lugar. Cuando llegaron ya era de tarde, quedaban pocas horas de luz, se apearon ante aquel imponente camposanto y quedaron mirando. El cura se persignó y luego dijo.

—Como usted puede ver, es bastante grande y aún se conservan en pie la cripta principal y las otras cuatro que le rodean.

—Uff. He estado recorriendo y no había visto algo tan grande y en tan buen estado en toda la zona —dijo el comisario algo intrigado.

Los tres hombres se dirigieron allí, pasando con cuidado entre tumbas y más tumbas. Hasta que llegaron frente de las grandes edificaciones, muy antiguas a juzgar por el material empleado y su arquitectura.

—Esta estancia es de las más antiguas de la zona. Por eso estas majestuosas criptas señores —explicó, simple y concreto, el padre Miguel, mientras subía los escalones y abría la puerta de la cripta principal.

Los oficiales, algo maravillados, lo seguían, sin dejar de mirar aquello.

El inspector no dijo palabra alguna, pero observaba todo muy detenidamente.

—No entiendo por qué hay más de una cripta familiar —preguntó el comisario, mientras entraban al interior del edificio central, el más grande.

—Bueno, por lo que he podido leer sobre la historia de este lugar —decía el padre Miguel—. Es que se instaló una familia de origen noble, italiana. Por eso se nota en su arquitectura, como así también en derroche, algo no tan común en la zona, algo ostentoso e incluso para la época.

—Sí, ahora entiendo un poco más, por qué se ve tan diferente a las demás —contestó el comisario mientras observaba a su alrededor.

Había allí adentro, varias lápidas de extrema belleza, y jarrones en bastante buen estado, un altar claramente cristiano. Nada allí parecía fuera de lugar.

El inspector se alejó un poco de los dos hombres, fue hacia una esquina del edificio y comenzó a concentrarse en el olfato la vista y el oído, de pronto sin querer rozó un jarrón, que a juzgar por el estado se hubiera caído solo, con el aliento nomás.

Cuando el jarrón cayó, todos se sorprendieron, se hizo añicos.

El inspector quedó un segundo callado y quieto, luego se dio media vuelta y se dirigió a la salida. El comisario lo quedo mirando, pero no hizo preguntas.

—Disculpe padre, por lo sucedido —dijo mirando al cura—. Debí de rozarlo sin querer —se disculpó y luego de reojo miró al comisario.

—Creo que la luz ya no nos favorece comisario, tal vez deberíamos volver en otro momento —sugirió muy serio y salió del edificio. El comisario quedó un segundo, imperceptible, pensando y reaccionó enseguida.

—Sí, claro inspector. —Luego miró al cura—. Es todo por hoy, padre, si no se nos hará la noche de regreso al pueblo. Agradezco mucho su guía, volveremos en otro momento, con más luz, si fuera necesario.

El padre asintió y dijo muy amable.

—Estoy a su entera disposición, comisario. Cuente conmigo para lo que necesite.

Cuando estuvieron fuera el inspector los llamó. Se encontraba frente a otra cripta un poco más chica que la principal, pero tan ostentosa como esta. El inspector tomaba fotos y leía algo allí.

—Dígame padre, ¿usted sabe latín? —le preguntó mientras copiaba algo en su teléfono.

—Sí, claro —contestó el cura algo sorprendido.

—Venga —le hizo un ademán—. Dígame ¿qué dice ahí?

El comisario también se acercó al ver que el inspector estaba muy interesado en aquella cripta.

—La sangre revela el alma de Dios. ¡Salve! —leyó el cura y miró intrigado a ambos hombres.

El inspector miró al comisario y este a él, ambos sorprendidos.

Enseguida miraron la cripta y aunque no entraron, observaron algunas cosas.

—¡No entiendo! ¿Qué significan esas palabras? —preguntó el cura con tal curiosidad, como ellos.

—No sabemos, padre —suspiró el comisario y partió hacia su caballo, montó y miró a los otros

—Pero ya lo hemos visto en otro lado —concluyó y echó a andar.

El padre y el inspector lo siguieron.

El padre cabalgó a su lado y le siguió preguntando, pero el comisario no dio más información, solo desvió la conversación y así continuaron hasta el pueblo. Al llegar se despidieron del padrecito, le dieron los caballos a Darío y luego se reunieron en la oficina del comisario.

Estaban los cuatro, mate de por medio, Sara y Darío ansiosos de saber qué habían descubierto sus compañeros.

El comisario miró a Ricardo y preguntó.

—Y bien, dime ¿qué descubriste allí, aparte de lo que los dos vimos afuera?

—En la cripta principal, hay algo que me molesta, no parece estar en desuso, el aire no es pesado allí y no huele a orín, como comúnmente suelen hacerlo. —Hizo una pausa y pensó—. Cuando el jarrón cayó al suelo sentí algo extraño, retumbó en las paredes, pero algo me hizo pensar que donde cayó, sonó a hueco, podría ser

una lápida justo debajo, pero el sonido no me convence. —Meneó la cabeza.

—¿Tú crees que haya un sótano o algo así? —habló Daniel.

—Es posible —dijo el inspector y miró luego a Sara—. Tú Sarita ¿podrías investigar, no sé, por Internet, la historia de ese lugar, cuándo se pobló, de dónde viene esta familia y todo lo relacionado a las criptas?

—Sí inspector, será interesante saber un poco de historia.

—Hay algo más, en una de las criptas que la acompaña encontramos la misma frase que Darío copió de la cripta de los Lorenzo Lecouna —informó el comisario.

Sara abrió grande los ojos y preguntó.

—¿Cuál?

—«La sangre revela el alma de Dios, salve» —le dijo el comisario y quedó pensativo, luego agregó—: No sabemos qué significa, ni el padre Miguel entendió.

—¿Usted cree que una familia tenga que ver con la otra?

—Es posible que estén emparentados —reflexionó el inspector—. Aparte, solo en esa cripta no había símbolos ni objetos religiosos. Yo tomé fotos, así puedes ver los nombres y apellidos, están un poco borrosos, yo no entendí.

—Pásemelo, inspector, lo revisaré enseguida —dijo Sarita decidida y se fue a su oficina.

Los demás siguieron hablando de detalles menos importantes que observaron allí. De pronto Darío, que no había objetado nada, preguntó.

—¿Ustedes creen que sea el lobizón, el que está matando?, todo apunta a esa familia.

Ambos hombres lo miraron con atención, fue el comisario quien dio primero su parecer.

—Yo no creo, aunque admito que los últimos acontecimientos dan crédito a que el lobizón es real, pero también son reales dos sujetos de carne y hueso que raptaron a esa chica y de lobizones no tienen nada, excepto claro que yo esté equivocado y sea coincidencia y son dos casos aislados.

—Sí, a la chica pudieron haberla atacado por algo personal, tendríamos que averiguar si tiene algún novio, marido o no sé. Alguien que quisiera hacerle daño —dijo calmado el inspector.

—Sí, tienes razón —suspiró el comisario llevándose ambas manos al rostro, como para aliviar la tensión—. Se me pasó por alto eso, debió ser prioridad. —Meneó la cabeza—. Es que todo se juntó, el rapto, el lobizón, o lo que fuera que vio Ana, la primera prueba luego los cadáveres y ahora esto, ¡voy a quedar loco! —se quejó. En eso volvía Sarita con unos papeles en las manos y les informó.

—Tengo algo por aquí, la cripta que no tiene cruces, es de la familia Ventimiglia Lorenzo —dijo haciendo un gesto gracioso con los ojos —. Eso quiere decir que las familias efectivamente están emparentadas, pude leer el nombre de la señora, es Vannozza Lorenzo Ventimiglia y vivió en el siglo XIX, XX. Del señor aún no puedo ver el nombre, está borrado, pero con estos datos buscaré su historia y la de la propiedad y veremos qué sale.

—Muy bien, Sarita —dijo el comisario y luego miró a los otros—. Bueno díganme quién se puede quedar esta noche, yo necesito dormir bien aunque sea una noche, mañana investigaremos lo que sugirió Ricardo y tal vez estaría bien dar una vuelta a caballo por la propiedad de la iglesia. Ustedes también deberían descansar lo más que puedan porque cuando vengan los resultados de laboratorio habrá mucho que trabajar.

—Sí, señor —dijo Sara y se retiró a su oficina.

—Yo me quedaré —fue Darío quien hablo.

—Bien Olivera —dijo el comisario poniéndose de pie y tomando su abrigo, miró al inspector—. Estás de acuerdo Ricardo.

—Sí, gracias Darío, mañana me quedaré yo —dijo el inspector y también se despidió y salió junto al comisario.

Darío se asomó a la oficina de Sara, esta trabajaba en el computador.

—¿Encontraste algo? —preguntó el recostado al marco de la puerta.

Ella sin dejar de mirar la pantalla contestó.

—Sí, hay bastantes historia, la imprimiré toda y en casa tranquila leeré y sacaré en limpio lo más importante.

—Ah bien, yo iré a ducharme antes de que te vayas —dijo él y se fue hacia el fondo.

—Sí, ve, yo cuido —dijo y siguió en lo suyo.

Un momento después la voz de la joven que se alojaba con ellos la sobresaltó.

—Hola oficial —dijo la chica y Sarita pegó un brinco en la silla y la quedó mirando—. Disculpame, no quise asustarte, es solo que quisiera cenar y no sé dónde compro.

—Disculpame tú a mí, es que con todo esto ya me había olvidado que estabas aquí —dijo Sara muy amable—. Espera que salga el oficial Darío de la ducha y yo te acompaño, cruzando tenemos un carro de comida rápida y si no vamos a el almacén, ¿te parece?

—Bien, gracias, estaré en la habitación.

.

En la parroquia se escuchaba un susurro, el padre Miguel, solo, arrodillado frente al altar, rezaba con devoción.

—Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios no deseches las suplicas que te dirigimos en nuestras necesidades antes bien… líbranos siempre de todos los peligros —rezaba en un tono casi inaudible, pero muy concentrado.

El padre Antonio lo observaba, pero no quería interrumpirlo, solo quedó allí esperando que terminara su plegaria.

—Virgen gloriosa, bendita. —Levantó la cabeza y dijo—: ¡Amén!

Se persignó y se puso de pie, se destinaba a retirarse cuando vio al padre Antonio.

—Padre. —Se inclinó en un saludo—. Es tarde, creí que usted estaría acostado ya.

—Oh sí, ya es un poco tarde, pero lo noté afligido y quise saber qué sucede —dijo el anciano con voz muy calmada.

El padre Miguel se acercó y tomó asiento a su lado.

—No es nada, padre, es solo que el comisario me pidió que le mostrara el cementerio de la chacra y como usted puede imaginar, no son lugares muy agradables.

—Entiendo —dijo algo pensativo el anciano—. ¿Y qué buscaba el comisario en ese lugar?

—No sé, padre, supongo que buscan a la pobre chica que desapareció. —Se encogió de hombros—. O alguna pista.

—¿Y qué encontró? —preguntó serio.

—Al parecer nada, visitó solo la cripta principal, fue breve pero le llamo la atención algo en otra cripta, estaba en latín y decía «La sangre revela el alma de dios, salve» —dijo eso y quedó un momento como pensativo—. ¿Usted sabe qué quiere decir?

—No, pero sí te puedo asegurar que es blasfemia, querido hermano —se irritó un poco el anciano.

—¿Usted cree que de verdad exista el lobizón, padre? —le preguntó como incrédulo.

—¿Que si existe? ¡¡Claro que existe!! He convivido con él, como todo este pueblo. Esa familia esta maldita, lo he visto rondar las calles de noche, lo he sentido aullar. Lo extraño es que desde que ocurrió aquel trágico episodio hace ya veinte años, nunca más había sucedido algo así, será tal vez porque está muy viejo y necesita algo más, la verdad mi querido hermano, no lo sé, lo que sí sé, es que el diablo nunca duerme, así que es nuestro deber hacer algo por esta pobre gente —culminó el anciano, y le apretó el brazo suavemente.

—Entiendo padre, entiendo —dijo el curita y se puso de pie, se despidió y se retiró.

El padre Antonio quedó un momento mirando hacia el altar, como ausente, ido en sus pensamientos.

.

Pasaron algunos días, todo en calma. Pero la presión sobre la policía aumentaba día a día, esperaban los resultados de laboratorio, mientras Sara trabajaba sin descanso recopilando la historia de los antepasados del lugar. Desde aquel día no habían vuelto al cementerio de la chacra de la iglesia, ya que el padre Antonio se había puesto obstinado e inclusive hasta discutió con el comisario para impedir que dieran vuelta el lugar, apelando a que aquello era muy antiguo y no quería que destruyeran su arquitectura. Echaba sermones y misas para todos los gustos y sin darse cuenta estaba obstruyendo un poco la investigación y ni que hablar que cada día hacia crecer más los ánimos del pueblo en contra del lobizón. Fue tanto así que el comisario llegó a plantearse

arrestar a don Sirilo, en la próxima noche de luna llena, solo para salvarle el pellejo. Eso si no sucedía algo que ayudara antes.

—¡Llegaron! —dijo Sarita muy contenta entrando en la oficina del comisario sin anunciarse.

Estaban él y el inspector, ambos le prestaron toda su atención.

—Y bien siéntate y dinos qué dice —dijo ansioso el comisario.

Sara tomó asiento y comenzó a leer.

—Bueno estas detallan el tipo de análisis a los que fueron sometidas las pruebas, bla, bla, bla, estos confirman el ADN de las víctimas y esta, resumen final. Bien escuchen con atención.

»Se confirma el día y la hora de la muerte de ambos chicos, fue un día viernes, pasada la medianoche tal vez entre las doce y tres de la madrugada, también confirman que se hizo la primera luna llena. Las víctimas no fueron asesinadas en el lugar donde se hallaron los restos, fueron trasladados allí ya en estado de avanzada descomposición. El deceso fue causado por desangrado, a tal punto que no quedó casi nada de muestras en sus cuerpos, se asume que les arrancaron el corazón cuando aún latía, pero no encontramos indicios de cortes, no se usó ningún objeto cortante para hacerlo. No se registran muestras de fluidos, no hubo abuso sexual. En las muestras se encontró, pelo de canes, saliva y orín. Unas de razas desconocida y otras de perro comunes mezcla de raza, como callejeros. Los cuerpos, se asume que después de arrancados sus corazones, fueron triturados por los canes, ya que en sus huesos y

cráneo. —Sarita estaba pálida, tragó saliva, ya no podía seguir leyendo.

Los hombres estaban tan sorprendidos como ella, escuchando aquello, que no se habían dado cuenta de su malestar.

—¿Sara, te sientes mal? Te traeré un vaso de agua —se ofreció el comisario y salió rápido hacia la cocina, pronto volvió con un vaso lleno de agua y le dio a beber.

—Yo seguiré leyendo, Sara —dijo amable el inspector—, si tú quieres ve a descansar un momento.

—Gracias inspector, pero quiero escucharlo todo —dijo ella, algo mejor ya.

—Bien, prosigo donde tú dejaste. Se observan claras muestras de mordidas, por la medida y presión, se asume que fueron canes muy grandes. También se encuentran muestras de otra mordida, no pudiendo identificarla con ningún animal conocido, sea este silvestre o domesticado.

»Conclusión: fueron asesinados por una jauría de canes y un ser no identificado.

Todos quedaron mudos, fue Sara quien se persignó.

—¡Por dios! Esto no puede ser, pobrecitos —dijo abriendo grande los ojos, mirando al comisario.

El comisario miró al inspector y preguntó.

—¿Tú qué piensas, Ricardo?

—Bueno, parece que tenemos dos casos diferentes —quedó vacilando un momento—. ¿Es lo que parece que es?

El comisario lo entendió, pero le costaba admitirlo.

— Todo hace parecer culpable a la leyenda. —Agachó breve la cabeza—. El lobizón.

—Pero ese hombre es un anciano —dijo Sara como no convencida —. ¡Él no puede ser!

Se puso de pie y dijo, algo irritada por la situación.

—Buscaré en la historia de esa familia y de este lugar, tiene que haber algo.

—¡Calmate! ¡Ten en cuenta que un lobizón, no es precisamente algo normal, se supone que si es real —vaciló el comisario buscando las

palabras correctas— se tiene que transformar, en algo! No sé…

—Pero igual, a mí no me convence —le dijo mirándolo seria—. ¿Y si hubiera otro? Recuerde que hay dos criptas con la misma leyenda, investigaré —dijo eso y se fue rápido a su oficina.

El inspector hizo un gesto de duda levantando brevemente las cejas y el comisario solo quedó mudo. Luego dijo.

—Esta información no puede salir de esta oficina, si el pueblo se llega a enterar, querrán eliminar a don Sirilo y a nosotros también —dijo como casi en broma.

—¿Qué haremos con él? —preguntó el inspector—. En unos días más, será la próxima luna llena.

El comisario pensativo y hasta algo molesto contestó.

—Si eso me tiene mal, tal vez deberíamos encerrarlo por lo menos esos días, acá estará a salvo y la gente también, tal vez se calmen los ánimos. Por ahora no quiero pensar en eso, aún tengo en mi cabeza esa información que nos llegó. —Se puso de pie, tomó el abrigo y caminó hacia la puerta mientras decía—. Ven, vamos a la cantina, yo invito. Necesito algo fuerte para respirar.

El inspector sonrió y asintió, luego lo siguió.

.

Pasaron dos días y Sarita tenía pronto su informe, se veía alegre por lo que al parecer había descubierto. Entró a la oficina del comisario y tomó asiento.

—Señor, lo tengo, ¿dónde está el inspector? Creo que puede parecerles interesante.

—Está en la cocina, ya viene —dijo el comisario mientras acomodaba unos papeles para dar lugar a los de Sara. En eso apareció el inspector.

—Y bien Sarita, ¿lo tienes? —preguntó tomando asiento junto a ella.

—Sí señor , escuchen con atención —comenzó a leer—. Esta propiedad, ahora bastante reducida en tierras, perteneció a la familia Ventimiglia Cornaro, italianos de buen nivel socioeconómico, llegaron aquí a principios del 1900. La cripta principal resguardó los restos de ellos y algunos familiares que los acompañaron. Parece que tuvieron varios hijos pero todos nacían muertos, se salvaron y crecieron cuatro solamente, a los cuales pertenece cada una de las criptas que ustedes vieron allí. Ahora la cripta sin cruces, perteneció a Félix Ventimiglia, quien contrajo matrimonio con Vannozza Lorenzo Lecouna. De dicho matrimonio —agrandó los ojos Sarita graciosamente, mientras hacía una pausa como dando suspenso— nacieron siete hijos, todos varones.

—Ahí tenemos nuestro segundo lobizón —dijo pensativo el

comisario—. ¿Y qué paso con él, que yo sepa no queda ninguno con esos apellidos, en la zona.

—Exacto —asintió Sara—. Según informes de la época, cuando tenía trece años lo exiliaron a Italia, parece que la familia tenía propiedades y otros familiares en la campiña cerca de Brescia, Lombardía. No se supo nada mas de él hasta que en 1995 regresó a Uruguay. Lo que se sabe de su vida es que nunca se casó, pero sí vivió en pareja y tuvo seis o siete hijos. Su regreso a Uruguay fue solamente por temas de herencia, la familia estuvo de acuerdo en donar los campos y todo sobre ellos a la iglesia de aquí y él fue el apoderado de hacerlo. Pero lo más interesante de esto es —hizo otra pausa—: este señor fue asesinado aquí, en este pueblo y las pruebas de entonces nos dan el primer caso similar a lo que está ocurriendo ahora.

—¿Quéé? ¿Hace veinte años? ¿Y qué pasó después? —preguntó el comisario, claramente intrigado.

—¡Nada! Hasta ahora, que comenzó esta serie de asesinatos. Señor.

—El padre Antonio tiene conocimiento de esto —dijo el inspector pensativo—. ¿Por qué nos está obstruyendo la investigación?

—Sí y ¿por qué no nos contó nada? —preguntó Sara con gesto de desconfianza.

—Hablaré con él después, seguro tiene una explicación —trató de disuadir las preguntas el comisario—. ¿Hay algo más Sarita?

—No señor, igual sigo buscando sobre algún hijo de este señor, pero por ahora, no he encontrado nada —se lamentó.

—Bien si encuentras algo, me avisas enseguida —dijo el comisario poniéndose de pie, pronto a salir—. Buen trabajo Sarita. Yo iré a la iglesia a hablar con el padre Antonio.

Se despidió y salió de la comisaría, cruzó la plaza decidido, derecho a la parroquia.

.

Entró a la nave principal y caminó hasta el atrio, había unos cuantos fieles rezando. Se inclinó frente al altar, se persignó y se encaminó a la oficina del padre Antonio.

En el camino se encontró de frente con el padre Miguel.

—Buen día padre —saludó atento—. Busco al padre Antonio, usted me puede decir dónde lo encuentro.

—Buen día, comisario. —Se inclinó leve, como eran sus buenos modales—. El padre se encuentra tomando confesiones, si es algo de urgencia, yo tal vez podría ayudarlo.

—Oh, agradezco, pero es algo personal en realidad y quisiera hablarlo con él —dijo el comisario para no dar demasiadas explicaciones—, lo esperaré, si no es molestia.

—Por favor, entiendo. Yo le avisaré —dijo el cura y se retiró.

El comisario tomó asiento y se decidió a esperar allí lo que fuera necesario, no desconfiaba del cura pero estaba intrigado y bastante molesto por la situación, tendría que haber una buena explicación para el comportamiento del padre Antonio.

Al rato apareció el padre y saludó amable.

—Buen día comisario, disculpe la demora, las confesiones a veces llevan tiempo —dijo a modo de disculpa.

—Buen día padre, no se preocupe, yo me dispuse a esperarlo porque es algo delicado e importante lo que debo decirle —dijo el comisario en tono muy bajo.

El cura comprendió la situación y lo condujo pronto a su oficina, una vez allí le ofreció asiento, sirvió como de costumbre la copita de grapa miel y prestó atención a la consulta del comisario.

—Seré directo padre. ¿Usted sabía de un asesinato, con similitud a lo que está ocurriendo? Fue aquí hace veinte años. —Lo miró a los ojos, su tono fue grave y pausado.

El cura cambió pronto el semblante, se puso algo pálido, se notó en el algo de sorpresa y nerviosismo.

—Bueno… eso fue hace mucho, ya casi nadie lo recordaba, el pueblo se horrorizó con aquello. —Hizo una breve pausa, hablaba de ello como con miedo de decir algo incorrecto.

—Usted lo recordaba y seguramente mucha gente mayor también, y estoy casi seguro que desde ahí viene el problema con don Sirilo —dijo el comisario, parecía presionar poco a poco al padre.

—¡Por dios! —se persignó el cura—. La bestia.

—¿Usted de verdad cree en la existencia del lobizón, usted cree que sea don Sirilo? —lo interrogó como esperando un no, como esperando algo racional del cura.

El cura se puso de pie y fue por la botella de grapa, luego de dar un buen sorbo y como pensativo contestó en un tono pausado, grave, mirando hacia la pared como si allí hubiera una ventana que lo llevaba en el tiempo.

—¿Que si lo creo? Yo lo he visto, yo lo he sentido aullar, yo lo he visto. —Bajó de pronto la cabeza y volvió a la silla, tomó asiento y miró de frente al comisario, ahora habló con autoridad, casi rudo se diría—. Esa familia esta maldita, por su sangre corre la horda de satanás, usted no entiende comisario, tal vez deba verlo con sus propios ojos y ese día, me dará la razón.

El comisario notó la molestia del cura y sacó sus propias conclusiones, fue rápido en el pensar.

—¿Qué pasó hace veinte años, padre? Dígame su versión, dígame la verdad. —Fue casi una sentencia su modo de interrogar, se cruzó de brazos y se echó hacia atrás en su butaca, mirando fijamente al padre Antonio y esperando pasivamente su relato.

El padre suspiró profundo, bebió un largo trago de grapa y también se descansó en su asiento, se dispuso a contar aquella historia de la que nunca había hablado con nadie.

—Félix Ventimiglia, el menor de los hijos de los Ventimiglia Cornaro, se casó con una de las hijas de Carlos Lorenzo Lecouna, quien a su vez estaba casado con su sobrina, María Isabel Lorenzo Ruiz, de este incestuoso matrimonio nacieron nueve hijos, entre niñas y varones, la mayoría muertos los primeros meses de vida y otros deformes, solo se salvaron dos hijas, una de ellas Vannozza Lorenzo Lorenzo. —Hizo una breve pausa y continuó sin prisa—. Félix y Vannozza contrajeron matrimonio y de esta unión, nacieron siete hijos varones, el más pequeño Luigi Ventimiglia Lorenzo, a los trece años lo enviaron a Italia, a vivir con parientes de Félix, en la campiña en las afueras de Brescia. Allí creció y formó una familia. Luego ya de adulto, tenía unos cincuenta años más o menos, volvió aquí a su tierra natal. En ese momento lo conocí personalmente, se presentó aquí en esta iglesia y me pidió que lo visitara en la chacra en el antiguo caserón de su familia, fue breve, se sentía algo incómodo aquí dentro, así que solo me comunicó eso y se fue. —Bajó un poco la mirada y suspiró, luego prosiguió—. Yo por aquel entonces, no conocía la historia de sus familias, no sabía de su parentesco con los Lorenzo, solo conocía lo que se hablaba en el pueblo, la familia Lorenzo Lecouna, la familia del lobizón y ese era Sirilo. —Bebió otra copa y le sirvió al comisario—. Efectivamente

esa misma noche me dirigí a la chacra, eran las nueve, no más. Su trato fue muy cordial y caballeroso, cenamos, hablamos de su familia en Italia y del pueblo de aquí, luego me informó del deseo de sus hermanos, los aún vivos y en pleno juicio, de donar las tierras y todo sobre ellas incluyendo la inmensa casa antigua a nuestra iglesia. Para mí fue toda una sorpresa y así se lo expresé muy agradecido. Él solo me pidió una cosa. Que mantuviera en pie el cementerio y cuidara sobre todo la cripta de sus padres. —Hizo una pausa breve, respiro profundo y prosiguió —. La cripta sin cruces. Pasadas las once, ya era muy tarde. Lo noté un poco nervioso, solo me dijo que estaba algo cansado, que lo disculpara pero debía retirarse a dormir. Me pareció lo más lógico, yo también acusaba sueño y aún debía conducir hasta aquí, así que tome los papeles, nos despedimos y me dispuse a volver, venía despacio, el camino estaba en muy mal estado, me tomé el tiempo y el cuidado. Había hecho unos tres kilómetros, cuando una cubierta reventó, fue inesperado casi me doy de frente con un árbol. Saqué cuentas y lo más cerca para pedir ayuda era el caserón de donde venía, volví caminando. Estaba frío y la luna llena, inmensa, alumbraba todo, caminé y caminé sin más que la luz de la luna. Cuando llegué allí golpeé y golpeé pero nadie contestó, no había luces encendidas, ¡nada! De pronto escuché ladridos de perros, hacia el fondo cerca de los corrales. Me dirigí allí, me llevó la curiosidad, parecía que estuvieran peleando con algún animal. Caminé entre las ruinas de los galpones y cuando llegué más cerca de los ladridos y sollozos de los perros, los vi. —Quedó ido un momento, callado, luego levantó la vista y dijo—: Lo que yo vi allí, jamás lo he contado a nadie comisario, ni siquiera a la policía en su momento. Eran dos seres con cuerpos de humanos, pero parecían perros o terneros, sus cuerpos totalmente peludos, sus manos como monos, con grandes garras, sus rostros blancos, pálidos, casi humanos sin vello, grandes ojos amarillos y sus dientes sobresalientes desparejos, con grandes colmillos. Se apoyaban en cuatro patas, pero sus extremidades traseras eran más altas. No se alertaron de mi presencia, estaban encarnizados en su lucha y los perros los rodeaban. Yo me quedé ahí, como petrificado, el miedo y la curiosidad no me dejaban mover. En la feroz lucha uno logro matar al otro, lo hizo de una forma indescriptible de violencia, lo desangró mordiendo repetidamente su cuello, como un vampiro y después lo despedazó, crujían sus huesos y se desprendían pedazos de carne. Lo rompió, lo

destrozó como a un muñeco. Cuando hubo terminado, gruñía y se sacudía como enojado. De pronto me miró, me miró a los ojos, pude sentir su mirada traspasarme, luego miró hacia arriba, la luna y aulló. Jamás en mi vida había escuchado algo así.

Me desmayé. Cuando volví en mí, estaba en mi camioneta, era de día y no tenía ni un rasguño, estaba ileso. Incapaz de volver al caserón, me dirigí al pueblo. En el camino pensé y pensé en lo ocurrido, todavía sentía el terror en el alma. Ahí me di cuenta de que lo que vi la noche anterior, eran dos lobizones peleando a muerte y seguramente uno de ellos era con quien había estado cenando.

Al llegar al pueblo ya había tomado una decisión, fui derecho a la comisaría e hice la denuncia. —Hizo una pausa y bebió un trago—. Dije lo de la cena y la rotura de mi vehículo, pero que cuando tuve que volver por auxilio, me encontré con una jauría de perros que atacaban a una persona. Que por la situación y el terror, no pude ver de quién se trataba, ni cómo terminó, eran muchos perros y estaban descontrolados. Solo hui de allí y me refugié en mi camioneta hasta que amaneció.

Agachó la cabeza y entrecruzó los dedos de las manos, se sentía avergonzado de confesar esto.

El comisario esperó un momento en silencio y luego preguntó.

—¿Quién era el ser que sobrevivió y por qué no le hizo daño?

—Supongo que usted lo sabe, era don Sirilo. —Pensó un momento

—. Y por qué no me hizo daño, no lo sé. Cuando reflexioné sobre la situación pensé que si decía la verdad, me tomarían por loco, fanático o algo peor. Tal vez pensarían que fui yo quien asesino a aquel hombre, al fin y al cabo, fui la única persona que estuvo en sus últimos momentos. No creo que alguien me creyera tremenda historia y después de alguna forma le debía la vida a Sirilo, si él hubiera querido me hubiera asesinado allí mismo, pero no lo hizo. Aunque confieso que he vivido en pecado desde entonces y guardando un terrible secreto, debo admitir que esa noche, satanás me perdono la vida.

—¿Qué pasó cuando llego la policía allí? —siguió interrogándolo el comisario.

—Bueno, encontraron los restos del señor Luigi, despedazado. Corroboraron mi historia, tenía huesos triturados, mordidas y falta de carne. Fue horrible, tuve que ir a identificar el cadáver. Mejor dicho lo que pudieron juntar de él —dijo el cura agachando la cabeza, recordar aquel momento lo hacía sentir muy mal.

El comisario lo observaba detenidamente, aún no sacaba conclusiones exactas de la actitud del cura en todo aquello.

—¿Hicieron pruebas de laboratorio?

—No, en aquel momento no se manejaba la tecnología que hay hoy en día. Era todo más complicado y al tener un testigo y el informe forense sobre la muerte y las heridas, el comisario no quiso molestarse en buscar más profundo.

—Entiendo —dijo el comisario, suspiró y siguió preguntando—. ¿Usted cree que don Sirilo tenga algo que ver con lo que está pasando ahora?

—No lo creo, él nunca más hizo algo así. —Titubeó un poco—. Aunque tal vez, por su vejez, no sé, solo tal vez está fuera de sí.

—Ahora dígame padre, ¿por qué nos restringió la entrada al cementerio de la chacra, acaso hay algo allí que no se debería saber?

—No, no lo sé comisario, yo solo impedí que siguieran allí por la promesa que le hice al señor Luigi, le prometí que nadie molestaría a sus muertos mientras yo viviera.

—Entiendo. Bueno agradezco su confianza y quédese tranquilo que esto no se sabrá, tal vez me sirva como base de investigación, pero no lo divulgaré a nadie —dijo el comisario poniéndose de pie, ya para retirarse.

—Gracias comisario, agradezco su comprensión. Y en lo que pueda ayudar estaré disponible.

—Bien padre, con su permiso —dijo esto y se dirigió a la puerta, antes de salir se dio media vuelta y preguntó—. Algo más, padre, Luigi le comentó algo de sus hijos en Italia.

—Sí, hablamos de su esposa y sus hijos.

—¿Recuerda acaso, el nombre y apellido de ella?

—No en este momento, pero creo que esta anotado en los papeles que él me dio aquel día. Tendría que llamar a Montevideo, al estudio que tiene nuestros asuntos legales y tal vez se lo pueda conseguir —dijo el cura algo animado.

—Genial padre, eso sería de gran ayuda.

—¿Qué cree que ligue el pasado con esto, comisario?

—Bueno por ahora no tengo nada, pero sospecho de un séptimo hijo de Luigi, si puedo encontrar a su familia tal vez y solo tal vez tendré algo más sólido. No lo comente con nadie padre —le pidió como favor.

El padre pensativo abrió la boca en un gesto de sorpresa, luego reaccionó.

—Ahh, claro, un séptimo hijo, sí es posible sí. Él no dijo la cantidad

que tenía pero habló de muchos y todos varones, de eso si estoy seguro. Interesante, le conseguiré ese dato cuanto antes comisario —aseguró.

—Gracias padre, estaré en contacto —se despidió y salió de allí. Todavía le daba vueltas la historia del padre cura en la cabeza, estaba cada vez más convencido de estar en lo cierto.

.

Llego el día temido, esa misma noche la luna saldría llena. Era domingo, en la mañana la mayoría de las familias concurrieron a la iglesia y luego del almuerzo, se volvían a juntar en la gran laguna, con los niños y las mascotas. Algunos hacían recorridos por el bosque cercano. Todo era risas y algarabía. En el bosque una pequeña niña de unos siete años, se alejó, se distrajo corriendo tras un pequeño armadillo, que tan inocente como ella, estaba fuera del cuidado de mamá. La pequeña en un momento miró a su alrededor y no supo qué hacer, estaba tan encantada corriendo tras el animalito, que ni siquiera supo reconocer el camino de vuelta, miró a todos lados y se iba a disponer a gritar por su mamá cuando sintió un ruido en el bosque y esto la asustó. Aquello que hacía ruido se acercaba a ella. Buscó refugio en la maraña más tupida del bosque, por debajo de plantas de uña de gato que formaban largos túneles tupidos de hierba y espinas, se fue escabullendo hasta sentirse segura, los túneles formados por esta tupida hierba no pasaban los setenta u ochenta centímetros de altura, anduvo deslizándose agachada y por momentos de rodilla, no supo cuánto, hasta que encontró un lugar más abierto, desde donde veía como casas y cruces, no entendía bien qué era aquello. Salió de su escondite y se puso de pie, luego se sentó recostada en un hueco de un inmenso árbol. De pronto su corazón se detuvo, su miedo le impidió hasta llorar o decir palabra alguna. Un hombre, un hombre que ella

conocía, cargaba a una chica al hombro. De pronto se detuvo y la dejo caer, la joven lloraba y pedía por favor, su frente sangraba. La niña miraba desde el hueco del árbol. Aquel golpeó con rudeza a la chica y esta se desmayó. Al mismo tiempo llegaba otro más joven, a ese no lo conocía, pero escuchó claro lo que decían.

—¿Trajiste los restos de la chica? Tíralos lo más cerca del pueblo, ya tenemos carne fresca para esta noche. El lobizón hará de las suyas —dijo y comenzó a reír. El otro asintió sin hablar, pero no reía, parecía asustado. De pronto apareció uno de los perros y comenzó a gruñir, miraba hacia el tronco donde se escondía la niña, la pequeña estaba aterrada, pero en un claro instinto de supervivencia se puso de pie y comenzó a caminar hacia atrás sin sacar los ojos de aquel perro gigante aterrador.

Cuando los hombres la vieron y tomaron la iniciativa de ir por ella, la pequeña dio media vuelta y corrió sin mirar adónde, de pronto el terreno bajo sus pies se terminó y la caída fue tremenda, cuando golpeó en el fondo del pozo, todo se le hizo negro, no sintió más nada. El perro desesperado gruñía alrededor del agujero, uno de los hombres llego y miró hacia abajo y la vio en el fondo profundo, sangraba su rostro.

—Está muerta, mejor porque no sería fácil sacarla de allí. —Se dio media vuelta y frío ante la situación, solo le dijo al otro—. Ve, deshazte de ese cadáver, yo llevaré a la chica al sótano, después que pasen unos días taparemos ese pozo y nadie se enterara. ¡Anda ve!

El joven estaba más nervioso ahora, tomó la bolsa y siguió rumbo al pueblo, el perro fue con él.

.

Pronto la alerta se dio en el pueblo, la madre desesperada fue a la policía, según su versión la había dejado al cuidado de otros chicos más grandes y nadie se dio cuenta hacia dónde o con quién se fue. Pronto la gente se reunió frente a la comisaría y el alboroto se hizo sentir, ya culpaban de nuevo al lobizón, esa noche se haría la luna llena y varios decían que seguramente como sabía que estarían atentos, habría robado a la niña a pleno día para asegurarse su diabólica comida. Ya se agitaban las protestas contra la policía y se violentaban los ánimos. El comisario pidió calma.

—Vecinas y vecinos, entiendo que esta situación es terrible, pero en vez de estar aquí reunidos protestando e infamando a alguien contra quien no hay pruebas, debería hacer grupos de dos o tres y salir a buscar a la pequeña, tal vez simplemente se extravió en el bosque, yo y el inspector con dos vecinos iremos a la hacienda de don Sirilo y revisaremos todo y los alrededores, los que quieran ir a caballo al bosque pueden tomar los nuestros —dijo el comisario a toda voz.

—Sí, sí —gritaba la mayoría—, tiene razón, vamos.

Así se dispersaron pronto y todo el pueblo se movilizó.

El comisario entró furioso a la comisaría, iba echando demonios hacia su oficina. Los oficiales no decían palabra. En eso don Valente y su peón Oviedo se presentaron allí.

—Comisario —dijo preocupado don Valente—. ¿Es cierto que desapareció una pequeña niña?

El comisario suspiró largo y profundo y luego contestó.

—Sí, don Valente. Lamentablemente esto ya es demasiado, están todos buscando en el bosque y los alrededores.

—Yo y Oviedo nos ponemos a su disposición comisario, tengo caballo y estoy armado, no me iré del pueblo hasta que aparezca —dijo don Valente, muy desidido—. No puede ser que estén pasando estas barbaridades —se quejó.

—En este momento debo admitir que será de gran ayuda, venga con nosotros, iremos a la hacienda de los Lorenzo. Lo único que le pido es que sea prudente, no será necesario usar las armas a menos que yo lo ordene. —Lo miró serio—. Solo revisaremos el lugar y tal vez traiga a don Sirilo bajo custodia, por lo menos hasta que pase todo esto.

—Claro comisario, quédese tranquilo haremos lo que usted diga —dijo don Valente, con claro gesto de cortesía y luego agregó—. ¿Usted cree que el viejo lobizón sea culpable?

—No, no lo creo, pero debo protegerlo y proteger al pueblo hasta que esto se aclare —dijo el comisario y se dirigió a su camioneta—. Venga conmigo iremos en las camionetas, será más rápido.

Por otro lado Sarita siguiendo órdenes del comisario llamó a Wolfgang y le pidió prestado a uno o todos sus perros, para hacer más rápida la búsqueda. Le explicó la situación de la niña y

Wolfgang accedió inmediatamente, hasta se puso a disposición de acompañar al oficial Oliveira quien se encargaría de la búsqueda en los alrededores.

Cuando llegaron a la hacienda de don Sirilo, bajaron de las camionetas y se dispersaron, don Sirilo no entendía qué pasaba.

—Buenas tardes don Sirilo —saludó el comisario—. Desapareció hace algunas horas una pequeña niña, estamos buscando en todos los alrededores, tendremos que registrar su casa.

—¡Claro! Claro comisario pase, pase por favor. Yo no tengo nada que ocultar —dijo algo sorprendido y preocupado.

—Bien seremos breves —dijo el comisario entrando en la casa, corroboró que allí no había nada, al salir afuera se reunieron los demás.

—Nada comisario —fueron coincidiendo uno a uno.

—Bien —dijo el comisario y se dirigió a don Sirilo ahora—. Hay algo más don Sirilo, debe acompañarnos a la comisaría, por su bien debo detenerlo unas cuantas horas, solo serán unas cuantas horas.

El anciano palideció de pronto, tragó saliva y dijo en tono bajo, casi inaudible.

—Por favor comisario, no me pida eso, no lo haga —se lamentó—, puede que sea peligroso comisario. Déjeme aquí, nada me pasará.

—Lo lamento, pero será por su bien, debe acompañarme —habló serio el comisario—. Si no lo hace por las buenas tendré que esposarlo y no quiero hacer eso. Créame serán solo unas horas.

En la mirada del viejo se notó preocupación y tristeza al mismo tiempo.

—Puede ser peligroso, comisario —se lamentó y solo se dirigió cabeza gacha hacia la caja de la camioneta.

Pronto partieron de allí rumbo al pueblo.

.

En el bosque, Wolfgang y el oficial Darío, montados a caballo, recorrían, siguiendo un rastro que habían encontrado los perros, este los llevaba rumbo al cementerio de la chacra de la iglesia, de pronto se detuvieron y ladraban desesperados. Desde la barranca, en un recodo de una pequeña cañada, miraban hacia abajo. Los dos hombres se apearon y fueron rápido hasta allí.

El olor ya se hacía sentir, otro cadáver despedazado, igual que los dos anteriores. Darío se persignó y se dio la media vuelta, trató de tomar aire antes de llamar al comisario. Wolfgang quedó algo inmóvil, mirando aquello y luego dijo algo en su idioma natal.

También estaba claramente shokeado ante la situación. Pronto se les unieron dos personas más, que estaban en la búsqueda.

—¡Sí, Darío! Dime ¿la encontraron? —Era la voz del comisario, al teléfono. Ansioso por una buena noticia.

—No, aún no, pero encontramos el cuerpo de la chica raptada —suspiró y tomó aliento—. Esto es terrible comisario —se lamentó Darío.

El comisario cerró los ojos un momento.

—Entiendo, entiendo. Escucha, deja a alguien junto al cadáver, yo llamaré a Álvarez y al forense, pediré apoyo, tú sigue buscando a la niña.

—Bien señor, como diga.

—¡Oficial, oficial! —Era la voz de Wolfgang, quien gritaba entre los matorrales un poco más adelante. Darío se dirigió pronto allí.

—¿Qué pasa, Wolfgang?

—Los perros siguen otro rastro, tal vez sea de la niña o el asesino.

—Bien, tomemos los caballos y vamos.

Dejó a cargo allí a los dos últimos que habían llegado y siguió a Wolfgang tras los perros.

Anduvieron un rato, ya divisaban el cementerio, cuando los perros se detuvieron en un claro del bosque y olfatearon el hueco en el árbol, pronto dieron con el pozo y comenzaron a ladrar. Darío fue el primero en llegar y la vio, allá en el fondo la pequeña, tirada, sangrando.

Se persignó y dio media vuelta decidido.

—¡Cuerdas, deme cuerdas, la encontré!

Wolfgang lo ayudó y pronto Darío con mucha dificultad, logró llegar al fondo del pozo y sacar a la pequeña. Llamó urgente al comisario.

—¡La encontré! La encontré señor, está herida, pero aún respira, la llevaré de prisa al pueblo, es urgente que la vea el médico — hablaba emocionado y desesperado ante la posibilidad de salvar a la niña. No esperó ni la contestación del comisario, cortó y pronto cargó con la pequeña a toda prisa rumbo al pueblo.

Para cuando regresaron ya se había corrido la noticia y todo el

pueblo estaba en la plaza, unos curioseando la detención del lobizón y otros esperando la recuperación de la niña.

El comisario cerró la celda, era la última.

—Ya encontraron a la niña, don Sirilo, quédese tranquilo mañana ya estará libre.

El anciano no dijo nada, se sentó en el catre que había allí y agachó la cabeza como derrotado.

Oliveira entro en la comisaría y fue derecho a la oficina.

—Dime, ¿cómo está la niña? —preguntó preocupado el comisario.

—Parece que bien, el doctor la está curando, me pidió que fuera usted a hablar con él. La pequeña aún está asustada, confundida y algo débil.

—Bien, buen trabajo Oliveira. —Le sonrió y asintió con la cabeza—. Quedate a cargo de don Sirilo, el inspector está con el forense removiendo la evidencia. Yo iré un momento a ver a la pequeña y ya vuelvo.

.

Ya era de noche y la gente seguía esperando noticias de la niña, habían pasado tres horas eran alrededor de las nueve. El doctor le había administrado un calmante, para curarla y dejarla descansar. La pequeña estaba en estado de shock y no le pareció prudente exponerla a hablar y recordar lo pasado.

Mientras en el pueblo aún reinaba el nerviosismo, una camioneta sigilosamente, con las luces apagadas, se alejaba poco a poco sin que nadie se diera cuenta.

El comisario reunido con el personal, esperaba en su oficina a que el doctor le avisar cuando despertara la niña.

.

Mientras en los sótanos del caserón, de la chacra de la iglesia, Martín bajaba las escaleras.

Llegó junto a las celdas y miró al hombre arrinconado allí, pálido, cadavérico.

«Ya debe de estar muerto», pensó.

Desde allí sentía los lamentos de la chica, que un piso más abajo estaba maniatada y con la boca cerrada por un paño, apretado alrededor de su cabeza, solo se sentía un lamento, no podía gritar, no podía pedir ayuda. Los ojos de Martín, estaban rojos de tanto llorar. De pronto recordó a la niña, la pequeña niña y volvió a

romper en llanto, tomó la cuerda que llevaba en el brazo y la lanzó hacia arriba, atravesando un durmiente de madera. Lloraba, desconsolado lloraba. Hizo un pequeño lazo, pasó la cuerda y cinchó. Miró hacia arriba, bien, estaba bien, arrastró una silla hasta allí y encima puso un cajón. Subió allí, le seguían cayendo lágrimas, midió e hizo otro lazo de correr, rodeó con este su cabeza, lo ajustó a su cuello y con furia pateó el cajón, este voló lejos y la silla cayó. Su cuerpo también cayó y la cuerda se tensó, el aire que le faltaba compensaba el dolor de la culpa.

Pateo, pateó, pateó y pronto descansó.

.

El doctor entró a la comisaría, desesperado.

—¡Comisario!

—¿Qué pasa doctor? —preguntó alarmado. Todos pensaron lo peor.

—Mi hija, mi hija, comisario, no la encuentro, yo creí que estaba en casa y su madre me dice que desde hoy temprano, antes de mediodía fue a misa y ya no volvió. Ella pensó que estaría ayudando en la búsqueda de la niña. Pero son casi las once y no la podemos encontrar, no está en casa de ninguno de sus amigos y en la plaza tampoco.

—Tranquilo, tranquilo, no tenemos personal ahora pero el inspector

tal vez pueda dar un recorrido, yo veré a la niña e inmediatamente saldré también.

—Sí —respiró el médico—. La niña ya despertó, venga conmigo.

El comisario lo siguió, ya otra vez más preocupado que nunca, aquella situación no parecía dar tregua. El inspector por su lado, salió a ver qué podía averiguar. Sara ya se había retirado a esperar el ómnibus para su casa y la chica que pernoctaba en la comisaría también se había retirado ya para volver al prostíbulo.

Allí quedo Darío, cuidando a su amigo, don Sirilo.

—¡Darío! —llamó el anciano—. Darío, ven.

—Sí, dígame, don Sirilo —dijo amable el agente.

El anciano se acercó a la reja y lo miró serio, se agarró con ambas manos de los barrotes y le habló.

—Escucha muchacho, el comisario no me quiere escuchar. Es peligroso que yo esté aquí.

—Tranquilo, yo cuidaré de usted. Nadie le hará daño aquí.

—Tú no entiendes —dijo Sirilo, como afligido. Luego metió una mano en el bolsillo del pantalón, sacó dos balas y se las dio a Darío.

—Escuchame muchacho, pase lo que pase esta noche, no tengas piedad. Tomalas y carga tu revólver, son de plata. Tira si es necesario, salva tu vida. No pienses en nada más.

Darío palideció, agarró las balas y las miró, tragó saliva. No podía creer, no quería creer, pero aquel hombre hablaba en serio. El temor y la desconfianza le ganaron el cuerpo. Trató de disimular.

—Tranquilo, descanse, no pasará nada, don Sirilo.

El anciano lo miró una vez más, sus ojos brillaban, habló casi rudo.

—Prometeme que las usarás, si es necesario.

El agente dudó un momento, luego dijo.

—Lo prometo.

—Bien, muchacho, ahora estaré más tranquilo —dijo esto, se fue de nuevo al catre y se recostó allí, como para dormir.

Darío miró las balas, miró al anciano y se fue a la oficina, tomó

asiento. Pero el nudo en su garganta le seguía haciendo tragar saliva.

.

El comisario sentado junto a la camilla de la niña, la observaba.

Ella lo miró a los ojos.

—Hola comisario.

—Hola Graciela, ese es tu nombre ¿verdad?

—Sí, y usted es Daniel, ¿verdad?

Él sonrió, siempre le agradaban los niños audaces.

—Ahora dime, ¿te sientes mejor?

—Sí, ya no me duele la cabeza, es que caí en un pozo en el bosque —dijo y se notó nerviosa, algo tensa.

—Sí, ahí te encontró un oficial de policía. Dime, ¿cómo llegaste

ahí? ¿Recuerdas?

Ella abrió grandes los ojos y casi se veía el temor en ellos.

—Sí, yo corrí a una pequeña mulita, quería atraparla pero huía muy rápido, cuando mire alrededor no sabía dónde estaba, iba a gritar por ayuda pero sentí un ruido muy fuerte, como algo muy grande en el monte y me asuste, creí que sería mejor esconderme y no hacer ruido, me deslicé por debajo de unas enredaderas, tenían muchas espinas, eran seguras, anduve hasta que pude salir. Se veían como casas blancas, todas blancas y tenían cruces, como la iglesia, yo no conozco ese lugar. Me metí al hueco de un árbol, allí me sentí más segura fue ahí cuando el hombre que cargaba a la hija del doctor apareció. —Le estiró la mano al comisario, como preocupada —. ¿Ella está bien, la salvaron?

El comisario intrigado, trató de persuadirla a continuar.

—Sí, creemos que sí, pero la estamos buscando. Cuéntame qué sucedió después, así la podremos ayudar.

—Él la golpeó, porque ella estaba herida y lloraba, ella cayó al suelo, parecía muerta. Apareció otro uno más joven y cargaba una bolsa.

—¿Viste quién era el hombre que golpeó a Rosana?

—Sí, el padre cura, el otro no lo conozco.

El comisario quedó helado.

—¿El padre Antonio?

—No, el otro, el padre nuevo.

El comisario se echó hacia atrás en la silla y se llevó una mano al rostro, su semblante era de derrota.

—Cómo no me di cuenta —se cuestionó—. Escuchame, esto es muy importante, ahora vuelvo, iré ahí afuera a hacer una llamada y regreso enseguida y me contarás todo lo demás. De acuerdo.

—Sí —dijo la pequeña.

El comisario salió a la vereda y llamó urgente al inspector.

—Ricardo, ve urgente a la iglesia, el asesino es el padre Miguel. Yo estaré un momento con la niña y ya voy detenlo e iremos a la chacra de la iglesia, seguro la tienen ahí.

Cortó y regresó adentro.

—Ya estoy aquí —dijo lo más tranquilo que pudo—. Ahora cuéntame qué pasó después.

La niña asintió con la cabecita y prosiguió.

—Él le preguntó al otro si había traído el cadáver y después le ordenó que lo dejara cerca del pueblo, dijo que ya tenían la cena para el lobizón. —La pequeña tragó saliva y continuó—. Ahí fue cuando apareció un perro negro, grande muy grande y comenzó a gruñir y mirar hacia donde yo me escondía, gruñía y me mostraba los dientes, me asusté y corrí y de pronto caí sentí un dolor y no sentí más nada.

—Bien, ahora estarás bien. El doctor y tus papás te cuidarán, has sido muy valiente, mañana te veré. —Le dio un beso en la frente y se fue aprisa a la comisaría.

.

Don Sirilo arqueado en el centro de la celda, apoyaba sus manos en el suelo y mantenía gacha la cabeza, hacía un sonido extraño, como de dolor. Darío preguntó casi gritando.

—¿Qué le pasa, se siente mal? —Los nervios le impedían acercarse más.

El anciano se arqueó un poco y comenzó a rasgar su ropa, pero no mostraba el rostro. Se quejaba y gruñía, sí mostró poco a poco sus

manos, garras, largas uñas, casi amarillas y dedos largos, casi deformes o así le pareció a Darío que ya no hablaba solo miraba impresionado, entendiendo que aquello no era normal. Corrió a la oficina y tomó las balas de plata, con algo de dificultad por los nervios, pero logró cargar el revólver y volver al pasillo, dispuesto a hacer lo que había prometido.

Don Sirilo ya se había despojado de la ropa, su cuerpo cubierto de vello, parecía un perro o un ternero, ahora sí levantó la cabeza suavemente y llegó a balbucear.

—El cura, asesino. —Justo antes de volver a gruñir en una mezcla de quejido y rabia, mientras se le desencajaban las mandíbulas y aparecían los dientes hacia afuera, unos colmillos filosos y el resto todos desparejos, pero su rostro aunque muy pálido, era humano aún.

Parpadeó y sacudió la cabeza, para cuando volvió a mirar a Darío sus ojos eran grandes y amarillos. Se irguió sobre sus extremidades y se movió, se agarró con sus manos a la reja y gruñía. Darío empuñaba el arma apuntando hacia abajo, eran tantos sus nervios que temía disparar sin querer, por eso no le apuntaría a menos que fuera sumamente necesario.

En ese momento el comisario se reunía con el inspector, ya llegaban a la puerta de la comisaría cuando se detuvieron a hablar.

—El cura huyó, ya informé a Montevideo, seguro para mañana lo apresarán —dijo el inspector.

—Eso espero, porque si no te juro que soy capaz de perseguirlo hasta donde sea —rezongaba el comisario—. Maldito asesino, estuvo todo el tiempo delante de nosotros.

—Sí, es lamentable todo esto.

—Haremos esto, iremos a caballo hasta donde se pueda y después caminamos hasta el cementerio, por lo que la niña describió, llevaron a Rosana a ese lugar. Tiene que haber algo oculto ahí.

—Sí, tienes razón —afirmó el inspector—, los caballos están ensillados, deberíamos salir ya.

—Sí ven —dijo el comisario entrando a la comisaría. Cuando iba a decir algo más, escuchó los gruñidos, el inspector también. Ambos sorprendidos, sacaron las armas y avanzaron rápido hacia las celdas.

—¡Darío! —gritó el comisario y lo vio al fondo.

—Por acá, comisario —dijo Darío, sin dejar de mirar la reacción del lobizón, quería detener a sus compañeros—. No disparen. —Levantó una mano—. Por favor no disparen.

Cuando llegaron justo detrás de Darío y lo vieron, sus rostros se transformaron.

—No, no puede ser —llegó a decir el comisario.

El lobizón los miró a todos, giró, trepó hasta la pequeña ventana que daba al patio del fondo, arrancó la reja, sin esfuerzo y ante la mirada de asombro de todos allí, se escabulló por el agujero y desapareció. Darío corrió desesperado, salió afuera y rodeó hasta los patios del fondo, allí estaba, subido encima de un muro lo volvió a mirar y miró hacia las sierras. Gruñó y volvió a desaparecer.

Darío montó a caballo y como poseso, se dirigió a las sierras, en uno de los caminos saliendo del pueblo lo volvió a ver, justo delante de él, aquel ser parecía guiarlo a algún lado. Darío estaba seguro de que no le haría daño, pero algo le decía que lo siguiera.

El inspector y el comisario se miraron y solo sacudieron la cabeza, incapaces de decir algo más, siguieron a Darío, montaron en los caballos y lo siguieron. Cuando ya no pudieron a caballo siguieron a pie. Llegaron a un claro de pronto donde reconocieron el lugar, un poco más adelante, la blanca luz de la luna resplandecía sobre las criptas del cementerio, Darío les llevaba algo de ventaja, pero pudieron alcanzarlo justo frente a la gran cripta. Ahí detenido miraba al lobizón, este frente a ellos rasguñaba la puerta, logró abrirla y se internó. Darío en un acto de impulso mezclado con valentía, entró también. El ser lo miró, le mostró los dientes y rasguñó el suelo, en la esquina donde había un jarrón destruido. El comisario y el inspector se armaron de coraje y entraron también. En ese momento el ser trepó por una de las paredes y en un instante audaz, ganó la puerta y salió de allí. Los agentes se miraron y miraron hacia el techo, se sintió clarito cuando el ser subió encima de la cripta, y unos minutos después comenzó a aullar, ese aullido incomparable.

Erizaba el cabello.

—Hay algo aquí —dijo Darío levantando una losa que dejaba ver una escalera y un túnel.

—Yo sabía —dijo el inspector y fue hacia allí—. Te lo dije, Daniel, aquí fue donde se me cayó el jarrón —dijo esto y fue el primero en entrar.

—Debemos tener cuidado, lleven las armas preparadas, recuerden que tienen perros asesinos —dijo el comisario mientras descendía detrás de ellos

Recorrieron hasta dar con una habitación más grande y luego otro túnel y más habitaciones, finalmente abrieron una puerta, vieron al chico ahorcado.

—¡Es Martín! —dijo el inspector y fue en busca de algo para subir a cortar la cuerda. Mientras Darío fue hacia las celdas y vio al hombre allí arrinconado.

Con las pocas fuerzas que le quedaban pidió ayuda. Darío quedo impresionado, aquel hombre era el padre Miguel, deteriorado, esquelético, pero era él. El comisario lo sacó de su sorpresa.

—¿Qué pasa, Oliveira? —le gritó mientras se dirigía hacia allí.

—No puede ser, véalo por usted mismo —le dijo sin sacar la vista

del hombre.

—No puede ser —dijo el comisario, también sorprendido.

—Soy… soy el… hermano. Ayuudaa —fue lo que pudo llegar a decir y apenas levantar un brazo, se desvaneció.

—Rápido busca las llaves y sacalo, Darío. Yo llamaré al doctor y al comisario Álvarez —dijo el comisario afligido y se retiró para llamar, marcó el número en su celular y cuando estaba a punto de contestar a la voz del otro lado, se paralizó. Estaba frente a otra celda y la luz no llegaba lo suficiente, desde aquella negrura un gruñido lo sorprendió y pronto un gran perro negro saltó y mordía la reja como poseso y gruñía, gruñía pero no ladraba. El comisario tras pasar la primera impresión que aquello le causó, se dio cuenta de que estaban encerrados. Respiró profundo, por un momento su corazón se había disparado. Finalmente habló por teléfono, después les avisó a sus compañeros.

—Ya encontré a los perros, por suerte están bajo llave. —En ese momento le pareció sentir algo más, miró alrededor y vio otra salida, fue hasta allí y sintió claros los lamentos de la chica, bajó la escalera a toda prisa y encontró a Rosana. Por suerte estaba consiente, asustada, un poco golpeada, pero consiente.

Finalmente la pesadilla terminaba.

«Yo soy Miguel Rizzo Parisi , soy el cura párroco que enviaron para la capilla del pueblo Nuestra señora de Las Flores, mi hermano Ruggero, fue quien suplantó mi identidad y me mantuvo cautivo

todo este tiempo. Nosotros nacimos en la campiña, cerca de Brescia, al nacer estábamos unidos por los hombros y parte de nuestra espalda, fuimos los séptimos hijos de Luigi Ventimiglia y Ana Luisa Rizzo. Llevamos el apellido materno solamente. Fuimos operados desde pequeños, varias veces hasta que lograron separarnos con éxito, crecimos saludables, bien. Convivimos desde niños con las historias de la familia de mi padre y lo vimos a él, ser lo que era, su naturaleza, la bestia. En mí se forjó el miedo y busqué refugio en la palabra de dios, pero en mi hermano se tornó la admiración y el deseo de ser como papá. A medida que fuimos creciendo nos separamos y nos volvimos a encontrar recién cuando nos dieron la noticia de la muerte de mamá, eso fue el pasado año.

Cuando me ofrecieron venir a Uruguay se lo comenté y dijo que quería acompañarme y conocer el lugar donde nació nuestro padre. Ni por un momento imaginé tal fatalidad. Al llegar aquí me secuestró y tomó mi identidad y ha estado cometiendo todos esos horribles crímenes y sometiendo a ese pobre joven, que en paz descanse. Él piensa que la sangre de los humanos lo ayudaría a convertirse finalmente en la bestia y también quería vengarse de don Sirilo por la muerte de papá.

Yo lamento todo esto, pero no pude hacer nada para evitarlo» esta fue la confesión del verdadero padre Miguel, el hombre que estuvo cautivo en la celda.

Fin